



AVISO LEGAL

Título: *Latinoamérica. Variaciones sobre un mismo tema*

Autor: Ruiz Gaytán, Beatriz

ISBN: 968-36-2734-X

Forma sugerida de citar: Ruiz, B. (1992). *Latinoamérica. Variaciones sobre un mismo tema*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

- D.R. © 1992 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
- © Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales del libro pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este libro en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

500 AÑOS DESPUÉS

Latinoamérica. Variaciones sobre un mismo tema

Beatriz Ruiz-Gaytán F.



centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Latinoamérica.
Variaciones sobre un mismo tema

500 AÑOS DESPUÉS

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

**CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Beatriz Ruiz Gaytán

Latinoamérica.
Variaciones
sobre un mismo tema



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1992

Primera edición 1992

**DR © 1992, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.**

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-2734-X

*A la memoria de mis padres
Francisco y Beatriz*

PRESENTACIÓN

¿Cuál es el tema sobre el que se efectúan diversas variaciones? Una palabra le basta a la autora para anunciarlo desde la misma portada: “Latinoamérica”. Con ser tan fácil de enunciar, no oculta el término las angustias, preocupaciones y afanes que a latinoamericanos y, más particularmente, a latinoamericanistas nos produce su tratamiento. ¿Por qué variaciones? La metáfora musical alude seguramente a un leit motiv que viene y va, que parece diluirse y reaparece a propósito de un tejido de reflexiones, los cuales se articulan con la fundamental, le brindan carnadura, le permiten desenvolverse y mostrar sus entrañas. Al menos —como si no fuera suficiente— se atisban facetas del nudo de tensiones que guarda en su seno.

Estamos frente a un libro de ensayos, de un profesional de la historia y, por añadidura, mujer. Libros como éste integran una tradición de larga data en la literatura mundial y, quizá en especial, en las tradiciones culturales iberoamericanas. Son libros no pensados como tales, en el sentido de constituir el resultado de un plan premeditado de redacción, ejecutado después parte por parte; pensando como un todo y escrito bajo un calendario prescrito. Este libro pertenece a otra categoría. Se acumulan trabajos efectuados en diversas ocasiones, al fragor de la actividad académica que tanto exige una clase, como una conferencia, una ponencia o una crítica monográfica. Ahora se brinda la oportunidad de integrarlos en un solo volumen. Un tópico recurrente de discusión es hasta qué punto tienen unidad estos textos. Y hay que anotar de inmediato que muchos no la tienen y son sólo agregados de circunstancias, pegados por inconfesables motivaciones, cuya incoherencia y desarticulación son evidentes para cualquier lector mínimamente avisado. Pero, no puede botarse al niño con el agua sucia de la tina y sería una muestra de insensibilidad intelectual grave no advertirlo. El reorganizar materiales de muy diverso origen ayuda a lectores, y no pocas veces a autores, a mostrar las líneas torales de un plan de trabajo más raigal. Un plan de trabajo que no apunta a la redacción de un volumen, sino que resume una vida o una etapa importante de una

biografía intelectual. *A este tipo de libros, pertenece el presente volumen de Beatriz Ruiz Gaytán. Es más, debemos agradecerle la generosidad de reunir y ordenar sus trabajos, porque nos hace accesibles —incluso a los que la conocemos de años, la apreciamos y hemos tenido el privilegio de compartir con ella la cotidianidad de la vida académica— sus preocupaciones y sus reflexiones decisivas sobre aspectos medulares de la historiografía latinoamericanista; nos exhibe —sin exhibicionismo— sus dudas, sus afanes, sus ideales, sus experiencias.*

Este es el libro de una docente que ha hecho de la cátedra un apostolado, una misión generadora de saberes. El lector goza de prosa suscita y cortante. Una prosa que parece salirse de sí misma y rebasar sus confines para dar cauce a una actitud desafiante. No puedo dejar de ver este texto como un gesto de grande y extensa protesta ante una realidad mejorable. Pero no es gesto vacío, ni una protesta por calmar la angustia ante lo desagradable. Es protesta de aquella que día a día y poquito a poquito no ha bajado sus banderas nunca y se ha mantenido firme en sus convicciones, presentando sus argumentos con honestidad y valentía. Nos acicatea para forzarnos a reconocer que no es momento de arriar convicciones, sino de soltar trapos y prolongar la búsqueda de todo maestro con vocación: dar más y mejor. Ahora se le llama excelencia. Todos los vocados al magisterio sabemos que es un concepto límite: siempre se puede dar más y pocas actividades agotan y estrujan hasta el último aliento como este arte de parteras de la luz ajena.

Organizados los trabajos que integran este volumen en cuatro apartados, nos hablan de las reflexiones que surgen de ciertos precedentes hispánicos constitutivos de la historia latinoamericana, de ciertos modos de ser paradigmáticos en nuestra historia y en nuestra conciencia, de ciertos modos de aprender sobre nosotros mismos y de ciertos modos de entendernos. Todos, reflexiones y modos, puestos a la consideración del lector, sometidos a su crítica y valoración. Debajo de estos modos, como un estrato latente que de tanto en tanto reasoma su cabeza, están ciertas convicciones orientadoras: ¿Cómo no vamos a estudiar la historia de España y la de Estados Unidos de Norte América si pretendemos ser latinoamericanistas profesionales? Parece verdad de perogrullo, pero es necesario reiterarla. Y, junto a esa verdad de perogrullo, otra todavía de más densidad, imponente en su peso incontestable: ¿cómo desconocer la geografía, si pretendemos mapear la cultura de la región? Estos ensayos se inscriben así en la mejor tradición latinoamericanista de la historia del pensamiento, de las ideas, de nuestra cultura. Sin afanes localistas, sino con un agudo sentido de

búsqueda de una universalidad no descartada, como aprendimos de Alfonso Reyes.

Si todo el tema es interminable, las variaciones son casi infinitas. Especialmente en casos como el de Bolívar. La autora califica su criollismo de “clásico” y señala, en un párrafo muy sugerente, que al Libertador: “Le gustaba la gente; vivió con toda autenticidad la ‘dialéctica’ latinoamericana de la exuberante hospitalidad y de la suave cortesía de ‘no desairar a nadie’. Aceptaba los agasajos y agasajaba siempre que podía”.

En otro momento de sus reflexiones, Beatriz sintetiza con gran fuerza algunas de las confusiones más estériles en que nos embrollamos no pocas veces, cuando pretendemos singularidades abstractas e ilusorias

somos singulares, pero no somos los únicos en la faz de la Tierra; que somos los dueños de nuestro destino pero no vivimos en un coto encristalado o amurallado; que no sigamos confundiendo la singularidad con el nacionalismo, el nacionalismo con la autosuficiencia verbal, la autosuficiencia verbal con la madurez, la madurez con la demagogia, la demagogia con la historia y la historia con el folklore.

La emoción contenida del texto llega al clímax, por ejemplo cuando denuncia evaluaciones denigrantes de Nuestra América y de nuestra capacidad creativa, como se hace patente en las apretadas líneas que siguen: “Hemos oído muchas necedades acerca del afán imitativo de Latinoamérica, al que se hace colindante casi con un mimetismo animal”.

En fin, juzgará el lector acerca de las bondades de estas reflexiones. Pero, no podemos menos que estimar los consejos y sugerencias sembrados como semillas por sus páginas: capacidad de “resistir nuestra historia” (citando términos de León XIII en otro contexto, pero muy a cuento de nuestra actitud recelosa frente a la memoria...), no concebírnos como “islas históricas”, terminar con la esterilizante actitud “ageográfica” y la no peor de “cargar” como un peso muerto con nuestra historia, moderar rencores acumulativos, flexibilizar las rigideces presuntamente ‘metodológicas’ o de petrificados ‘marcos teóricos’, adecuar de modo pertinente terminologías y exigencias de rigor, recuperar la dignidad personal frente al “jefismo”, visualizar a los de “enmedio” (neologismo que trasunta no sólo ingenio sino esfuerzo conceptual por superar las insuficiencias de las categorías disponibles para aprehender una realidad esquivada...), etcétera.

Una obra que devela los esfuerzos y las inquietudes detrás de bambalinas de una vida dedicada a la docencia, con toda la responsabilidad que una tarea pública de tal magnitud comporta. Sabrá aprovecharla el lector cómplice, que se decida a discipular por sus páginas con la convicción de

que la experiencia ajena sí puede servirnos, formarnos y ayudarnos a mejorar nuestro propio quehacer. Este libro es la prolongación de la acción docente de una historiadora que no renuncia a sus deberes de ciudadana y que labora con la vista puesta en el horizonte de una patria más grande, acogedora y justa; seguramente por venir, si juzgamos desde la atalaya de un ejemplo como el que nos ocupa.

HORACIO CERUTTI GULDBERG

De ciertos precedentes

I. LAS GENTES DE CASTILLA

Castilla acertó a superar sus propios particularismos e invitó a los demás pueblos peninsulares para que colaborasen a un gigantesco proyecto de vida

José Ortega y Gasset

La historia tiene interés, vale la pena, en tanto pone de manifiesto cada vez más la unión íntima entre el pasado y nosotros mismos. Cosa compleja que pide al historiador renovar a cada instante la tarea que debe desempeñar. Por eso nos interesa hablar de Castilla porque de allí provienen sólidos sillares de nuestra propia personalidad.

Refiriéndose a la historia de España, dice el eminente transterrado don Pedro Bosch-Gimpera:

Habría que rehacer muchas cosas que parecían de construcción definitiva, sobre todo si deseamos que la historia deje de ser un puro inventario de hechos y que intente explicar la hilación interna, el dramatismo y los intereses humanos, prescindiendo con indiferencia de sus problemas técnicos.¹

Esto es precisamente lo que aquí intentamos penetrar, la secuencia de acontecimientos, los enlaces con otros, y todo el impulso vital que llevaron a Castilla hasta el nuevo mundo.

Continúa el doctor Bosch hablando de una visión “ortodoxa”, tradicional, oficial, tesis unitaria y “castellanista” que resulta “de una idea dogmática de unidad y cohesión esencial de España y de su civilización como si fuera un ente metafísico”.²

En efecto hay una tesis “castellanista” como hay otras del mismo cuño: separatista, catalinista, cantonalista, etcétera. Proceda recordar

¹ Pedro Bosch-Gimpera *El problema de las Españas*, México, UNAM, 1981, p. 37.

² *Ibid.*, p. 39.

que la historiografía española debe leerse, casi siempre, con las pre-
venciones que suponen la aceptación o el rechazo de cada una de esas
posturas.

Hemos de admitir que una verdadera historia de España no puede
estudiarse ni entender como un *collage* de historias regionales, ni como
una competencia de “ismos” entre esas regiones: leonesismo, nava-
rismo y qué se yo; tampoco debe abordarse como una colección de
memoriales de agravios o de apologéticas loas biográficas y provincia-
nas; debe ser estudiada dentro de una especie de “federalismo” inte-
lectual capaz de aprehender la especificidad en la totalidad a partir de
los prolegómenos de la expansión marítima que dieron origen a un im-
perialismo en el que se insertaron la historia y la geografía universales,
hasta el punto de convertir a la supuestamente atrasada y pobre España
en dueña del globo.

En unos años el país se unifica, se organiza, concluye la Reconquista, des-
cubre América, vence a Francia en la lucha por la hegemonía, controla el
espacio italiano y se transforma de la noche a la mañana en un primera
potencia mundial.³

Pero vayamos por partes. La primera explicación de la historia es la
geografía y a partir de ésta hemos de considerar tres aspectos en la vieja
Iberia: una geografía externa que se refiere a su colocación dentro del
mapa del viejo mundo; una geografía interna que nos habla principal-
mente de las múltiples privacías geográficas y por lo tanto económicas,
sociales, políticas, psicológicas, patronímicas y tantas más; y en tercer
lugar una geografía imperial que nace con la gran diáspora española de
los siglos XV al XVIII.

España forma parte del espléndido trío peninsular que se encar-
gó de culturizar el mundo occidental: Grecia, Italia, Iberia. Grecia sis-
tematiza el conocimiento y crea las disciplinas del saber, Roma con su
pragmático genio las difunde a través de la administración y el Dere-
cho; Iberia, a muchos siglos de distancia, alcanzó una cultura de raíz
latina, injertada de elementos bárbaros (visigodos) e infieles asiáticos
y africanos (árabes, judíos, almorávides, etcétera) y la lleva allende el
mar y más allá hasta darle la vuelta al mundo.

Por dentro, el suelo español es montañoso, el tránsito es difícil, se
crean zonas separadas que propiciarán sentimientos regionales, y tem-
prano apego al terruño. Los Pirineos la protegen pero también la li-

³ José Luis Comellas, *Historia de España moderna y contemporánea*, Madrid, Edicio-
nes Rialp, 1971, p. 34.

mitan; por el occidente el Mar Tenebroso, misterioso, aterrador e incitante.

Su extrema occidentalidad la hace ser considerada como la *finis tennae*, la orilla del mundo, lo más lejano, muy propicia la situación para el mito, allí empezaba pues el misterio de lo desconocido, allí —se decía— cumplió Hércules algunos de sus trabajos, allí estaba el jardín de las Hespérides. Por otro lado el escaso estrecho que la separa de África. el futuro Gibraltar, la hace dueña potencial de las puertas del mundo, y también la acerca, tal vez demasiado, al continente negro.

Por oriente, se extiende el Mediterráneo con toda su carga de cultura, de invasores, de depredadores, de comercio, de explotación y de novedades sin límites. La Península sintió y sufrió el expansionismo naciente de grandes pueblos navegantes y comerciantes; los fenicios llegan a las costas, extraen lo que sirve a sus industrias y se van; los cartagineses la atraviesan como un camino; los griegos compran y venden, se fundan lugares de abastecimiento y de resguardo, pero la Península no participa de la próspera estabilidad de grandes puertos y urbes con caracteres de capitalidad como Tebas, Alejandría, Atenas, Cnossos, Micenas, Tirinto.

En la prehistoria y la Edad Antigua la Península sabe de las emigraciones que por milenios llegan de oriente a occidente y llenan Europa de hordas, tribus, pueblos, aldeas, ciudades y culturas, pero no es punto de confluencia, encrucijada o enlace, tampoco es punto de contactos permanentes. Así España es europea pero no del todo, mediterránea, no del todo y atlántica... no del todo. Tal vez esto le va a permitir ser muy “ella misma”.

De este modo su situación de extremo, su especial peninsularidad, su vecindad con todo y con poco o con nada, le van creando un compromiso histórico singular: el de resolverse por sí sola.

Los primeros asentamientos estuvieron condicionados por los recursos naturales y la topografía, esto hace que cada comunidad se arraigue, se posea del territorio y se deje poseer, lo que motiva características regionales, es decir, España, la península, tiene adentro otras isletas geohumanas. Supongo que así su gente va siendo más individualista mas ¿original? Pero esta misma “insularidad” —como la llamó alguna vez un historiador— es ya una historia compartida, porque pertenece a toda la Península. Hay otra historia compartida más concreta y explícita, más duradera y decisiva. Todos los habitantes son producto y víctima de las olas migratorias de la Antigüedad, todos conforman —dentro del Imperio Romano— la provincia nodriza de Roma, todos sufren las invasiones bárbaras y todos son testigos y actores del reino visigótico, todos saben de la convivencia con árabes y judíos, y por fin

la historia toda de la vieja Iberia se modifica ante la inexplicable y sorprendente presencia de América.

Este TODOS, sin duda habla de una futura conciencia nacional, conciencia que aparece —a querer o no— en los que intervienen en los sucesos trascendentes de una misma historia (sin menoscabo de ciertas particularidades locales), en los que participan en un devenir común, en los que se reparten por igual derrotas y triunfos, y por supuesto cultura y espiritualidad. En determinada época (siglo XIV) por ejemplo, es conocida “la armonía que en ese momento existió entre los intelectuales musulmanes, judíos y cristianos en los principales centros culturales”.⁴ Esto significa que hubo hitos de intercomunicación y de sentimiento común no sólo entre los reinos cristianos, sino entre todos los que habitaban de siglos atrás el mismo ámbito peninsular. No estamos hablando de un cuento de hadas, sino de que se formaba una conciencia nacional por encima de las disensiones regionales, de los odios raciales, se formaba no con, sino a pesar de, todas las rivalidades que se abatían sobre la España de ese tiempo.

De todos modos la historia, sin desobedecer a la geografía, iba poniendo bases definitivas que permitían en un momento dado la realización de insólitos hechos. La primera gran entidad histórica que marcó en España la posibilidad de un futuro sin improvisaciones fue Roma al latinizarla.⁵

El aparato imperial romano contaba con infraestructura, bienes e insumos muy a modo para una comunicación rápida y oportuna, cosa que resultó de gran utilidad en la difusión del cristianismo, fue así que donde la presencia de Roma era más notable y enérgica, la nueva doctrina tuvo más tempranos y numerosos seguidores; ello explica la precocidad de la tradición cristiana en Hispania que se remonta hasta Santiago y San Pablo.

Los visigodos ocuparon España de fines del siglo V a principios del VIII y fundaron en Toledo la primera ciudad con carácter de capital, con lo que sentaron un precedente centralista de poderes (político, eclesiástico, económico y social) en la futura Castilla la Nueva. Además en un afán de unificar y fortalecer población, religión y economía peninsulares se intensificó la celebración de los famosos concilios de Toledo que fueron en cierto modo el germen del Estado-Iglesia español.

Hemos hablado hasta aquí de algunas generalidades que ayudaron a dar forma y ser a España, que aportaron elementos acondicionadores

⁴ Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la Historia de España*, Barcelona, Vicens-Vives, 1976, p. 69.

⁵ Véase el capítulo “Latinidad, hispanidad, americanidad” de esta misma edición.

para empresas futuras, y que dotaron al espacio geohistórico peninsular de la posibilidad de reaccionar —cada región a su estilo, pero al fin y al cabo, todas— ante los estímulos que tiempos por venir les presentaron. En síntesis, España contaba ya con fundamentos que la hacían —entre otros vecinos de Europa— potencial candidato a lanzarse, llegado el momento de la técnica apropiada y la economía competitiva, allende el Atlántico para ver, conocer, poseer y aprovechar lo que hubiera al paso.

Sin embargo, de todas las regiones de España que se constituirían en reinos, uno fue el que preponderó sobre los otros, el que primero aceptó el reto de las inquietudes expansionistas del Renacimiento y se comprometió, poniendo todo en el empeño, a ir hacia lo desconocido y llegar hasta las riquezas bien conocidas, desde antes de Marco Polo, y a los señores de ellas para saludarlos y “tratar asuntos que tocan al servicio de Dios y la expansión de la Fe Católica y a nuestro beneficio y utilidad”.⁶

Esta región fue Castilla. Vale aclarar que no apoyamos banderías castellanistas en el sentido de considerar a una gente mejor o peor que otra, no es cuestión de sopesar cualidades y defectos, es tan solo reconocer que el proceso histórico así lo fue determinando.

Castilla no saltó a la palestra de la gran dispersión ibera de principios de la modernidad como rudo e imprevisto combatiente, ni como espontáneo e irreflexivo luchador, y menos como arribista convenenciero; es más, no saltó, dio un paso obligado por sus precedentes y sus circunstancias, paso peligroso, difícil, enorme y tal vez desproporcionado, pero lo dio y se convirtió en la punta de lanza que abriría los caminos del globo.

La época que siguió a la desaparición del reino visigodo como ente político (ocupación musulmana y Reconquista) fue la definitiva en la constitución de Castilla como vanguardia del futuro primer imperialismo de la edad moderna.

Hacia 711 los civilizados árabes musulmanes pasaron las Columnas de Hércules e invadieron la antigua Hispania. Pronto surgió la respuesta y, aunque en forma precaria, la Reconquista de lo usurpado se inició en el norte, cuando Pelayo, un montañés como cualquier otro, protegido por su decisión y la gran fe mariana, que siglos después se trasladaría a América, encabezó un primer intento de lucha contra el Islam. Esto, que seguramente no pasó de escaramuza fue un detonador

⁶ *Capitulaciones de Santa Fe*, Granada, España, Diputación Provincial de Granada, 1989, pp. 12-14.

para que poco a poco todos los hispanos accionaran su responsabilidad como tales y sus derechos ante el despojo de lo suyo.

Así la Reconquista corrió de norte a sur y durante 781 años convivieron en guerra o en paz los de “Alá es Dios y Mahoma su profeta” y los de “Cristo es el Hijo de Dios”, ambos acompañados siempre por descendientes del bíblico pueblo elegido de Jehová.

Mientras, los musulmanes organizaron ciudades, centros culturales, industrias, agricultura hasta formar un Islam español que culminó cuando “Abderramán III (912-961) se proclamó califa y Córdoba se convirtió en la capital de Occidente”.⁷

Este Islam del todo peninsular rompió sus lazos con el Medio Oriente, y con los judíos al lado hizo brotar una edad de oro judeomusulmana sin parangón en ninguna de las épocas históricas particulares de los dos grupos. Fue este un “Islam lleno de vida y de originalidad, cuya riqueza, pensamiento y complejidad prepararon no menos que la Reconquista cristiana las grandes realizaciones de la España futura”.⁸

Las zonas no musulmanas se fueron significando en todos los campos (bélico, económico, político, cultural, social) de acuerdo a su situación geográfica, a sus ambiciones, y a sus necesidades vitales. Surgieron los reinos cristianos: Asturias en las montañas del norte, Cataluña, Aragón, Navarra en el noreste, León al noroeste (pero ya más adentro y un poco más lejano del mar), Portugal en el litoral atlántico y en medio de todos, cerrado por el Al-Andalus en el sur, Castilla, fundada en torno a Burgos hacia el segundo tercio del siglo X por el conde Fernán González.

En un esquema geográfico fácil, digamos que Castilla, hoy, ocupa toda la parte central de la península, desde el norte (límite de Asturias) hasta el sur (Extremadura), pero no empezó así. Castilla debe entenderse como una región histórica, pero no natural. “Determinar el contenido [geográfico] de Castilla la Vieja es de una gran dificultad, pues a lo largo de los siglos sus límites han variado”.⁹

De cualquier modo hubo un primitivo Estado castellano —el primero, el viejo— en un pequeño lugar al norte cerca de la provincia vascongada de Alava; una Castilla de oscuro origen cántabro (población de vascones, astures y más tarde de leoneses) dentro del reino asturleonés.

En el agitado siglo VIII, la zona sufre un fuerte despoblamiento, quizá debido a la sorpresiva irrupción musulmana y queda como tierra

⁷ Pierre Vilar, *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1986, p. 21.

⁸ *Ibid.*, p. 24.

⁹ José Terrero, *Geografía de España*, Barcelona, Ramón Sopena, 1958, p. 327.

de frontera inerme entre vascos paganos al norte y el noreste, islámicos al sur, lusitanos y leoneses al occidente, y el mar al norte. La organización y formas de vida de este primitivo sitio son confusas, pero pasado el primer impacto, las gentes reaccionan y empiezan a vivir; las cosas se organizan, se regulan pero “por vía espontánea, natural, sin patrones establecidos, esto va haciendo a la región un tanto diferente e identificable”.¹⁰

Ante el violento embate musulmán, los reyes astures sucesores de Pelayo favorecerán al precario vecino que era la primitiva Castilla y, en un golpe político, la transforman en condado.

Así, en medio de todos y sin nada, pero ya con cierta personalidad política, Castilla asume su papel de tierra de frontera, hace consciente su necesidad de crecer, y pronto se verá a la cabeza de la Reconquista.

El repoblamiento de Castilla la Vieja fue aparejado con tareas de consolidación: construcción de aldeas o ciudades, creación de talleres, predios agrícolas o ganaderos y gremios.

En la lucha por los territorios ocupados fue necesario meterse poco a poco en tierras duras e inhóspitas, cada vez más hacia el sur y allí iban reyes, señores y pueblo; así, por siglos, seguiría la sucesión de guerras, victorias o derrotas, repoblamiento y asentamientos unas veces, huidas y devastación otras, pero éstas fueron cada vez menos.

La relación humana tuvo que ser allí más libre y variable, pero también más indefensa y más rodeada de amenazas lo que obliga a fortalecer la vida en comunidad. Familia, parroquia, señorío, monasterio; es una vida primitiva, rústica, agrícola en pequeña escala y ganadera de más evergadura, pero es una vida que se vigoriza día a día. Su calidad de tierra de frontera, de tierra de nadie era la más adecuada para ser ocupada por todo aquel que al paso de la Reconquista iba quedando en posibilidad —por edad, por enfermedad, por cansancio o por gusto— de establecerse. Esto repercutió demográficamente, ya que la población fue en aumento.

A lo largo del siglo IX los condes de Castilla extendieron sus territorios.

La organización, los modos de vida, el derecho, crearon una región esencialmente diferenciada del reino de que dependía. Los condes rechazaban la centralización y fueron constantes las rebeldías que llegaron a su apogeo con Fernán González (923-970).¹¹

¹⁰ Jaime Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, Barcelona, Vicens Vives, vol. I, pp. 300 y 301.

¹¹ *Ibid.*, p. 401.

Este personaje ha sido y es aún muy discutido, pero real o ficticio tiene el mismo valor histórico porque personifica y alienta los ideales abstractos y las ambiciones concretas de un pueblo.

Los siglos X y XI son medulares en la historia de Castilla y justamente en ellos aparecen los dos personajes epónimos de la heroicidad castellana: Fernán González y Ruy Díaz de Vivar, el Cid, ambos, como toda Castilla, se mueven entre lo abstracto y lo concreto como veremos más adelante.

Cuando lo heroico es acatado por un pueblo como este de Castilla en aquel tiempo, su validez es inobjetable, porque tiene toda la fuerza anónima de gentes que quieren ser, que luchan por hacerse, que saben lo que quieren y lo plasman en un mito heroico o lo ven en quien lo posee realmente. En los dos casos es respetable.

El poema de Fernán González fue escrito en mester de clerecía hacia 1250, casi tres siglos después de su vida.

El conde don Fernando con muy poca compañía,
en contar lo que hizo semejante hazaña,
mantuvo siempre guerra con los reyes de España,
no daba mas por ellos que por una castaña,
Cuando entendió que era de Castilla señor
alzó a Dios las manos, rogó al Creador
Señor ayúdame —que soy muy pecador—
que yo saqué a Castilla del antiguo dolor.
Dame Señor esfuerzo, seso y [buen] sentido
que yo tome venganza del pueblo descreído,
y recobren los castellanos algo de lo perdido.
Señor, largo tiempo hace que viven mala vida,
son muy apremiados por la gente descreída.
Señor, Rey de los Reyes, encuentre yo tu ayuda,
que lo vuelva a Castilla [a la] buena medida.¹²

Orgullo personal, valor, amor por Castilla, posesión plena de una responsabilidad, y confianza en Dios; elementos muy castellanos que igualmente aparecen en el *Cantar del Mio Cid* escrito hacia 1140 por un anónimo juglar y que, según nos dice José María Encinas, “aparece como fruto de un espíritu nacional... [y] se trata del primer cantar de gesta castellana”.¹³

¹² *Poema de Fernán González*, selección y prólogo de A. Zamora Vicente, México, Ediciones Oasis, 1963, pp. 46-47 (*Colección literaria Servet*). El texto ha sido transcrito a un lenguaje más moderno.

¹³ José María Encinas, Prefacio al *Cantar del Mio Cid*, Barcelona, Fama, 1955, p. 9.

El poema de Fernán González es culterano, el *Cantar del Mio Cid* es juglaresco. Cabe señalar que el concepto heroico (valor, prestigio, honor, “amor” a la nación en tanto lugar de nacimiento o de adopción, anhelos de engrandecerlo, exaltación lírica de lo propio, religiosidad manifiesta, ires y venires caballerezcos, sentido mesiánico, etcétera) ha sido un concepto persistente a través de los siglos, es decir, el héroe, el personaje creado o real pero mitificado por el verso o el canto y por la mente popular o por la pluma magistral es el que representa los ideales de todos. Puede cambiar por fuera, pero jamás deja de tener el mismo contenido interior: Pelayo (siglo XVIII), Fernán González (siglo IX), el Cid (siglo X), Alonso Quijano (siglo XVI-XVII); todos, batalladores sin límite. Muchas veces esto tenía poco que ver con la riqueza material; ya nos lo dicen unos renglones del *Nobiliario español* de Atienza y Navajas:

Torpareis con títulos sin renta,
con caballo y sin caballero,
sin recámaras y con camarero,
con repostero y sin plata.¹⁴

Y ya entrado el siglo XVII recordemos al hidalgo de la Mancha el de “lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero... duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes”.¹⁵

Esto quiere decir que en Castilla, hay varios ejemplos de que se lucraba, con más compromiso, prestigio que dinero.

Aunque las hazañas de legendarios personajes y la fe legitimaban la Reconquista, el verse atenazada por todos lados, creaba en Castilla una presión que forzaba a luchar más y también a intensificar alianzas y pactos, recordemos como ejemplo que en 1076 Castilla y Aragón se reparten Navarra; de 1109 a 1114 surge una unión fugaz entre los mismos reinos por la boda de Doña Urraca y Alfonso I, hacia 1151 se hace un tratado entre Alfonso de Castilla y Ramón Berenguer de Aragón, mismo que se refrenda en 1179 entre Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón; y a principios del siglo XIII, no podemos olvidar la histórica unión de todos los cristianos frente a la amenaza norafricana y el triunfo de las Navas de Tolosa (1212).

Esto aumentó en Castilla el vigor popular determinado porque el invasor impone el deber de combatir no como acto de soldado, sino

¹⁴ Atienza y Navajas, *Nobiliario español*.

¹⁵ Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Juventud, 1975, p. 35.

como obligación moral y necesidad material, aquella que llevará a ganar la eternidad y ésta que llevará a ganar prestigio y fama a través de las generaciones, es decir rango y nombre. Para alcanzar estos objetivos el tiempo no cuenta (en el caso castellano fueron ocho siglos), no importa si lo alcanzo yo, el hijo o el chozno. El compromiso es personal y se hereda; por eso todos tienen sentido de abolengo, orgullo de cristianos viejos, visión de trascendencia, dignidad personal, cualidades que al enlazarse con otras configuran honra y buen nombre, sobre lo que se apoya la hidalguía y la limpieza de sangre, formándose así un entramado social. Ahora bien, el movimiento continuo y heterogéneo convive con la estabilidad lograda; el recién llegado a las tierras apaciguadas de Castilla, ya fuera emigrante o fugitivo de las *razzias* musulmanas, ya mozárobe o peregrino rezagado, ya viudas con hijos o marrano despreciado y harto de su híbrida existencia, ya villano sin villa... o lo que fuera propiciaba una convivencia tolerante, un ambiente más lleno y la urgencia de decidir por sí mismo, de usar la propia iniciativa. El hecho de esta movilidad migratoria también trajo consigo más espontaneidad y la libertad de acción, lo que favorecía cualidades que se hicieron leyes con jerarquía moral como por ejemplo la lealtad, el honor, la buena fama como un elemento decisivo en las relaciones humanas; pero estas relaciones basadas en ideas abstractas exigían hechos que, a veces, era difícil comprobar. Tal vez por esto se generaron economías de prestigio, que quiere decir de apariencia. (Por cierto que esto —un tanto deformado— fue muy característico en el poblamiento de América).

La buena fama tenía sus propias ropas y no aceptaba dádivas que desdijeran de ella. En el “Poema de Alfonso Onceno” leemos:

Dice el rey a los caballeros:
Dar os quiero doblones de oro.
Dijeron los mensajeros:
Dios nos dé vida rey moro.
No queremos vuestro haber.
Dios nos dé honra y bien...
y nosotros no somos juglares
que demandemos algo de vos.
Más vale honra que tesoro,
según dicen los antiguos.¹⁶

Por supuesto que el rey era figura central en este orgullo caballeresco.

¹⁶ María Rosa de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, México, FCE, 1983, p. 221.

A ojos vista, los reyes, generación tras generación ven aumentar sus territorios y el número de súbditos, sienten el incremento del poder y con éste la legitimidad de su causa, lo que permite la continuidad. Así los soberanos se crecieron ante los triunfos y ante el peso de la responsabilidad heredada, ahora buscarán ser no sólo batalladores, sino también santos, sabios y... más ambiciosos.

Alfonso VI en sus diplomas es llamado *Adefonso imperatore in Toletto et in Leone* y para ensalzar su periodo y majestad, *Adephonsus Imperator in Toletto, Legione, Gallecia et Castilla* y más adelante: *Adefonsus Imperatur super omnes Hispaniae nationes constitutus*.¹⁷

En el siglo XIII Fernando III, el gran reconquistador que llegó por el sur hasta Cádiz, justo al mar, alcanzó la santidad y los altares; Alfonso X, su hijo, en un avance decisivo hacia un, llamémosle, “prena-cionalismo”, “hizo traducir en este lenguaje de Castilla todas las ciencias, también de teología como la lógica, y todas las siete artes liberales como todo el arte que dicen mecánicas”.¹⁸

Además este Alfonso, extendía su ambición hasta Alemania, pretendiendo el título de Emperador del Sacro Imperio.

Ahora bien, todas esas “glorias” no habrían sido posibles sin la presencia vigorosa y leal del pueblo dispuesto a luchar día y noche. Nunca tuvo Castilla y su gente más carácter popular que en la Reconquista y hasta bien entrada la modernidad. En esto tuvo mucho que ver el constante aumento de población rural y en buen número de artesanos y comerciantes.

En la erudita reconstrucción que de un mercado leonés del siglo X nos hace Claudio Sánchez Albornoz, podemos detectar la heterogénea y movida concurrencia que va y viene como le da en gana: un villano de Castrojeriz que quiere comprar un caballo para hacerse caballero; un infanzón del conde que gobierna Luna, siervos de obispos, ricos propietarios laicos, mayordomos, monjes aún mozárabes, herreros, torneros, un hombre de behetría, arrieros, magnates, judíos,¹⁹ gente de mal vivir, y gente sin con qué vivir, añadiría yo.

El tono de vitalidad y libertad que sugiere el abigarrado conjunto en movimiento, se repetirá enriquecido en todos los aspectos, por el lato territorio que poco a poco se anexa a Castilla.

¹⁷ Cit. por Luis G. de Valdeavellano, *Historia de España*, Madrid, Revista de Occidente, t. I, pp. 352-354.

¹⁸ *Alfonso el Sabio, Antología*, estudio preliminar de Margarita Peña, México, Porrúa, 1973, pp. XV-XVI.

¹⁹ Véase Claudio Sánchez Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*, México, Ediciones Rialp, 1966, pp. 30-56.

Los grandes hechos de la historia jamás han sido obra de un sólo personaje. Hemos mencionado ya que el héroe nunca está despegado del pueblo y el pueblo tiene memoria histórica máxime si ha sido, sin interrupción, testigo y actor de un suceso de siglos. Un pueblo así tiene que ser fuertemente tradicionalista, dotado de voluntad y también orgulloso de la grandeza de su terruño.

La presencia activa y constante de las gentes en las ciudades libres y en su libre capacidad de movimiento está avalada por algunas instituciones como, por ejemplo, la behetría, una instancia de patrocinio de origen romano y que se genera mayormente en épocas y “países agitados por la violencia en las que coexisten un Estado impotente, una aristocracia poderosa y una considerable masa de población libre”.²⁰ Lo interesante de esas behetrías es que no eran todas de dependencia hereditaria, sino que estaban exentas de obligación con los señores, es decir, los hombres de behetría eran libres, podían cambiar de patrocinador o protector.

Prueba interesante para entender la participación del pueblo en la vida de los reinos son las Cortes “institución típica de la España medieval [que] es particularmente precoz en la historia de las asambleas representativas”.²¹

Aparecen en León en 1180. “Más de medio siglo antes de que los Comunes fueran convocados por Enrique III de Inglaterra el año 1254.”²²

A esas primeras Cortes acudían procuradores de las ciudades, representantes de gremios y municipios escogidos entre los “hombres buenos” de “estado llano”, era como un brazo formado por personas comunes y corrientes, pero seleccionadas por sus excelentes y comprobadas cualidades, por sus buena fama, además del clero y la nobleza. No sabemos de otros pueblos que hayan participado en su gobierno a través de su historia como el pueblo español en la Edad Media. Este haber popular también tendrá sitio prominente en las empresas americanas.

Ayudaba también a interesarse en las Cortes el hecho de que fueran trashumantes, lo que hacía factible una gama variada y extensa de asuntos por tratar, por otro lado la movilidad permitía ser más permeable a lo no previsto, ya que las Cortes estaban donde estaba el Rey, y el Rey estaba en todos lados.

²⁰ Claudio Sánchez Albornoz, *Estudios sobre las instituciones medievales españolas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965, p. 47.

²¹ Pierre Vilar, *op. cit.*, p. 30.

²² Enrique de Tápia Oscariz, *Las Cortes de Castilla 1188-1833*, Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1963, p. 10.

Dentro de otro orden, pero también definitiva en la forja de Castilla, hemos de recordar la escuela catedralicia de la que ya se hablaba en el Concilio de Carrión de 1130,²³ y que más tarde se convirtió, entre 1218-1219, en Estudio General o Universidad.

Las universidades medievales en general tuvieron un carácter democrático que nunca después se ha recuperado. La única condición para entrar y permanecer en ellas era el talento. La de Salamanca, desde su fundación, estuvo fuertemente trabada con el suceder de Castilla. Allí se formaba la clase intelectual que, a querer o no, influía en la sociedad y normaba o ponía en tela de juicio criterios y normas. Sobre la escolástica salmantina surgió, aunque se diga lo contrario, la disponibilidad a las innovaciones, a las críticas, a las inquietudes de saber y participar, y sobre todo, se vivió en ella —por varios siglos— un compromiso permanente con su momento histórico que fue más que demostrativo en el telúrico momento de la apropiación de América.

La Reconquista ofrecía también una forma de enriquecer la cultura, la vida y de diversificar la avenencia con los demás, con el “otro”. El contacto con los islámicos en la paz o en la guerra fue fecundo; forzosamente la cercanía con esa otredad limó asperezas, el musulmán —enemigo, amigo, a veces pariente— dejó huella en la mente, en la sensibilidad, en los anhelos, en las simpatías y hasta en los odios. Por eso también fueron estos en España, “los buenos tiempos de los judíos”. Ningún reino como Castilla sintió el problema de la incorporación de musulmanes y judíos; un “otro” más, que ofrecía utilísimos servicios que los castellanos “combatientes” no ejercían —comerciantes, contables, médicos, hombres de leyes— fue bienquisto y tratado con transigencia y comprensión e igualmente “se establecieron con él vínculos no sólo intelectuales y comerciales, sino sentimentales”.²⁴

Los dotes intelectuales de los judíos los llevaron a colaborar con los reyes en el gobierno y la administración.

Vale mencionar ahora que además de los intereses y logros de Castilla en su interior, nunca estuvo sórdidamente aislada como lo ha difundido la leyenda negra. A causa de la invasión de oriente vivió —como toda la península— un peculiar medievo que la mantuvo encerrada, pero no al punto de ignorar lo que pasaba allende los Pirineos y a lo largo del Mediterráneo.

Los españoles no fueron —salvo algunos caballeros tal vez— a las Cruzadas, así que trasladaron la idea de Cruzada a sus tierras. Al Me-

²³ Véase Julián Álvarez Villar, *La Universidad de Salamanca, arte y tradición*, Salamanca, España, Universidad de Salamanca, 1973, p. 11.

²⁴ Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la historia de España*, p. 58.

dio Oriente iban los cristianos a rescatar el Santo Sepulcro en poder de los infieles, en la antigua hispania hacen lo mismo: rescatan tierras cristianas de manos infieles.

La Reconquista no obstruyó los caminos de la influencia europea; el santuario jacobeo hizo el camino para ésta, un camino que por donde pasara promovía la economía ya que era necesario satisfacer los requerimientos de los miles de viajeros que aflúan de todo el continente, y que llevaban y traían noticias, ideas, bienes y costumbres, cosa que también sucedió a costa del auge comercial catalano-aragonés (siglos XII-XIII), y de la íntima vecindad con Portugal.

Así que la inquietud mercantilista de la Europa del Renacimiento fue también preocupación de España, fundamentalmente de Castilla que de tiempo atrás tenía como objetivo de primer orden la búsqueda de salidas al mar.

Otros reinos se aventuraban más allá de Gibraltar, y por las islas frente a las costas de África, y los litorales occidentales de ésta, el comercio se engrandecía y Europa y el Medio Oriente se aprestaban a competir y a ganar. Castilla tenía experiencia al respecto, no fue nunca sólo espectador; en el siglo XIII se dejaba ver por el norte de Europa. Hacia 1296 se constituyó una Hermandad de la Marina en la que una vez más se hermanaron vascos y castellanos; las relaciones con Flandes fueron importantes, y posteriormente con la Hansa germánica.²⁵ Ahora Castilla empezaba a paladear cierta riqueza.

Pero su vocación era el sur. Castilla no era una talasocracia, la suya no era sustancialmente gente de mar, sin embargo, llegado el momento, ante el imperativo que le marcaban las circunstancias y algunos de los rasgos de su mentalidad —en estas páginas tan solo esbozados— siguió el avance iniciado hacía casi 800 años en las montañas de Asturias y se aventuró por el Océano, hasta redondear el mundo, cosa que se logró bajo el reinado de los Reyes Católicos que en 1479 inician “el gobierno mancomunado de las coronas de Aragón y Castilla bajo una misma dinastía. Ni nada más ni nada menos”.²⁶ Lo ha dicho el distinguido historiador catalán Jaime Vicens Vives: “Es inútil poner adjetivos románticos a un hecho de tanto relieve”.²⁷

²⁵ Véase Luis G. de Valdeavellano, *Historia de las instituciones españolas*, Madrid, Revista de Occidente, 1970, pp. 278 y 420.

²⁶ Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la historia de España*, p. 99.

²⁷ *Ibid.*

II. LO MODERNO Y LO POPULAR EN EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Independientemente de lo que el descubrimiento de América significa en el devenir del mundo entero, para nosotros es el suceso que, entre otros, nos hizo posibles y nos metió en la historia universal. Es decir, es uno de los hechos que nos origina, que son causa fundamental de nuestro Ser. Sobra decir que como a tal, se le ha dedicado poca atención, se le ha esquivado esa condición de fundamentalidad, y el acontecimiento ha quedado sí, en el plano ambiguo de algo grande e importante, de lo que todos hablan, pero que pocos valoran en tanto fuente original de nuestra existencia histórica. Más aún, hablar en ese tono muchas veces ha sido considerado casi “traición a la patria”. Tal parece que nos halaga sentirnos producto de singular partenogénesis histórica, aunque esto nos impida integrar un conocimiento articulado, completo y justo de nosotros mismos. Esto explica el que los mexicanos estemos disgustados con nuestra historia, sobre todo con esos grandes capítulos que se gestan en ámbitos no situados dentro del bien perfilado recipiente geohistórico que conforma nuestra patria; pero es hora de volver la vista al descubrimiento de América, como engendrador de esa patria, y dedicarle reiterados intentos de análisis que nos hagan metabolizar el pasado, como hace un organismo sano con los elementos que necesita: los asimila y vive. Para vivir saludables, los pueblos necesitan el mismo proceso en cuanto a su historia.

El tema de lo moderno en la empresa descubridora, trata de aclarar un poco de imagen de la España de fines del siglo xv y principios del xvi. Esa España que ha sido tildada, con carácter de exclusividad y con el más peyorativo de los ánimos de: la medioeval, la fanática, la oscura, la atrasada, la de olor a incienso y color de cirio, la de hábitos pardos y burdos de frailucos corruptos, la africanizada y... mil cosas más. Una España así, sin más, no hubiera podido lanzarse a la tarea de exploradora de los mares y consecuentemente de descubridora de lo que había en el camino; pudo hacerlo porque contaba con los elementos que, como a los otros países de Europa, la encaminaba hacia

un cambio, hacia la modernidad. No queremos hablar de la Edad Moderna según la división tradicional de las edades históricas; queremos referirnos a la modernidad, una etapa, como todas las de la historia, con sus características propias y, como todas también, resultante de largos procesos y de acciones sinérgicas, muchas veces violentas o inesperadas.

La modernidad supone un conjunto de peculiaridades más o menos similares o comunes que poseen los países avanzados en el desarrollo técnico, económico, político, etcétera; la modernización es el proceso histórico de adquisición de tales peculiaridades.

No se nos escapa que es peligroso meterse a hablar de lo moderno en tal o cual momento y sitio. Modernidad y modernización son terrenos difíciles de deslindar y tiempos difíciles de periodizar. ¿Dónde y cuándo empieza la modernización? ¿Continúa en desarrollo? ¿Hasta cuándo? No podemos, ni debemos, centrarnos en la polémica de si la modernidad es una etapa histórica inexorable, si es el estadio final del hombre o una etapa rebasable, y de si acabará siendo una mera división conveniente para estudiar la historia. Tampoco podríamos decir qué significan exactamente los conceptos de moderno, modernidad y modernización; dentro de cada discurso: literario, histórico, filosófico, político o publicitario pueden querer decir muchas cosas, ya que en cada uno influyen las variables de su limitación cronológica, su alcance territorial, su validez intrínseca, su fuerza o debilidad ideológica, su intencionalidad cultural, su directriz política o su búsqueda de satisfactores económicos. El mundo se modernizó, entró en un proceso de cambios que lo convirtieron en algo prácticamente distinto. Los problemas de aclarar el camino para llegar a ello y para definirlo convenientemente han ocupado y ocupan no pocas y brillantes vidas dedicadas a las ciencias sociales y humanísticas; la bibliografía del asunto es amplia y eminente: Birnbaum, Apter, Rogers y Svening, Rostow, Eisentadt, Myrow, Organski, Schweinits, Habermas, Durkheim, Locke, Marx, etcétera.

Por supuesto que no vamos a meternos a analizar teorías sociológicas o socioeconómicas, ni pretendemos hacer componendas a las existentes. Modestamente, tan sólo entresacaremos algunos datos que la mayoría acepta como signos de modernización, por ejemplo: cambio de cosmovisión transmundana fideista a cosmovisión racional, tránsito de un Estado teocrático a un Estado laico; optimización de los tres índices económicos básicos: producto nacional bruto, rédito *per cápita*, y crecimiento constante de la producción hasta la opulencia; recorrido del camino productivo desde la acumulación primitiva hasta el consumo de masa, no ya de bienes instrumentales, sino de bienes satisfactorios;

opción por cualquiera de las tres vías modernizadoras: la burguesa, la capitalista reaccionaria o la comunista revolucionaria. Y en casi un paroxismo de síntesis y rigidez teóricas se ha llegado a decir que modernidad, en su forma más pura, es igual a razón, autogestión y satisfacción. Por mi parte creo que es imposible hablar de moderno y modernidad en forma pura y prefiero recordar a pensadores que hacen reflexiones menos radicales.

R. Nisbet en un estudio sobre Durkheim no habla de que los términos modernidad y tradición no son tan excluyentes como se piensa, y que los modelos generalizadores presuponen que las sociedades tradicionales son estáticas, y no es así.

Los elementos del orden antiguo se reagrupan y mezclan de nuevo con elementos innovadores para producir como resultado un orden completamente nuevo, que al mismo tiempo perpetúa los elementos del orden viejo aunque con variaciones, de modo que puede hablarse de alteraciones de una sociedad, pero no de sustituciones de una sociedad o nación por otra.¹

Horace M. Kallen habla de lo moderno como actitud y afirma que la “actitud moderna se levanta donde las sociedades adelantan en el orden social o intelectual porque un nuevo descubrimiento o invención es lo bastante fuerte para imponer y ocasionar cambios”.²

Otros científicos sociales analizan el fenómeno de la modernidad a partir de un “antes y después”, pero no es lícito entender esto como “borrón y cuenta nueva”. La complejidad de la moderna Europa se esbozó desde las Cruzadas, desde Marco Polo, desde los comerciantes catalanes, desde Rogerio Bacon, los traductores de Toledo, desde Francisco de Asís y Domingo de Guzmán. Es decir, elementos de cambio que fueron parte definitiva en el proceso hacia la modernidad, que colorearon la Edad Media con su contrastada y agitada convivencia. Dentro de esta situación es particularmente ilustrativo e interesante el caso de España: puerta del *Mare Nostrum*, *finis terrae*, ventana y plataforma hacia la Mar Tenebrosa; obligada durante más de 700 años a soportar el peso de la bien nutrida síntesis cultural que representaban los árabes, y el permanente y rudo apetito de almohades, almorávides, bereberes y cuanto musulmán deambulaba por Noráfrica; “marcada” por el inquisitivo ojo observador de los francos en el noreste, albergó un singular mundo medioeval; reconquistador, ganador lento

¹ Anthony D. Smith, Prefacio a Carlota Solé, *Modernización, un análisis sociológico*, Barcelona, Península, 1976, pp. 7 y 10.

² Horace M. Kallen, “Modernism”, en *Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 9, Nueva York, The McMillan Company, 1962.

pero seguro de su espacio geográfico, guardián del dogma religioso, actor de la filosofía providencialista, poblado de mozárabes, de señores católicos enemigos mortales o amigos entrañables de poderosos infieles, de judíos, de pragmáticos comerciantes catalanes y aragoneses. En este magnífico trasfondo de colores son fácilmente distinguibles los elementos de modernidad que llevarían a los reinos cristianos —Aragón, Cataluña, León, Navarra y Castilla— a constituir la primera hegemonía del mundo moderno. En el medioevo ibérico habían sido posible un imperio económico en el Mediterráneo, una de las primeras y más prestigiadas universidades, vida municipal libre; intervención del “brazo popular” en las cortes desde 1188³ y, por fin, una “tarea geográfica” que lo transformaría todo. Una tarea geográfica que jamás puede ser pensada como casualidad o coyuntura. El empeño de ir “más allá”, es consustancial al hombre; el expansionismo a fines del XV y principios del XVI, que tomando fuerza y forma desde muy atrás, se generó por avances técnicos, por lineamientos políticos, por necesidades económicas, por urgencias sociales. La actividad exploradora ibérica es la continuación de la Edad Media y el principio de la Moderna, es una actividad de tono medioeval, sacralizada por la búsqueda del Paraíso Terrenal, de la tierra del Preste Juan, de la aprehensión de cautivos infieles y la liberación de cautivos cristianos; sacralizada por la obligada reconquista de tierras invadidas y por la ineludible salvación de almas sin Cristo.

Pero el expansionismo estaba también materializado por el deseo de saber, de conocer, de poseer más la tierra y de encontrar riquezas, de alcanzar poder sobre los demás y de llegar hasta el dominio del mundo.

En las primeras incursiones atlánticas que se lanzaron *plus ultra*, hacia Canarias, Azores, y costas de África, iban genoveses, portugueses, mallorquines, catalanes, aragoneses, y castellanos. “Los descubrimientos geográficos contemplados en visión panorámica se nos presentan como una lista confusa de nacionalidades, de nombres de viajeros, de barcos, de metas halladas o no alcanzadas”.⁴

Pero ya en el último cuarto del siglo XV es decidido el moderno afán de los Reyes Católicos por competir con los portugueses y ganarles la primacía ultramarina. Alrededor de 1480, Fernando manda a Juan Rejón y a Pedro de Algava, que zarpan de Sevilla, para lograr la conquista de la Gran Canaria.

³ Véase Enrique de Tápia Oscariz, “Las cortes de Castilla 1188-1833”, en *Revista del Derecho Privado* (Madrid), cap. I (1964).

⁴ Florentino Pérez-Embú, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1948, p. 24.

El cronista Andrés Benáldez nos habla de las posibilidades agropecuarias que, sin duda, acicateaban al príncipe: “hay agua, ríos, pan, trigo, cebada, palmas, conejos, ganados, huertas, azúcar de caña”.⁵

Conforme crecía el interés expansionista, las ciudades portuarias como Lisboa, Sevilla y Cádiz, crecían también y pronto se convirtieron en urbes de gran movimiento comercial y marítimo; cabe recordar que según George Simmel, “los rasgos de la vida moderna se desarrollan en el marco de la ciudad, sede de la división del trabajo y del cosmopolitismo”.⁶ Este proceso urbano, se realizará posteriormente a plenitud, a raíz del Descubrimiento, en las Indias Occidentales. Ahí las metrópolis del imperio español, por su traza, por su distribución y divisiones social y económicamente jerarquizadas, por su tamaño, por su calidad de sedes del poder, por su concentración humana, y por su funcionalidad y belleza, alcanzaron características urbanas de inspiración clásica, al mismo tiempo que presentaban soluciones al problema de sociedades nuevas.

Volviendo a los tiempos iniciales de la expansión peninsuibérica, J. H. Parry señala que además de todos los ideales del espíritu, se necesitaba valor, disciplina, habilidad organizativa e instrumentos técnico-científicos.⁷

Mapas, armas de fuego, diseño y manejo de barcos, estudios de geografía y astronomía fueron las nuevas preocupaciones que dieron tema a marinos, políticos, gobernantes, maestros y artesanos, clérigos y comerciantes. Lo dicho nos permite captar mejor los modernos aires del momento histórico que preparó los grandes descubrimientos geográficos. Independientemente de los de siempre: los corruptos, los atrofiados, los perezosos, los miedosos, etcétera, se detecta una mayoría permeable a las inquietudes de su tiempo, a la urgencia de cambios, a los llamados de lo nuevo. Cuando Hernando del Pulgar nos habla de los “claros valores de Castilla”, cronológicamente situados entre los últimos 50 años de 1400 y los primeros de 1500, es patente el orgullo del terruño en una ya moderna versión nacionalista que exalte las hazañas castellanas no “menos excelentes que las de griegos, romanos y franceses tan loados”.⁸ Aparecen en este libro don Juan de Pacheco,

⁵ Andrés Bermúdez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1962, pp. 77ss.

⁶ George Simmel, *Metropolis and Mental Life*, apud., Carlota Solé, *op. cit.*, p. 59.

⁷ Véase J. H. Parry, *The establishment of the European Hegemony 1415-1715*, Nueva York, Harper Turchbook, cap. I, 1966.

⁸ Hernando del Pulgar, *Libro de los claros varones de Castilla*, Buenos Aires, Nova, 1944, p. 23.

maestro de Santiago, administrador, analítico y crítico; don Diego Hurtado de Mendoza, “muy instruido en Letras Latinas”; don Gastón de la Cerda, clara muestra de una mente política moderna, tanto que —en su momento— fue capaz de anteponer el Estado a la familia. De los clérigos que desfilan en las páginas del comedido cronista de los Reyes Católicos, nos dice su comentarista José Luis Romero, que son hombres de fe y políticos eclesiásticos, pero que son también “hombres de cancillerías y de cortes, más que de celdas y de púlpitos”.⁹ Son tipos humanos tan de su tiempo como cualquier comerciante flamenco o cualquier mecenas político florentino.

Otro elemento a tono con el sendero que iba a la modernidad era la cultura humanística, realidad incontrovertible en las élites castellanas ¿no eran Isabel y sus damas buenas latinas?

Es comprobable, por ejemplo, que el Marqués del Cenete, poseía una biblioteca (cuyo catálogo se conserva) en la que había obras de Cicerón, Ovidio, Horacio, Lucano, Petrarca, Boccaccio, Pico de la Mirandola, Erasmo y Averroes; no faltaban Tucídides, Jenofonte, César, a más de libros de medicina, geografía, astronomía, Bellas Artes, etcétera.¹⁰ Como la de este noble, la cultura de otros muchos, no era tan sólo

depuración del conocimiento y el gusto por la vuelta a la cultura grecolatina, sino también disposición activa ante el mundo, fe en la capacidad humana para dominar la realidad y lo mismo descubrir las leyes del mundo físico que ordenar la vida social.¹¹

Es indispensable volver a Hernando del Pulgar y referirnos a *La crónica de los Reyes Católicos*¹² en donde son múltiples los personajes y los hechos en los que aparecen barruntos de transformación intelectual y política. Así nos cuenta como, en 1472, reinos y señoríos (Aranda de Duero, Villa de Agreda, Tordesillas, etcétera), fueron reducidos poco a poco. Esto es un indicio claro de que se va rumbo a la unidad política. Y en el mismo año “el príncipe [Fernando...] tomó gente de Castilla, de Aragón y de Cataluña, la que pudo haber y fue a socorrer al rey su padre”.¹³ Empezaba a demostrarse la soberanía real y el poder central. Más adelante, nuestro cronista comenta: “si la princesa se casare

⁹ *Ibid.*, p. 17.

¹⁰ *La biblioteca del Marqués del Cenete 1470-1523*, vol. I, Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica, Instituto Nicolás Antonio, 1942.

¹¹ F. Murillo Rubiera, “La conquista de América y el Derecho de Gentes”, en *Actas del Ier. Simposio sobre la ética en la conquista de América 1492-1573*, Salamanca, Exmos. Ayuntamiento y Diputación Provincial, 1984, p. 16.

¹² Hernando del Pulgar, *La crónica de los Reyes Católicos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943.

¹³ *Ibid.*, vol. I, p. 58.

con extranjero, éste se apropiará la gobernación de los reynos, se apoderarían otros que no fueran castellanos”.¹⁴ Esto es prenatalismo, como antes señalábamos. En otras páginas leemos como los reyes “tomaron la plata de la Iglesia para las guerras contra Portugal”; es decir, el Estado prepondera sobre otros cuidados, y el ejército debe ser profesional, pagado y disciplinado, aún a costa de bienes eclesiales.

Nicolás Maquiavelo, uno de los escritores de ciencia política que más ha cooperado a delinear el significado del Estado y el estadista modernos, se refiere a Fernando como un “príncipe nuevo pues de monarca de un Estado pequeño ha llegado a ser por la fama de sus gloriosas empresas, el primer rey de la cristiandad”.¹⁵ Es decir, el aragonés es el gobernante que hace lícitos el poder, la riqueza, la exaltación personal, tanto como lo había sido y lo era, la salvación del alma.

Cuando los dos rememorados reyes se encuentran con Colón, muchas de sus expectativas se realizan; la larga lista de documentos que se originan a partir de su encuentro con el genovés, van marcando las variaciones que el moderno ánimo real tiene que implantar conforme avanzan los descubrimientos y crece la competencia con otros reinos. Frente a un alud de privilegios medioevales concedidos a Colón, los monarcas tienen que aplicar una carga de limitaciones modernas. En las primeras cartas de mercedes, éstas son abrumadoras: poderío civil y criminal para juzgar y determinar en cualquier causa; obediencia total de todos los que le conozcan y después de él a sus hijos y sucesores para siempre jamás. Pero las implicaciones del viaje colombino son impredecibles; por mal que Colón lo explique, en lo recién encontrado y lo que hay detrás, se presiente una hegemonía; el hombre se ha adueñado del gran espacio atlántico y ese espacio no puede ser parte de un feudo propiedad de un simple marino genovés.

Es nuestra voluntad —expresan los reyes— que tengáis el oficio de nuestro Almirante del mar Océano, que es nuestro.¹⁶ Más adelante se ordenará que las cuentas se hagan por personas nombradas con poderes de los monarcas “para mejor saber de gastos y utilidades”.¹⁷ Según avanza la empresa se dibujan más claramente algunos procedimientos modernos: se intenta alentar a campesinos para que al convertirse en abastecedores, abaraten los costos; se pretende establecer un control

¹⁴ *Ibid.*, p. 73.

¹⁵ Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, p. 350.

¹⁶ Véase *Código diplomático americano. Cartas, privilegios, cédulas y otras escrituras de don Cristóbal Colón, almirante mayor de la mar océano, virrey y gobernador de las islas y Tierra Firme*, doc. III, La Habana, Imprenta y Librería “El Iris”, 1867.

¹⁷ *Ibid.*, doc. XXXIV, p. 206.

de precios; se pide que el tercer viaje se autofinancie haciendo que el sueldo o mantenimiento de los participantes “se pague de cualesquiera mercaderías en cosas de valor, que se hallaren e ovieren en las dichas Indias, sin que nos mandemos proveer para ello de otra parte”.¹⁸

Se reparten las oportunidades y se dan contratos y permisos a súbditos que los solicitan. Colón ya no puede ser el *factotum*; las exigencias reales aumentan; se aceptan menos fantasías y se piden más realidades: el tiempo, el clima, la flora, las distancias, la fauna, etcétera. Se presentó la disyuntiva: el Estado, el poder, la grandeza del reino que había encontrado, lo que ansiaba o la palabra, dada a un marino tenaz, que jamás encontró lo que buscaba. Por demás está decir que las cosas se inclinarían consecuentemente hacia el renacentismo y la modernidad del proyecto de trabajo —llamémosle así— de los príncipes de España, afirmación comprobable en el simple enunciado de algunos propósitos de dicho proyecto: regenerar la Hacienda Pública mediante una política hacendaria que contemplara planes balanceados de ingresos y egresos, reformas monetarias, control de pesos y medidas; aceptación abierta de lo que hoy llamaríamos iniciativa privada para cubrir cargos administrativos, para fungir como asesores y, desde luego, para invertir su dinero en las empresas estatales, a lo que se alentaba con exenciones fiscales.

También sometimiento de los levantiscos nobles y de las maestranzas de las órdenes religioso-militares; creación de cancellerías, de una poderosa burocracia y de organismos centrales de gobierno; conversión de la Santa Hermandad (policía de ciudad) en policía de Estado; reducir el reino nazarí y a los navarros remisos; crear un ejército profesional, una armada y una flota mercante; entrar de lleno en la competencia por rutas marítimas y materias primas; imponer el uso de una lengua oficial; empleo y difusión de todos los adelantos de la ciencia y la técnica (impresión, brújula, armas de fuego, etcétera); estímulo a la actividad técnica y científica de la Casa de Contratación; preocupación por la cultura humanística, pero también por el estudio de las tierras y las gentes recién descubiertas.

Las acciones se hicieron con rapidez, esto es un hecho que se pondera poco, pero es también signo de la nueva época; gran parte de lo programado se logró en el plazo de escasos 40 años.

Ahora bien, la hazaña colombina tuvo cariz de aventura legendaria, pero más que eso fue una empresa estatal organizada con la cooperación ineludible del pueblo.

¿De qué pueblo hablo? ¿A qué o a quiénes llamo pueblo? Sigo la definición de Echanove Trujillo:

¹⁸ *Ibid.*, doc. VI, p. 131.

Es un grupo con cierta unificación cultural en lengua, religión, tradición, aspiraciones [...], con conciencia de grupo; si ese pueblo se ubica en un territorio determinado va a ser una nación, si posee autodeterminación política, es un Estado.¹⁹

Cuando decimos pueblo, no estamos aludiendo a imágenes agresivas de trabajadores en violentas manifestaciones de demandas; nos referimos a todos aquellos que constituyen las fuerzas vitales del Estado, y todas esas fuerzas tomaron parte en las tareas programadas para la expansión marítima, configurándose ya entonces los estratos sociales de la modernidad. Las capitulaciones de Santa Fe fueron un contrato, la empresa constituyó una verdadera empresa mixta a la que el “Estado” y los “particulares” aportaron lo que les era propio; el primero dio dinero, asistencia oficial en todos los campos y por supuesto la rectoría responsable ante el mundo entero; los segundos dieron todo lo que faltaba: los ricos, como Santangel Quintanilla y los hermanos Pinzón, contribuyeron también con dinero, con barcos, con provisiones y con su ascendiente social y comercial. Otros más pusieron a la orden sus conocimientos técnicos, tal fue el caso del mismo Colón; los que no tenían bienes proporcionaron su fuerza de trabajo, estos fueron los más. En una de tantas cédulas reales se habla de qué clase de gente debe ir en el viaje, y se mencionan, físicos, boticarios, herbolarios, músicos, escuderos, peones de guerra, marineros, grumetes, labradores de oro, hortelanos y... mujeres.²⁰ En listas de pasajeros a Indias vemos que figuran: un mercader trapero, una negra cristiana, uno sin oficio, oficial cuchillero, una criada, maestros canteros, carpinteros, unos vecinos de los Santos de Maimona, un labrador arriero y otro hidalgo, Francisco (un negro sin otro nombre) un cazador y criado del Duque de Alba, y otro igual del Condestable de Castilla.²¹

Venían también veedores, notarios, artesanos calificados, comerciantes y una burocracia media que llenaría las oficinas filiales de Sevilla y Cádiz para revisar toda clase de trámites. A mi modo de ver, éstos constituyen una clase de enmedio; no digo clase media, para no meterme en honduras sociológicas de conceptos teóricos celosamente “exactos”, pero no hay otro estamento donde ponerla, era en realidad una clase media: hombres ricos que dan dinero, pequeño propietarios que invierten, técnicos y letrados, maestros y oficiales de talleres, es-

¹⁹ Echanove Trujillo, *Diccionario de sociología*, México, Jus, 1976, p. 142.

²⁰ Véase *Códice diplomático...*, doc.VIII, p. 137.

²¹ Véase *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XV, XVII y XVIII (1509-1554)*, dirigido por D. Cristóbal Bermúdez Plata, Sevilla, Imp. Ed. de la Gaveda, 1940, V. I.

tudiantes, etcétera. Sin temor a dudas podemos afirmar que fue una empresa de tono popular, tópico no bien estudiado todavía.

En los inicios de la gran época expedicionaria, los judíos habían tomado parte activa, como abastecedores. Después fueron excluidos como respuesta a viejas presiones ejercidas por el pueblo.²² Los magníficos servicios de los judíos hicieron que se inflamara contra ellos la irritación y la intolerancia,

los Reyes Católicos al expulsarlos, trazan normas de una política nacional unificadora, ceden ante una corriente popular invencible no secundada por los nobles, ni por muchos letrados [...] Fue aquella una solución democrática típicamente populachera.²³

El vigor de la expansión no es algo improvisado, es algo que se ha ido acumulando, es un vigor que sale del mismo pueblo, es el vigor de la gente que lucha, que trabaja, que gana dinero y también lo pierde, que sueña, que crea, que inventa y que bravuconea con el ríspido orgullo de quien cuenta con fuerza y voluntad: “Dios hizo el cielo para el que lo mereciese y la tierra para quien más pudiese”,²⁴ según decía aquel tremendo guipuzcoano Lope de Aguirre.

Moderna y popular fue pues la empresa expansionista y descubridora; sin apelación puede ser considerada como el principal estímulo modernizador del mundo llamado occidental y, sin apelación también, sabemos que empresa tal sólo pudo realizarse si quienes la emprendían contaban con la fuerza y la energía de un pueblo.

²² Véase Pierre Vilar, *Historia de España*, Barcelona, Crítica (Grupo Grijalbo) 1978, pp. 44 ss.

²³ Ramón Cavande, *El crédito de Castilla en el precio de la política imperial*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1949, p. 17.

²⁴ F. Murillo Rubiera, *op. cit.*, p. 12.

III. LAS IMPOSICIONES DEL MUNDO VENCIDO A ESPAÑA

A todo lo largo de su espacio cronológico (incluidos en él antecedentes y consecuentes, incluidos —por supuesto— a placer, a deber o a creer de historiógrafos de todas las tendencias o de todas las consignas) pocos procesos históricos han sido tan permanente y tozudamente debatidos como aquel que originó la expansión ibérica y que cimentó las bases de una imperialidad en múltiples islas y en el continente más grande y espectacular del mundo entonces conocido.

Se podría decir que sobre pocos sucesos se ha dicho tanto como del descubrimiento de América y la conquista de los pueblos autóctonos. Sin embargo, cada vez que se repasa el acontecimiento seriamente, la infinidad de razonamientos que surgen, la originalidad, la rectificación, los nuevos motivos de detracción o de encomio que se aportan son numerosos y ciertamente fecundos en cuanto a la tarea intelectual de reflexionar una y otra vez sobre los hechos. Esto evidencia, entre otras cosas, que aún no se ha tocado en cuanto a la verdadera profundidad de la trascendencia de tales acciones, que aún nos falta medir la superficie de sus influencias y encontrar los numerosos tonos de éstas, y que quedan por estudiar otras perspectivas desde donde enfocar las diferentes facetas, a veces no tan ocultas como deliberadamente ignoradas del problema. No se trata de cambiar, negar o reafirmar los hechos, sino de enriquecer su comprensión mirándolos desde otros puntos de vista.

Algunos estudiosos han explorado lo que pensaron de los indios algunos cronistas y conquistadores que los vieron, conocieron y trataron cuando eran todavía la expresión viva de un mundo aborigen que llegaba a su fin.

En los cronistas —frailes o soldados— de los primeros tiempos del dominio español es relevante siempre la referencia al indio, cosa comprensible ya que éste era el prójimo recién hallado, el poseedor de las tierras apenas ocupadas, el misterioso e inexplicable habitante de las inmensidades americanas, el vencido, el que suscitaba múltiples y desconocidas cuestiones en cuanto a la forma de establecer una interrelación

que respondiera a los requerimientos del Estado europeo que llegaba, y a las posibilidades de avenimiento con los hombres que de antiguo ya estaban. El indio fue visto y tratado como sujeto de investigación, de apostolado, de trabajo, de educación y de explotación; posteriormente, funcionarios y viajeros lo hicieron también sujeto de conmiseración o de profundo desprecio. El indio se convirtió casi en el prototipo de la pasividad y la dejadez; pocas veces se le vio como elemento dinámico capaz de afinar y a veces de modificar la conducta de sus vencedores.

Recuerdo ahora la inteligente síntesis que distingue

tres momentos de la apreciación del indio: primeramente, la novedad ante la aparición de unos seres semejantes... seres exóticos, a los que había que observar cuidadosamente... En seguida... no sin decepción, empezaron a plantearse los cronistas los problemas prácticos de la convivencia... Y por último, pero con vuelos más altos, el planteamiento de problemas ya fundamentales: la filosofía política de la Conquista, debida en su mayor parte a gentes que nunca estuvieron en las Indias.¹

En verdad el indio pasó por varias etapas en la apreciación que de él tenían los españoles. Estos actuaron en América, a partir de la búsqueda de riqueza y poder personales y de la Corona, y de la impositiva conversión a la fe; por lo menos esta era la idea general de apologistas y detractores, tanto de un grupo como de otro, pero creo que falta mucho por hacer porque los peninsulares actuaron y manejaron sus dominios también y en gran parte a partir del indio y su presencia pacífica o rebelde, miserable, digna, inescrutable o ruidosa, misteriosa y obvia.

Se ha hablado y escrito mucho del indígena, pero pocas veces ha sido aislado para un examen de su papel como definitivamente influyente en el pensamiento hispano de aquel momento con todo lo que éste conlleva: administración, educación, derecho, política, etcétera.

El colombiano José Arboleda Llorente en su libro *El indio en la Colonia*,² aborda al nativo como un verdadero protegido *de facto* no tan sólo *de jure*, lo que permitió su conversión y por lo tanto su posibilidad de reivindicación; se refiere a los pleitos legales provocados por los aborígenes conscientes de sus derechos como súbditos del rey de España, nos presenta al indio siempre asesorado por protectores, pero que en el perfecto uso de tal privilegio expone sus exigencias contra el

¹ Josefina Z. Vázquez, *Imagen del indio en el español del siglo XVI*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962, p. 133.

² José Arboleda Llorente, *El indio en la Colonia*, Bogotá, Ministerio de Educación, Departamento de Extensión Cultural y Bellas Artes, 1948, p. 43.

atropello constante, no tan sólo de hombres comunes, sino de autoridades de cualquier rango, por ejemplo “demanda de las Yanaconas en Popayán contra el capitán Francisco de Belalcázar, hijo [nada menos] que del adelantado”. Hay otras demandas del cacique de Tunín contra el cura de ese pueblo, y contra el encomendero Gregorio Bonilla de San Juan de Tunín.³

Arboleda Llorente trata de dejar sentado que el indio era dueño de una dignidad humana que ocupó y preocupó en buena medida a los pobladores de la región andina.

Charles Gibson, el profesor norteamericano, penetra con agudeza la relación hispano indígena y nos presenta una historia que sobrepasa a los meros hechos. Este autor nos encara con el trato interpersonal e intergrupar entre dominadores y dominados, y a decir verdad cala bastante hondo en la personalidad de ambos. No presenta indios ignominiosamente pasivos, los aborda como representantes de muy valiosa cultura, pero no llega a sentirlos capaces de exigir o de imponer algo sobre el europeo y menos aún de cambiarle ciertos rumbos, aunque reconoce que en un momento fueron sociedades que se hablaron de *tú a tú*: “al principio ambas sociedades se dividieron en su reacción a las condiciones preconizadas por la otra”.⁴

Pedro Armillas propone —sin análisis socioeconómicos, sin deductivas conclusiones demográficas, sin corsés teóricos— la búsqueda en las primeras crónicas —Cortés y Bernal por ejemplo— y en las *Relaciones geográficas* posteriores de “como fue observado y percibido” el imperio de Moctezuma, de “¿qué es lo que los ojos vírgenes, en este sentido, de los conquistadores nos dicen?”.⁵ Lo que el distinguido tras-terrado sugería era observar con los ojos de los que vieron por primera vez a los naturales, no tan sólo ver, mirar, sino atisbar, advertir e ir más allá de lo aparente, meterse en las cosas con la finalidad de sentir, más que de conocer, lo que hay atrás de lo formal. Percibir, captar la especificidad de algo, adueñarse mentalmente de ello, recibirlo no sólo en las pupilas sino en el cerebro, en la conciencia. En suma lo que Armillas aconsejaba era otra perspectiva para revisar de modo diferente lo tantas veces revisado.

En la misma tesitura el objetivo de esta comunicación es solamente enunciar algunas actitudes de la dominación española frente a los venci-

³ *Ibid.*, p. 48.

⁴ Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, México, Siglo XXI Editores, 1978, p. 414.

⁵ Pedro Armillas, “La realidad del imperio azteca”, en *La aventura intelectual de Pedro Armillas: Visión antropológica de la historia de América*, México, El Colegio de Michoacán, 1987, p. 15.

dos en una faceta de acciones no necesariamente antagónicas o irreconciliables sino conjuntas, no explícitamente coordinadas sino implícitamente complementarias, no siempre —sobre todo después del primer impacto— impuestas violentamente sino como respuesta a una realidad previa todavía existente, viva y con un gran peso histórico aunque estuviera sometida.

No vamos ahora a hablar de la España que descubrió y conquistó al Nuevo Mundo, sino de lo que esa España tuvo que admitir en su intento de adueñarse de los habitantes de ese Nuevo Mundo; adueñarse “a la hispánica manera” que fue muy distinto en verdad y mucho más difícil que cualquier otra forma de dominio. Cuando aquí hablamos de dominio, no nos referimos sólo a las tierras y los bienes materiales (oro, piedras, casas, granos, fauna, frutos) sino a la mente, al alma, a la *flor* y *canto* o sea la inspiración y la sensibilidad, al lenguaje, al *rostro* en el sentido náhuatl de la personalidad.

En la época moderna, el problema de invadir y apropiarse de espacios geográficos previamente habitados se ha resuelto de varias formas: ignorar a los habitantes como semejantes y usarlos únicamente para el trabajo, sin establecer nexos personales de ningún otro tipo, para lo cual se les mantiene en apartados rígidamente cerrados (tal ha sido el caso de África del Sur); eliminarlos por la guerra, por la marginación social, y por la expulsión a otras regiones (colonización inglesa en lo que hoy es Estados Unidos); reducirlos violentamente por medio de la guerra simultánea a un principio de aculturación y mestizaje, que luego será motivo de organización legal y social (empresa española en América).

Sabemos que la lista de quehaceres a realizar fue, sobre todo en ciertos momentos, caótica, además de interminable, múltiples fueron las formas para lograrlo: sabemos también de las innumerables tareas, las acciones y resoluciones surgidas ante situaciones que ni siquiera se suponían y que fueron afrontadas en obediencia a diversos factores: la geografía, la imaginación, el miedo, la premura, la ignorancia, la brutalidad soldadesca, la lealtad a la Corona, la fe religiosa, la conciencia, la ambición, los mitos resucitados, y muchísimos más de los que podrían enumerarse.

Mas como no es posible desertar de la historia, la Corona española creó una administración imperial indiana, un proyecto hegemónico: primero a partir de su condición medieval y moderna, de sus convicciones apostólicas y de sus ambiciones premercantilistas; segundo, a partir de la presencia inesperada e inexplicable de pueblos aborígenes civilizados. Por supuesto que se encontraron frente a tribus nómadas, primitivas y hasta con antropófagos, pero para realizar su *desideratum*

histórico, sin ignorar a ninguno, normarían sus criterios más a tono con lo más aprehensible y, por lo tanto, lo más tratable de entre esos grupos humanos, es decir, con los más civilizados que se extendían entonces en Mesoamérica y en la región andina central, zonas en las que florecieron después los centros epónimos del poder español.

Para alcanzar sus finalidades, los conquistadores necesitaban convivir, estar cerca de los indios, todo sería menos difícil donde había grupos humanos organizados. Esta precisa cercanía se anunciaba desde 1512 en los primeros intentos legislativos de Burgos: “fue acordado que para el bien y remedio de todo lo sucedido sean luego traídos los dichos caciques cerca de los lugares de los dichos españoles”.⁶

Así, cualquier cosa que hicieran o cualquier decisión que tomaran, tenía enfrente multitud de testigos, primero combatidos y después sometidos, testigos y actores del drama, metidos en sí mismos, pero vivos: desposeídos de todo, pero con rango, en primer lugar el de su humanidad esencial, verdad que los españoles alguna vez dudaron, pero nunca negaron del todo, aunque sufrieron desde luego la misma inquietud y angustia que toda Europa, cuando fue encontrado el continente americano.⁷

Como las dudas podían esperar, aunque no demasiado, Europa tuvo que aquietar su angustia, por lo menos teóricamente, y se vio obligada a incluir al Nuevo Mundo en su naturaleza y en su historia. España, menos escéptica, actuó con prisa, casi febrilmente, para poseer ese inmenso continente en el que ya estaba metida, y lo más extraordinario: para dejarse poseer por él, España lo incorporó prácticamente a su vida. Permítasenos insistir: enseñorearse de lo material, de la tierra, era complicado, pero hacerlo de los hombres, de su intelecto y de su espíritu para cambiarlos y hacerlos a su imagen y semejanza, era cosa fuera de toda medida, sin precedente a consultar, era una descomunal aventura totalmente irrealizable, si no se hubiera contado con grupos humanos, no sólo capaces de resistirla con la fuerza de la conciencia de la propia historia, pero también aptos —en medio de su silencio trágico— para sugerir, indicar y aún modificar caminos.

Forzosamente varias de las realizaciones —y no de las menos importantes— que caracterizaron a la dominación peninsular tendrían que ser las respuestas a los requerimientos —repito: casi siempre

⁶ Rafael Diego Fernández, “Mito y realidad en las Leyes de Población de Indias”, en *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias. Estudios histórico-jurídicos*, México, Porrúa, 1987, p. 215.

⁷ V. Edmundo O’Gorman, *Fundamentos de la historia de América*, México, UNAM, 1942, p. XV.

mudos— de los indígenas, tendrían que ser reacciones exigidas por la presencia aborigen y su específico peso histórico.

Más aún, sin la existencia previa de grupos cultos, aptos para manejar abstracciones religiosas, dueños de una filosofía existencial, con sociedades estructuradas económica y políticamente, no se habría dado la creativa etapa histórica ibérica que originó instituciones, legislación, arte, métodos educativos, obras públicas, todo ello de nuevo cuño y gran envergadura, lo que modificó, en parte, el curso de la historia de España, pero tampoco la hizo escapar de lo que le daba consistencia e identidad.

Las empresas de poblamiento e incorporación de territorios descubiertos por Castilla, y dado el carácter medieval y renacentista de ésta, exigían tierra y gente, tierra rica y vasta para alcanzar fortuna y señorío: gente para aprovechar su fuerza de trabajo y ganar, a través de su cristianización, la vida eterna. América continental sobrepasaría cualquier expectativa al respecto, acicatearía violentamente todas las ambiciones, lo mismo la de ser rico, que la de ser santo.

América deshabitada, sin duda habría sido explotada, no sabemos ni cómo, ni cuando, pero América habitada por “gente de mucha policía”, ponía un sentido y un contenido a cada paso dado y a cada palabra dicha.

Debo aclarar, y ruego que así se entienda, que no trato de hacer fábula rosa y colocar, sin más, a todas las diversidades americanas en un mismo renglón, esto ya lo hicieron los españoles en su tiempo con base en sus propósitos de unidad (administrativa) y de igualdad (cristiana).

El Descubrimiento y la Conquista pusieron a España frente a una heterogénea gama de modos de vida, extendidos en forma muy irregular por la enorme superficie del mundo nuevo. Reducirlos, poblar la tierra, adoctrinarlos, incluirlos en su economía, en su tecnología y en su política, era imposible hacerlo en partes. Se debía unir todo a partir de la realidad hispana, pero no sin considerar las dimensiones americanas; ahora bien, la más considerable de esas dimensiones era la de los pueblos sedentarios aprehensibles por su acostumbrada disciplina previa, a un sistema político y cultural.

Se puede establecer una ecuación simple: a mayor población india, mayor acción española; a mayor cultura india, mayor empeño administrativo y político en todos los campos. Por ello, las etapas y las formas burocráticas, así como las etapas y las formas transculturizadoras, se adecuaron en su mayoría a los requerimientos de la realidad prehispánica representadas por el poderío y la cultura náhuatl, y por el Tahuantinsuyu incaico. Esto, sin perjuicio de permitir el ensayo de

otras posibilidades en regiones habitadas por indios menos civilizados (las reducciones guaraníes de Paraguay); francamente nómadas (los californianos y las unidades misionales jesuitas); o más difícilmente abordables por su especial idiosincrasia (la utópica república de Vasco de Quiroga entre los purépechas).

España conquista e impone su dominio en América; premisa ésta comunmente aceptada y repetida, sobre la que corrientemente se discute si estuvo bien o mal pensada, cómo se hizo, por qué se hizo, qué se deshizo en el empeño, cuáles fueron sus consecuencias.

Así, generalmente la tierra americana y los hombres de ella, son el sujeto pasivo al que se le hacen cosas: se le ocupa su tierra, se le ataca, se le hiere, se le esclaviza, se le roba, se le impone otra cultura. Esta es innegable, pero también lo es que pasó algo más que se examina poco, quizá porque es menos tangible, menos obvio, pero que dejó su marca en la historia.

Me atrevo a afirmar que los vencidos de los núcleos culturales pre-hispánicos dictaron, sin hablar, algunas conductas oficiales y generales a la Corona, a las audiencias, a los virreyes, a los obispos y hasta a algunos frailes doctrineros; y que la mentalidad de aquellos vencidos, en ocasiones propició comportamientos sociales habitualmente vistos como oprobiosas imposiciones de los vencedores, como es el caso por ejemplo del concubinato entre muchachas indígenas y españoles a los que aquéllas les eran regaladas, con buena voluntad y con intención hospitalaria, por sus mismos padres.

Mencionaremos, sin ordenamiento cronológico y sin ánimo de establecer una jerarquía de importancia, algunas otras situaciones que ilustran nuestra idea toral.

Evangelización y mestizaje fueron categorías medulares de la hispanidad extendida. La evangelización era encargo consustancial a la historia de la península mediterráneo-atlántica; los primeros evangelizadores y cronistas encontraron en los indios magníficas posibilidades de futuros cristianos.

Vasco de Quiroga escribe en su *Información en Derecho* de 1535 que los indios “que nunca han sido sujetos, ni requeridos... no hay duda sino que estos no nos infestan, ni molestan, ni resisten a la predicación del evangelio”,⁸ y a fray Jerónimo de Mendieta le atraía de los indios “su capacidad emocional singular para vivir y sentir el cristianismo”.⁹

⁸ Isacio Pérez, “Análisis extrauniversitarios”, en *Actas del I Simposio sobre La Ética en la conquista de América (1492-1573)*, Salamanca, España, Excmo. Ayuntamiento y Ecma. Diputación Provincial de Salamanca, 1984, p. 244.

⁹ John L. Phelan, *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, UNAM, 1973, p. 99.

Sin embargo, la seria religiosidad indígena impuso innovaciones en la *didáctica* de la doctrina, y añadidos de diverso cuño en el arte y la liturgia.

Para los nativos danzar ante los dioses era honrarlos y alabarlos, no sólo con el corazón, sino también con todos los sentidos del cuerpo según nos cuenta Motolinia.¹⁰ Y los indios danzaron frente a María Virgen, honraron así a la Trinidad y a sus santos patronos, sin usar más acompañamientos que el de sus cascabeles, atabales, tambores o sonajas.

Llenaron los templos de una realista y sangrante imaginería con cristos feos, despeinados, sucios, deprimentes, con las espaldas deformes por los borbotones de sangre coagulada, y también crearon cielos dorados o multicolores en madera o en estuco abriendo el camino a lo que sería el sorprendente barroco mexicano. Poblaron los retablos de ángeles indios, mestizos, pardos, coyotes, salta pa'tras, blancos, de todas las castas; hicieron que se creara un arte religioso sin precedente en la historia de la Iglesia católica. Aún en obras monumentales como la catedral de Puebla o como Santa Prisca en Taxco, nos encontramos "ciñendo los temas indígenas en plantas rigurosamente renacentistas".¹¹

Se usó lengua vernácula (náhuatl, por ejemplo) en sermones y en publicaciones de la doctrina, creo que es digna de mención esta popularización de ciertos textos dogmáticos, revelados, como el catecismo de fray Pedro de Gante que contiene el Padre Nuestro y la profesión de fe conocida como Credo, escrita con signos ideográficos.

No pretendo repetir los métodos catequísticos ya tan bien estudiados por sabios de reputación, tan sólo deseo resaltar el hecho de cómo el indio dotó de elasticidad los criterios, de cómo en cierto sentido impuso su categoría creativa y cognoscitiva y de cómo impuso también sus habilidades manuales y tomó parte activa en el adorno y arquitectura de los recintos sagrados; todavía se puede ver en algunas partes al campeador Santiago usando un penacho de plumas o un convencional uniforme de soldado del siglo XX.

Sin duda muchas de las heterodoxias en aspectos formales deben entenderse más bien como una imposición a veces subconsciente, y creemos que otras deliberadamente intencionadas, de la idiosincrasia indígena.

Buena parte de las rentas estatales eclesiásticas fueron empleadas en la cristianización del continente... Participaron los indios con su modesto

¹⁰ Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas*, México, FCE, 1974, p. 242.

¹¹ Xavier Rubert de Ventós, *El laberinto de la hispanidad*, Barcelona, Planeta, 1987, p. 153.

óbolo y fundamentalmente con su creador espíritu artístico (transgresor y mal intérprete las más de las veces), de las formas decorativas y ornamentales de los modelos españoles.¹²

Sin embargo, los arquitectos, frailes o no, los dejaron hacer, en una actitud francamente abierta.

Por eso no podemos admitir que a esas danzas, a esa decoración, a ese figurativo que ilustra muros de iglesias pueblerinas con temas de las Escrituras, se les considere folclor o recuerdos tradicionales para propagandas turísticas. Tampoco es expresión de un semipaganismo sonrojante: es simple y sencillamente la respetable emoción de unos creyentes, cuya cultura prehispánica dejó elementos que se imbricaron con la cultura europea y sobrepasaron, junto con ésta, el marco del tiempo y que se manifestó, y manifiesta, en forma diferente, en forma mestiza, mejor dicho: en forma mexicana y en la de otros gentilicios hispano-americanos.

Otro punto interesante a pensar es el mestizaje, que no por los cientos ¿o miles? de veces que se ha tratado, puede dejar de intentarse una breve referencia al respecto. Sabemos que se le sataniza englobándolo en una definición cruel, ruin y desde luego traumática para los que de alguna manera están ligados al hecho, y asimismo se le glorifica incondicionalmente.

Su explicación se ha realizado a partir de variadas y polémicas razones: poblar la tierra, mera intemperancia biológica, ausencia de sentido discriminatorio racial, urgencia de asistencia doméstica, legitimización de la estancia en América. Pero el mestizaje no habría sido posible, o habría sido mínimo, primero, sin la presencia de un numeroso grupo indígena pacífico y sociable, y segundo, sin la exigencia indígena para sobrevivir (exigencia similar en Mesoamérica y en la zona incaica, ya que en ambos casos, por razones políticas, económicas o religiosas la vida era tan preciosa como frágil). En el caso mexicana, al que primordialmente me he referido, la espera cada cincuenta y dos años del final de todo lo creado, los hacía vivir en el temor constante de la muerte a la que cumplimentaban en la creación de uno de sus dioses: Mictlantecutli. Tener un hijo era algo trascendente, todo lo referente a la preñez y al parto era motivo de gran acatamiento y regocijo, la mujer preñada era vista como dueña de un tesoro y el alumbramiento era un acto casi

¹² Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, FCE, 1976, p. 51.

semidivino, las que morían en él, “se cuentan con los que mueren en la guerra, todas ellas van a la casa del sol y residen en la parte occidental del cielo”.¹³

La costumbre de sancionar las alianzas entre ciudades intercambiando mujeres pertenecientes a las diversas dinastías. Las expresiones de ‘legitimidad’ o ‘ilegitimidad’ que se empleaban después de la conquista española bajo la influencia de las ideas no deben engañarnos; sobre la situación social de las esposas secundarias y de sus hijos no pesaba ningún estigma.¹⁴

En un pueblo en el que la guerra era arte, ciencia, sustento religioso, era guerra florida, los hombres vivían poco; de allí lo valioso de una procreación numerosa, de allí también la naturalidad de la convivencia entre esposa, esposas y concubinas de un señor.

Creo que la traslación de situaciones socioeconómicas contemporáneas y la aplicación de criterios justificatorios, ya muy manipulados, respecto a nuestra postura histórica frente a la Conquista, genera conceptos equívocos como el de esa multitud latinoamericana sin identidad, a la que Leopoldo Zea marca con el signo de la dependencia, de la violación, del sometimiento, y a la que llama el “gentío materno”,¹⁵ asimilándolo a la india vencida. El problema está en dilucidar si lo era en forma absoluta, o si también era una mujer que, en el pasar de su cotidianidad, estaba pronta a la fecundidad que le aseguraba un sitio en esta vida y en la otra.

Hay otro rubro de primera importancia y en el que los nativos tuvieron mucho que ver. Si algo desveló a las autoridades peninsulares fue el derecho, las normas de convivencia que, sin perder de vista las diversidades y la inmensidad de los nuevos dominios, hicieran posible la concesión de personalidad jurídica, la dotación de derechos y obligaciones, la impartición de justicia, en fin, todo lo que implica la vida en un régimen de derecho, lo mismo para los sofisticados aztecas que para los inalcanzables araucanos.

Se habían hecho regulaciones previas al Descubrimiento, en consideración de otros pueblos como los pobladores blancos de las Canarias o los negros de la costa africana; pero al enfrentarse a la realidad americana, los españoles tenían que tomar otras providencias: “ciertamente a

¹³ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, III v., México, Porrúa, 1956, t. II, p. 180.

¹⁴ Jacques Soustelle, *op. cit.*, p. 182.

¹⁵ Leopoldo Zea, *Latinoamérica. Tercer Mundo*, México, Extemporáneos, 1977.

los indios se les deja regirse por sus costumbres y, por tanto, el derecho indígena, convive con el castellano”.¹⁶

Primero se dictaron medidas para las islas antillanas; el sermón de Montesinos es la primera campanada de alerta respecto a la poca o ninguna funcionalidad de las reglas; desde 1513 se toman medidas y medidas, determinadas en mucho por el espíritu crítico que despertaban las Indias Occidentales. Así, la legislación fue copiosa, contradictoria, llena de novedades y continuamente revisada. No podía ser de otro modo, ya que cada punto iba surgiendo ante las necesidades de los aborígenes mismos que sin descanso ponían en aprietos a los nuevos pobladores. Y es que entre los pueblos indios los había que sabían acerca de lo que era vivir en un régimen que tenía formas concretas para hacer las cosas bien o mal, que podían enunciar las normas de un conducta moral aceptada, que habían vivido reglas precisas para usos y costumbres de su pueblo, “conjunto de cosas que deben permanecer” (hablo del Tlamani-ti-liztli de los nahuas). Asimismo existían otros grupos que por primera vez se enfrentaban a un régimen de derecho, como es el caso de los indios al oriente del cono sur.

Avanzado el siglo XVI, la circunstancia indígena obligó

a los magistrados españoles, que se habían formado en las universidades cultivando el derecho común romano-canónico, a investigar por su cuenta las costumbres indígenas para poder observarlas; así v.gr., Fernando de Santillán (1575) oidor de la Audiencia de Lima, las de los incas, y Alonso de Zorita (th. [sic] 1585) oidor de Guatemala y México, las de Nueva España.¹⁷

Es lugar común oír que las múltiples leyes y reformas obedecieron a la mente legalista de los españoles, pero se pondera poco, o nada, que también obedecieron a la exigencia de los súbditos indígenas del rey de España en cuanto sujetos de derecho; “voluminosos legajos en nuestros archivos demuestran la legitimidad de los indígenas, y la frecuencia de sus victorias”.¹⁸

La teoría jurídica del Estado español es inobjetable, y muy miope tiene que ser quien pretenda comprobar en todos los casos la aplicación absoluta de esa teoría; de haber sido así, la cosa habría sido de tal intransigencia y arbitrariedad que sin duda proporcionaría un precioso y

¹⁶ Alfonso García Gallo, “Génesis y desarrollo del Derecho Indiano”, en *Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias. Estudios histórico-jurídicos*, p. XXXI.

¹⁷ Alfonso García Gallo, *op. cit.*, p. XLIV.

¹⁸ Guillermo Flores Margadant, “El régimen de aguas...”, en *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias. Estudios histórico-jurídicos*, p. 505.

abundante material para enriquecer todas las leyendas negras que sobre España han sido; pero no fue así, la aplicación del código fue flexible, tal vez con exceso, hasta de haber sido ignorado en ocasiones, cosa prevista también dentro de los marcos jurídicos; esto también requiere un estudio revisionista sano y sin cerrojos ideológicos.

La conducta educativa fue, por todos conceptos, asunto notable en la época novohispana. Recordemos el moderno cariz que la educación adquirió en España hacia fines del siglo xv y en el xvi, el brillo de sus universidades, y el muy interesante hecho de que las mujeres figuraran también en la intelectualidad de entonces. Los esfuerzos innovadores que, en los primeros años de 1500, se hicieron en la Península, muestran que, entre otras, eran ideas defendidas (por Vives principalmente, ni más ni menos) la de que la educación debía ser para todos sin distinción de edad y condición, debía ser gratuita y muy cuidada, ya que era el mejor camino para mejorar la vida y costumbres.¹⁹ Desde que los soldados españoles se encontraron con los indios en las costas del Golfo empezaron a transmitir conocimientos, hay una educación cotidiana, al paso de lo que se presente, y a poco se irá organizando la educación programada, la escolarizada. Por supuesto que aquellos primeros soldados no tendrían una intención educadora, pero es un hecho que sus motivaciones los hacían ser transculturizados permanentes. Recordemos a Cortés en Cozumel cuando informaba a los nativos “lo mejor que el supo, en la fe católica... y les dio a entender muy cumplidamente lo que debían hacer para ser buenos cristianos”.²⁰ Recordémosle también, en esta misma ocasión, cómo dio las órdenes —según cuenta Bernal— para hacer un altar, a dos “indios albañiles”, que sin duda vieron y hasta tocaron por primera vez herramientas de acero, y a “dos carpinteros españoles”.²¹ ¿Porqué no puede tan simple hazaña ser pensada como un avance hacia el uso de las nuevas técnicas?

El apremio de convertir a cuanto humano cruzara por su camino, más la urgencia de su ayuda para el trabajo, hicieron que evangelizar y educar fueran acciones interdependientes y en un principio interdependientes espontáneas. A medida que llegaron los frailes, estos se encargaron del asunto en forma más que ejemplar. Para los religiosos no fue tarea fácil, tuvieron que poner en juego, desconectados su amor y vo-

¹⁹ Véase Josefina Z. Vázquez, “El pensamiento renacentista español y los orígenes de la educación novohispana”, en *Ensayos sobre la historia de la educación en México*, México, El Colegio de México, 1981.

²⁰ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1978, p. 14.

²¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México, Patria, 1983, p. 66.

cación, toda su imaginación e inventiva; la convivencia, la vida compartida en todo momento, los llevó a conocer y a comprender a los indios, así pudieron realizar un insigne trabajo misional y educativo, además estaban preparados para ello; provenían de avanzadas universidades y colegios y de la reforma cisneriano-isabelina, que, sin duda, saneó al clero; no eran frailecitos buenos que hacían méritos como podían; eran humanistas, sólidos intelectuales, rigurosamente ortodoxos y súbditos leales, todo esto los convertía en apostólicos militantes y en maestros dúctiles. Por eso, no dudaron en poner en práctica cuantas ocurrencias les venían a la mente para llevar a efecto sus planes.

Hicieron de la educación infantil un acto lúdico, mientras los pequeños se entretenían con piedritas y palitos, aprendían doctrina y primeras letras. Fue surgiendo todo un procedimiento audiovisual y activo: pintura, representaciones vivas de pasajes de la vida de Cristo o de los santos; canciones, bailes, divertimientos, golosinas, todo lo que usaría hoy el más conspicuo jardín de niños fue puesto en práctica, y no pocas veces fueron tachados de propiciar hechos heréticos, al permitir y permitirse tantas libertades. Los niños se convirtieron a su vez en excelentes agentes difusores de la doctrina y de la lengua entre sus propias familias.

La enseñanza no se daba a grupos formados indiscriminadamente, se separó a los hijos de señores principales, “que entre ellos eran y son como caballeros y personas nobles”, de los hijos de los macehuales o gente plebeya.

Los primeros asistían a escuelas

que para esto [tenían] hechas, adonde aprenden a leer y escribir... con que se habilitan para el regimiento de sus pueblos y para el servicio de las iglesias, en lo cual no conviene que sean instruidos los hijos de los labradores y gente plebeya, sino que solamente deprendan la doctrina cristiana y luego en sabiéndola, comiencen desde muchachos a seguir los oficios y ejercicios de sus padres, para sustentarse a sí mismos y ayudar a su república.²²

Así los frailes pretendían seguir la “loable costumbre que en este caso tenían los indios de la Nueva España en tiempo de su infidelidad”.²³ Pensemos en el Calmecac prehispánico para niños principales y en el Telpochcalli para los niños del pueblo.

Lo relatado es muy significativo, los frailes no dudaron en considerar señores a los que ya lo eran en la sociedad indígena, cosa carente

²² *Códice franciscano*, México, Ed. Salvador Chávez Hayhoe, 1941, p. 55.

²³ *Ibid.*, p. 56.

de sentido en el contexto de una conquista exterminadora, cosa inexplicable en una invasión que pretende no dejar vestigio alguno del grupo vencido. Por otro lado, al seguir la vieja costumbre no se violentaba la relación entre los indios, violencia que hubiera ayudado a su eliminación si ese hubiera sido el objetivo.

Estos frailes educadores pretendieron en primer lugar entender a los naturales: “pues los religiosos entienden a los indios y saben sus cosas mejor que los jueces, porque pocos dellos los entienden”.²⁴

Ahora bien, entender supone aquí otra cuestión que, por ejemplo, la comprensión de la lengua; se habla de entender sus cosas, es decir, de penetrar hasta lo recóndito de su personalidad, de saber cómo son, qué piensan, qué los motiva a hacer una u otra cosa, etcétera. ¿Se podría objetar esta postura como expresión de un tácito respeto mutuo?

Forzosamente surgieron situaciones insólitas en la nueva sociedad, muchas cosas quedaron al azar y varias más se encararon como mejor se pudo.

Decía fray Alonso de Peraleja, guardián en la ciudad de Guadalupe: “Va creciendo tanto esta tierra de mestizos y mulatos vagabundos, que sin no se remedia con tiempo de ponellos en razón y que temán la justicia, algún día apretarán la tierra, porque son señores absolutos entre los indios”.²⁵

Esta presencia fue, desde luego, insólita: niños rebeldes y huidizos que surgían explosivamente por el número y por lo mañosos. Se trató de remediar el problema y se crearon también escuelas para mestizos, niños y niñas. Con esto no se contaba, toda medida fue sobrepasada por su inexplicable y conflictiva personalidad. Poco se pudo hacer porque eran un elemento nuevo y desconocido; de ellos no había precedentes que seguir, ni tenían —por entonces— personalidad que imponer.

Aunque no podemos pensar siquiera en una escolaridad semejante a la actual, tenemos que aceptar que la educación, aunque eminentemente catequística, aportó innovaciones dignas de ponderarse, por ejemplo, una cierta condición de obligatoriedad, ya que se extendió a los adultos y a las mujeres; es de mencionarse también la realización de un moderno y formidable esfuerzo alfabetizador.

Se habla de que los frailes aprovecharon elementos del modo de ser de los indígenas para imponer la doctrina, y con ella preceptos políticos, sociales y económicos, importantes para la Corona, pero el uso del

²⁴ *Ibid.*, p. 159.

²⁵ *Ibid.*, p. 158.

término no es adecuado. Fundamentalmente aprovechar es utilizar, explotar, servirse de, lucrar a costa de los bienes de otro. Yo diría que los frailes respetaron, admitieron, obedecieron ciertas formas prehispánicas que eran admisibles porque eran expresión de categorías culturales universales, y porque, además de que no eran lesivas ni al dogma, ni a la autoridad del rey, restaban agresividad al ya agresivo ambiente que los buscadores de pronta riqueza e improvisado señorío habían creado.

En cuanto a la Real y Pontificia Universidad de México, vale la pena comentar que representa la posición ambivalente que tuvo la historia de toda la dominación española; por un lado cubría las necesidades educativas de un grupo social tan novedoso y tan difícil como el de los maestros mismos, el de los criollos, de quienes sabemos bien que tampoco eran gente fácil ni de entender ni de ubicar.

La institución, creada a imagen y semejanza de la de Salamanca, fue pensada a tono con la importancia de la Nueva España, con la necesidad de ofrecer un sitio a los hijos de los peninsulares, y para crear la posibilidad de acoger en él también a los indios: “que se fundase en ella [la ciudad de México] una universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen instruidos en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades”.²⁶

En los documentos que giran alrededor de la fundación de la Real y Pontificia Universidad aparecen, una vez más, esas respetables singularidades que ofrecía la novedad y la capacidad de los componentes sociales —esta vez criollos, pero pensados junto a los indios— de aquella ciudad, cuyo aspecto (entonces como hoy) se repartía entre lo destruido, lo semidestruido y lo grandioso.

Los insignes varones de los primeros tiempos pretendieron crear una institución más moderna, más abierta, más integradora. La institución “nació como una entidad educativa seglar fuera de claustro, sin atadura a orden religiosa”.²⁷ Fue también la primera universidad “pública del continente americano”.²⁸ Además en ella se enseñaron por primera vez en la historia lenguas vivas, el honor fue conferido al otomí y al náhuatl porque eran las que tenían el mayor número de hablantes en Mesoamérica.

El hecho de que posteriormente, sus postulados iniciales no se cumplieran del todo no mengua la intencionalidad de su creación.

²⁶ Guadalupe Pérez San Vicente, “Las cédulas de fundación de las Universidades de México y Lima”, en *Estudios de historia novohispana*, vol. III, México, UNAM, 1970, pp. 65 y 66.

²⁷ *Ibid.*, p. 69.

²⁸ *Ibid.*, p. 78.

Y ya que hablamos de universidades, pensamos en otra gran prueba de lo que la presencia de los indios vencidos representó en la axiológica mentalidad universitaria de la Península, es decir, en la famosa Salamanca. “Entre los españoles, la respuesta a la conquista propició un buen número de cambios. En España, tras la excitación de las primeras noticias surgieron preguntas particularmente relativas a la ética de la conquista”.²⁹

Por supuesto que en Salamanca se discutieron todos los problemas inmediatos que originó el Descubrimiento (geográficos, teológicos, jurídicos, políticos, mercantiles, sociales, culturales).

La famosa universidad formaba opinión más allá de las aulas e influía en las decisiones imperiales. Pero su principal aportación al mundo sería congruente con el pensamiento español de su tiempo; así sobre las bases de la moral cristiana y el derecho natural, el catedrático Francisco de Vitoria sentaba las bases de la convivencia internacional, y sus discípulos: “Soto, Cano y Covarrubias, comprometían institucionalmente a la universidad en favor de la libertad de los indios. Fue la decisión más importante del claustro en pleno, celebrado el primero de julio de 1547”.³⁰

El hecho americano determinó que, por años, en Salamanca se trabajara por encontrar y por aplicar el régimen justo en que los indios debían vivir bajo el dominio español. Aquellos aborígenes que ignoraban la existencia del notable recinto, le imponían la verdad de su presencia histórica y su calidad de semejantes en el más evangélico de los sentidos y en la más sociológica de sus connotaciones.

No podemos dejar de mencionar que ante la presencia de las valiosas culturas indígenas, las mentes renacentistas de frailes sabios (Sahagún, Acosta, De la Veracruz, Benavente, Zorita, Landa, etcétera) respondieron con doctos estudios que, unidos a las relaciones geográficas —todavía por estudiar—, ayudaron a poner los cimientos de futuras disciplinas del conocimiento como la antropología, la etnohistoria y más adelante, de la arqueología americana.

Creo que lo hasta aquí expuesto ejemplifica en parte las grandes posibilidades de enriquecer la apreciación de nuestra historia a partir de un estudio que ya no magnifique tan sólo el “pobrismo” de los indios, sino de todo lo que ese “pobrismo” fue capaz de imponer desde su modesto y muchas veces despreciado sitio.

²⁹ Charles Gibson, *Spain in America*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1967, p. 38 (traducción mía).

³⁰ Luciano Pereña, “Respuestas universitarias a la duda indiana”, en *Actas del I Simposio sobre La Ética en la conquista de América (1492-1573)*, p. 180.

Lo que hemos dicho es nada más que un intento de búsqueda, otra forma de ver las cosas de nuestro suceder histórico. Hay una dimensión que no ha sido bien tomada, una medida más exacta se lograría al hacer una reflexión diferente sobre los acontecimientos. Se han estudiado derrotas y triunfos bélicos, superioridad e inferioridad técnica, dominio brutal y sometimiento heroico; se ha hecho apología de la transculturación y de la integración al mundo occidental; se ha ido con la vanguardia hacia el análisis de los modos de producción aquí y allá, hacia lo ominoso de trasladar un feudalismo tardío a América, hacia las luchas de clase, hacia los factores que movieron a la burguesía mediterránea a explorar los mares, etcétera; todo es válido y necesario, y aun está incompleto. Pero estoy persuadida de la necesidad de una comprensión más sana de la empresa indiana, la consideración de una obra dominadora violenta, con errores, limitaciones y excesos pero sensible a la presencia indígena, presencia plena de contenido cultural e histórico que originó ciertos particulares derroteros a las acciones del imperio español en América.

Pienso que viendo así las cosas los indios no se nos deshacen entre las manos como barro seco, convertidos en nada, ni los españoles se nos quedan como el símbolo de la destrucción y el odio, convertidos en el *súmmun* de todas nuestras desgracias; no porque queramos hacer de la historia un cuento de hadas, sino porque ninguna de las dos cosas es históricamente justa.

De ciertos modos de ser

IV. SIMÓN BOLÍVAR, UNA SEMBLANZA

Su vida en los últimos veinticinco años es un romance militar acabado, y de ser narrado fiel e imaginativamente, acaso constituiría la historia de un gran capitán, la más interesante y entretenida que se halla escrito.

Samuel Haigh, *Bosquejos de Buenos Aires Chile y Perú*, Buenos Aires, 1920

Hacer una semblanza es apenas bosquejar mediante unos cuantos rasgos, de adentro y de afuera, la figura y personalidad de alguien, a veces tan extraordinariamente singular, que la semblanza no permite un sólo dato que ubique el personaje tratado en un contexto concreto y codo a codo con otros muchos coterráneos o contemporáneos.

En otras ocasiones la singularidad del personaje radica precisamente en su calidad de epónimo de un grupo, de una nación, de una época o de un pueblo a los que representa y con los que se identifica en grado eminente, tanto, que puede ponerle su apellido a todo lo que en ese pueblo, nación o época tuvo significación y trascendencia, Bolívar pertenece a estas peculiares figuras y él mismo era conciente de ello: “Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres; y yo los representaré a presencia de la posteridad”.¹

Bolívar es característico por criollo, por rebelde, por resistente al dolor y a la adversidad, por su amor a la patria, por su resentimiento a España, por hablantín, por mandón y cumplidor, por arrogante y enamorado, por generoso y suspicaz, por amante de la libertad, por agudo e ingenioso, y por muchas cosas más que lo hacen sin duda un hispanoamericano cabal, y además un modelo copiable hasta este mismo momento. A pesar de sus defectos y de sus errores; con sus virtudes y sus fallas siempre en juego, en razón y en función de la libertad de América,

¹ *Cit. pos.*, Indalecio Liévano Aguirre en *Bolívar*, EDIAPSA, México, p. 11.

y de la identidad y la integridad de ésta, Bolívar alcanza la categoría histórica de una heroicidad genuinamente hispanoamericana, entre el suelo y el cielo.

Si hablamos del héroe, del Libertador, del criollo, del militar, del estadista, estamos repitiendo lo que se ha dicho cientos —¿quizá miles?— de veces, pero eso fue Bolívar, eso y mucho más.

Ha sucedido en múltiples ocasiones que entre las dimensiones retóricas, y a menudo demagógicas del lenguaje latinoamericano, o en la concreción agresiva del hablar de los otros —de los no latinoamericanos— se ha disfrazado la verdadera personalidad del ilustre caraqueño nacido el 24 de julio de 1783.

Decir algo sobre el tan tratado y maltratado personaje resulta casi temerario, por eso creo que en estas líneas el camino menos atrevido a seguir es el de intentar glosar unas cuantas ideas acerca de algunos de los calificativos que se le han dedicado, pero sin fanfarrias o estandartes de oropel, sin denuestos o catilinarias que embocen la figura de un hombre excepcional, pero al fin y al cabo... un hombre, compañero geohistórico de nosotros los latinoamericanos.

Decirlo todo es imposible, se han

calculado en no menos de diez mil el número de documentos emanados del Libertador entre cartas, oficios, decretos, mensajes, manifiestos, proclamas, proyectos constitucionales, discursos, artículos periodísticos, etcétera.²

Imaginemos las múltiples facetas todavía por descubrir entre tanto escrito cuando esto sea leído en su totalidad y con el esmero obligado a científicos de la historia.

Un hombre que, entre otros, acumuló los títulos y cargos de Libertador de Venezuela (1813), presidente de Colombia (1819), fundador de la república de Ecuador (1822-1823), creador de la república de Bolivia (1825), tuvo que ser forzosamente admirado y envidiado, temido y servido, adulado y atacado, odiado y amado; contradictoria gama de sentimientos y actitudes de las que dan fe un sinnúmero de relatos de contemporáneos de Bolívar, sobre todo de sus colaboradores cercanos, y de libros que sin cesar han aparecido hasta el presente; acerca de éstos sobra decir que en conjunto ha abundado lo apologético.

La rica personalidad de nuestro protagonista ha dado pie para una bibliografía bolivariana que quizá sólo encuentre parangón con la na-

² Manuel Pérez Vila, "Nota del compilador", en *Simón Bolívar, documentos del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. XXIX.

poleónica o la carolina filipina de los Habsburgo españoles; una bibliografía que va desde las más conspicuas biografías hasta poemas, ensayos y artículos con temática variada, a veces rebuscada y otras definitivamente vana y extraña.

Se ha escrito sobre su estilo epistolar, sus amores, sus posibles hijos, sus copiadore, sus proclamas, sobre las etcéteras del Libertador, sobre su árbol genealógico, su carácter heroico, su última enfermedad, su iconografía; conozco de un estudio, no publicado, acerca de Bolívar taumaturgo, actor de prodigios al tamaño de milagros evangélicos, y sobre los partes médicos del doctor Le Riverend quien lo atendió los últimos días de su vida en la quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, donde murió Bolívar el 17 de diciembre de 1830. No es extraño que —después de Freud— los grandes personajes hayan sido, a la distancia de los siglos, pasto de enfoques psiquiátricos o psicoanalistas; a esta disección del espíritu, la mente y el alma no escapó el Libertador.³

Entre toda esa porción de páginas hay muchos lugares comunes que un ser tan singular como el que abordamos no necesita, pero es el alto precio que pagan los hombres públicos que caen en las garras de la fama: “genio de la América”, “astro glorioso”, “héroe de América”, “Washington del Sur”, “Sol de Colombia” y hasta “Júpiter tonante”.⁴

El aspecto físico de Bolívar suscitó comentarios en casi todos los que le conocieron:

“joven de noble y hermosa apostura... De mediana estatura, busto estrecho, piernas largas y, no obstante, bien formado y robusto”.⁵

“Su estatura sin ser procerosa, era, no obstante, suficientemente elevada para que no la desdeñara el escultor que quisiera representar a su héroe”.⁶

“Era bien parecido, tanto de semblante como de persona. Su estatura aunque no alta, tampoco era pequeña”.⁷

“Era Bolívar hombre de talla poco menos que mediana, pero no excenta de gallardía en sus mocedades”.⁸

³ Véase Diego Carbonell, *Psicopatología de Bolívar*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1965.

⁴ Esta y otras expresiones similares pueden encontrarse reiteradamente en varias obras, citamos por ejemplo: José Luis Busaniche, *Bolívar visto por sus contemporáneos*, México, FCE, 1981, pp. 132, 328; Rafael Bernal Medina, *Ruta de Bolívar*, Cali, Norma, 1961, p. 133.

⁵ Jules Mancini, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*, Medellín, Bedout, 1970, p. 138.

⁶ José Antonio Páez, *Memorias*, p. 165, *cit. pos.*, Busaniche, *op. cit.*, p. 50.

⁷ Blanco y Azpurúa, t. IX, p. 308, *cit. pos.*, Busaniche, *op. cit.*, pp. 143 y 144.

⁸ François Desire Roulin, en Blanco y Azpurúa, t. XIV, p. 485, *cit. pos.*, Busaniche, *op. cit.*, p. 248.

No deja de notarse que todos se sintieron obligados a dar discretas explicaciones reivindicadoras sobre su figura; tal parece que el romanticismo de la época quedaba defraudado al no poder encuadrar el físico del extraordinario sudamericano a la proporción heroica —estilo Hércules o Aquiles— de una mera épica literaria y legendaria.

Esto nos conduce a fijar la atención en el humano heroísmo de Bolívar, en ese esfuerzo eminente de la voluntad que lleva a realizar hechos sobresalientes en servicio de los demás.

Héroe es el calificativo —haciendo a un lado el de Libertador— que más se ha atribuido a Bolívar; por supuesto que lo fue, más aún, vivió ese papel intensamente, fue pues un héroe viviente, testigo presencial de sus propios honores y reconocimientos; cuando se le ofreció, pudo saborear con fruición la fama, pero en medio de sus mayores glorias él sabía que por sí mismo, solo, nada podía; es fácil enterarnos a través de sus escritos hasta dónde valoró y rogó la ayuda de todos y cada uno de aquellos a quienes conocía y trataba. Sin embargo, los que redactaron cosas acerca de él en vida, y varios estudiosos de tiempos posteriores hasta hoy, han abordado el tema bolivariano dando al personaje el tratamiento de héroe como pieza histórica base y culminación en postura un tanto contradictoria a la tónica actual de la historia como ciencia.

La mayoría de los estudiosos se desenvuelve a partir de Bolívar como eje, como núcleo, como sol; cierto que no se omiten —¿cómo podría hacerse?— el pueblo, los colaboradores, los soldados, las mujeres, la familia, los amigos, pero aparecen bajo la protección, el cariño, la benignidad, la generosidad o el enojo del personaje, así éste queda sin remedio en la lista de héroes a lo Carlyle,⁹ como “una cascada fúlgida, abundante, en íntima y nativa originalidad, nobleza, virilidad”.¹⁰

Hombres únicos que en “revelaciones sucesivas de un gran principio espiritual, universal, constituyen los jalones de la historia”.¹¹

Hombre de “vocación heroica” fue llamado alguna vez;¹² José Enrique Rodó refiriéndose al Libertador de América asentó que “él quedará para siempre como un insuperado Héroe Epónimo”.¹³

No regateamos ni un ápice su calidad de excepción a Bolívar, recordemos que empezamos estas páginas reconociendo su singularidad,

⁹ Véase Thomas Carlyle, *El Culto a los héroes y lo heroico en la historia*, México, Porrúa, 1976.

¹⁰ *Ibid.*, p. 3.

¹¹ Raúl Cardiel Reyes, “Prólogo”, en Thomas Carlyle, *op. cit.*, p. XVIII.

¹² Joaquín Tamayo, *Nuestro siglo XIX, La Gran Colombia*, Bogotá, Cromos, p. 292.

¹³ Anónimo, *Bolívar*, Caracas, Ediciones de la Lotería Nacional de Beneficencia Pública del D.F., 1950, p. 36.

pero también sus calidades comunes y corrientes, y no estaría mal que haciéndole justicia se le abordara a partir de la ciencia histórica y se olvidara la apología pura o la diatriba amarga, que también ha surgido; viene a la memoria un libro en el que el autor ofrece “un Bolívar de carne y hueso” una obra en la que, dice: “decapita de un solo tajo las estatuas de bronce, piedra y mármol que lo han mantenido distante de la conciencia popular...”,¹⁴ pero no lo logra, de páginas que dejan mal sabor de boca el Libertador sale incólume, sin mancha y sobre su pedestal.

Simón Bolívar no vivió en perpetua comunión mística con gentes e ideales, tampoco fue un patriarcal bendecidor lejano e intocable, y mucho menos un portador del mal; vivió en humana relación, en cotidiano intercambio de ideas, de palabras gratas o altisonantes, de mutuas desconfianzas, de respeto o de falta de respeto, de angustia y alegría, de entrega o de recelos, y fue así como nuestro protagonista alcanzó dimensiones tales que explican la desmesura con que se le ha visto.

Cuando en 1827 Bolívar entró en Caracas, procedente de Colombia, le presentaron —llevadas por bellas muchachas— “banderas de raso fino que en letras doradas tenían escritas las virtudes características del Héroe”:¹⁵ Valor, Liberalidad, Probidad, Prudencia, Generosidad, Constancia, etcétera.

Todo eso era verdad, pero el poseedor de tales cualidades era un criollo latinoamericano, venezolano por más señas, y por lo tanto, mucho de lo que hacía estaba entretelado con otras características que le ponían colorido, que le marcaban desusados relieves, que le imprimían un ritmo entre mágico y mítico, y le daban el sello un tanto contradictorio de lo latinoamericano.

Si al modelo perfecto se le sigue llamando clásico, Bolívar fue un criollo clásico. Ser criollo, a despecho de quien aún lo cree, no es denigrante, ni cosa de poca monta; el criollo de Latinoamérica tiene que ser entendido no dentro de la estrechez de una etnia aparecida fuera de su ámbito original, esto es una simplísima definición ya trasnochada; el criollo de la América nuestra es algo más complejo y completo; el término implica un concepto geohistórico cultural, una realidad que aglutina historia europea y prehispánica con geografía americana y que produce un elemento humano cuya esencialidad se logra a través de mil formas de mestizaje. En el lenguaje común lo criollo es lo propio, lo

¹⁴ Véase, Mario H. Perico Ramírez, *Bolívar, héroe maldito*, Colombia, Tercer Mundo, 1979.

¹⁵ Blanco y Azpurúa, t. XI, p. 87, cit. pos., Busaniche, *op. cit.*, p. 240.

nacional, lo autóctono; “fruta criolla”, “flores criollas” son las que responden por sí mismas, a las peculiaridades de cada lugar en América Latina.¹⁶

Los hombres criollos sabían que la tierra en que nacieron, que el paisaje circundante, era algo que les pertenecía, pero que no podían poseer; ellos sintieron y sufrieron —más que ningún otro habitante de las posesiones hispanas— la política al mismo tiempo integradora y discriminadora del estilo español de dominio: integradora cultural y racialmente, discriminadora política, social y económicamente; eran “una clase dominante a medias”.¹⁷

Hay criollos que están despojados de toda riqueza no sólo de dinero, sino de otra riqueza, como por ejemplo el poder, y arrastran su vida soñando y deseando cosas que jamás tendrán y por las que lucharán en la Revolución de Independencia. Aparecen aquí los rasgos, las características y las contradicciones de los criollos, como es el afán por sobresalir, por ser los mejores.¹⁸

Yo diría que fueron “barroquizando” su existencia; en el Viejo Mundo el barroco es un estilo, en el nuevo nuestro “lo” barroco es toda una conducta conformada en la reacción permanente —consciente o subconsciente— contra las tiranías, en la angustia, la rebeldía y la búsqueda que se desbordaron en fantásica y explosiva liberación de lo que sí estaba a su alcance¹⁹ y así el criollo fue lo que le permitieron ser: puesto que podía gastar pero no invertir se hizo elegante, dispendioso, amigo del boato, hospitalario y cortés, grandilocuente, ingenioso y en muchas ocasiones —quizá cuando era menos rico— se hizo sabio.

Los criollos eran, digámoslo así, el grupo emplazado, amenazado y puesto en trance de defender lo suyo. Este fondo posesivo relativo a una posesión que los antepasados habían conquistado y que era preciso conservar y ampliar, constituye la causa profunda del amor exaltado que el criollo sentía hacia su mundo.²⁰

16 Véase, José Juan Arrom, “Criollo; definición y matices de un concepto”, en *Revista Colombiana de Folklore*, junio de 1953, núm. 2, pp. 265-272.

17 Severo Martínez, *La patria del criollo*, Puebla, Editorial de la Universidad Autónoma de Puebla, 1982, p. 56.

18 Gabriel Careaga, *Mitos y fantasmas de la clase media en México*, México, Joaquín Mortiz, 1981, p. 43 (*Cuadernos de Joaquín Mortiz*).

19 Beatriz Ruiz-Gaytán, “Gertrudis Gómez de Avellaneda; Hispanoamericanía trasteada”, en *Anuario de Humanidades*, UIA, 1976, p. 210.

20 Severo Martínez, *op. cit.*, p. 46.

Llegado el momento, los de ánimo grande lucharon por ser libres, por hacer valer en la historia, como un todo con personalidad propia, a la contradictoria gama de diferencias sociales y antropológicas que conformarían a los pueblos latinoamericanos.

Bolívar, acorde con su tiempo y con su historia, participó de todos los atributos señalados, enriquecidos con los muy particulares de su tierra natal y con los muy peculiares de su propia genialidad. Su espectacular extraversión, su vehemente entusiasmo se manifestaba en muchas formas, por ejemplo en una casi desesperada grandilocuencia para mover a las desfallecidas tropas:

“¡Soldados! El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, ... ¿La burlaréis? ¡No! ¡No!! ¡No!! Vosotros sois invencibles”.²¹ Otras ocasiones era explosivo en sus desplantes: “el Libertador lleno de entusiasmo gritó: —¡Este es mi brindis!... Saltó sobre la mesa vació su copa y la estrelló contra la pared de la sala”.²²

Manuela, la desamorada esposa del médico inglés James Thorne, la amada de Bolívar nos deja testimonios de lo que éste era como hombre enamorado; la bella quiteña en una carta explica el porqué del rechazo a su británico marido; según ella a la inglesa la vida es monótona, amor sin placeres “conversación sin gracia, caminado despacio, chanza sin risa”,²³ y por contraste testimonia que su ilustre amigo era fogoso, original, chanceador, activo y espontáneo.

Y ¿cómo explicarnos el paso por los Andes sino en función de una apasionada donación de sí mismo a la causa de la independencia que perseguía?

Le gustaba la gente; vivió con toda autenticidad la “dialéctica” latinoamericana de la exuberante hospitalidad y de la suave cortesía de “no desairar a nadie”. Aceptaba los agasajos y agasajaba siempre que podía.

Lo que le era permitido al criollo: ser culto y gastador, no llenó nunca las expectativas de las generaciones criollo mestizas. Los que nacieron o maduraron en el lapso entre la independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa, cargando un resentimiento de trescientos años, respiraron los nuevos aires de un cambio sustancial y decidieron conquistarlo a toda costa.

El Libertador, como otros contemporáneos del continente, hace la guerra a muerte a los españoles y se rodea de ingleses (O’Leary, Gil-

²¹ Guillermo Miller, *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*, cit. pos., Busaniche, op. cit., p. 147.

²² F. Burdett O’Connor, *Recuerdos*, cit. pos., Busaniche, op. cit., p. 149.

²³ Daniel O’Leary, *Últimos años de la vida pública de Bolívar*, cit. pos. Busaniche, p. 292.

more, Wilson, Campbell, Skeene, Hippisley). Al igual que cualquier criollo hispano parlante del XIX sentía —no sin razón— la admiración por los países de la vanguardia liberal, sobre todo por Inglaterra que representaba la concreción de la voluntad popular en el Parlamento, y la de la ciencia y la técnica en la máquina. Pero no era la suya una admiración servil ni una necedad miope, causa de críticas negativas. Este asunto debe ser más estudiado, recordemos que hablamos de un hombre fuera de serie al que se le puede dar, sin rubores, el adjetivo de genio. Si damos una ojeada a varias de las cartas que escribió Bolívar²⁴ comprobaremos la legitimidad del calificativo.

Esas cartas contienen: crítica literaria, opiniones sobre obvenciones parroquiales, dádivas a viudas o amigos en desgracia, datos sobre comercio internacional, ideas sobre la alianza con Inglaterra, asuntos agrarios, atención a problemas familiares, planes para constituciones políticas, para gobiernos provisionales, para fundar escuelas lancasterianas; felicitaciones de boda, petición de cuentas sobre los dineros del ejército, contratos para uniformes de soldados, proyectos de cómo hacer un periódico; de la situación del Brasil, de la Santa Alianza, elogios a trabajos científicos... páginas y páginas se llenarían con sólo enunciar los temas que abordó y nunca con superficialidad ni con regateos.

Haber nacido en Sudamérica dio su matiz a Simón Bolívar. Caracas, sede de capitanía, no ofrecía todo lo que una capital de virreinato; esas carencias y su cercanía al mar propiciaba los viajes a Europa, recordemos a Miranda, Simón Rodríguez, Manuel Mallo, Mariano Montilla, Carlos Montúfar, Andrés Bello y tantos más.

No sé exactamente hasta dónde, las circunstancias geográficas de una vecindad con islas de otras naciones en el Caribe y la frecuente comunicación con Europa cooperó a que

la contemporaneidad de tres personalidades tan fuertes y tan influyentes en la vida americana —Miranda, Bolívar y Bello— conviertan el medio colonial caraqueño en centro de las decisiones más importantes que jamás se hayan tomado en América.²⁵

En ellos fue mérito común su capacidad para sentir el mundo como su ámbito propio, dejaron de ser lugareños para convertirse en americanos, en universales y cada uno lo manifestó de modo diferente.

²⁴ Véase Simón Bolívar, *Obras completas, cartas del 8 de mayo de 1824 al 19 de septiembre de 1828*, vol. II, Caracas, Pool Reading, 1975.

²⁵ Pedro Grases, *Andrés Bello, el primer humanista de América*, Buenos Aires, Ed. del Tridente, 1946, p. 56.

Bolívar pudo pensar en americanismo, pudo intentar un Congreso anfictionico de Hispanoamérica, pudo ver a Panamá como centro de tan magna asamblea y logró una magistral visión de conjunto de los pueblos de América, de su pasado y de su futuro.

El paisaje que rodea a Caracas es espectacular y dominante; por un lado los Andes septentrionales, por aquel las Sierras de Perijá, Santa Marta, la Nevada, la de Mérida y la del Coro, acá mesetas bajas sin bordes escarpados, chaparrales de zarzales y sabanas de gramíneas.²⁶

Todo es grande en ese mapa, como el mapa todo de América del Sur. La idea de enormidad, casi de infinitud tuvo que haber influido en la aprehensión universal y en el concepto de lo grandioso que siempre acompañó a Bolívar, hasta el último día de su vida en que enfermo de tuberculosis. Y en una casa que ni siquiera era suya, murió el heredero de rancia ascendencia vizcaína, hijo de grandes propietarios en los valles de Aragua, encomenderos de la hacienda de San Mateo y señores de las minas de Aroa.

No tenía un centavo, era la última prueba de ese sentido de grandeza que lo hizo dar todo; difícil juzgar si era poco o mucho, pero era todo.

Imprevisión, diría un pragmático y sensato anglosajón; Dios proveerá, diría cualquier necio e iluso hombre de hispanoamericana estirpe. Esa es la diferencia que hace a Bolívar tan rotundamente comprensible para cualquiera de nosotros.

²⁶ Véase Jorge L. Tamayo, *Geografía de América, México*, FCE, cap. XXIII.

V. GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA
HISPANOAMERICANÍA TRANSTERRADA

Sólo del pensamiento derivan las formas más humildes y las más altas del progreso; sólo del pensamiento podemos esperar redención, entendiendo por pensamiento, es claro, no sólo el frío razonar, sino la noción integral mística de la existencia, con todas sus angustias y deleites y claridades

José Vasconcelos

En busca, costumbre ya vieja, de cosas —biografías, discursos, poemas, anécdotas, documentos— que ayuden a entender mejor a esta Hispanoamérica en la que nunca nadie pudo adentrarse serena y objetivamente, dimos con la personalidad interesante de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la poetisa que, nacida en Cuba pero trasterrada en España, perdió por este hecho, ante el mundo de la cultura, su calidad hispanoamericana y por muchos años se vio privada de consideración en el ámbito de las letras del nuevo mundo.¹ Nos atrajo el personaje no por lo que escribió, ni por cómo lo escribió, sino porque el pensamiento inmerso en su literatura es el pensamiento de un hispanoamericano.

¹ El 23 de marzo de 1814, en la pequeña ciudad, sucesivamente llamada Puerto Príncipe y Camagüey, nació Gertrudis Gómez de Avellaneda y Arteaga Gil de Taboada y Betancourt, hija del oficial de marina y español don Manuel Gómez de Avellaneda y Gil de Taboada y de la dama camagüeyana doña Francisca de Arteaga y Betancour. Infancia y adolescencia fueron para la cubana que nos ocupa una ininterrumpida serie de conflictos domésticos originados por la temprana viudez de la madre y su segundo matrimonio, ya que las relaciones con el padrastro jamás fueron cordiales. Precocemente Gertrudis mostró su inclinación literaria; escribe cuentos, lee y admira a José María Heredia, participa en representaciones teatrales y por fin se traslada a España. Decide radicar en Sevilla y comienza a colaborar en periódicos andaluces y a escribir con el seudónimo de *La Peregrina*. Hacia 1840 se radica en Madrid donde se desenvuelve su máxima actividad de escritora y su brillante vida de mujer bella. Muere en febrero de 1873 en la capital española. Véase Raymundo Lazo, *Gertrudis Gómez de Avellaneda; la mujer y la poetisa lírica*, México, Porrúa, 1970, pp. XIII-XVII.

No creemos que, por ahora, el pensamiento de este nuestro mundo, americano se pueda esquematizar a partir de generalizaciones teóricas, pero sí podemos identificar, como muy características, múltiples expresiones de nuestra mentalidad, expresiones que se han manifestado de diversas maneras en políticos, escritores, periodistas o cualquiera que tenga posibilidades de manifestar algo.

Gertrudis Gómez de Avellaneda tuvo esas posibilidades y como ella, sin duda, muchos hispanoamericanos más, que no han sido tomados en cuenta en los estudios específicos acerca de “lo hispanoamericano” en cuanto algo sustancialmente peculiar, y es que quizá un juicio superficial ha llevado a suponer que en ellos no existen elementos de genuina hispanoamericanía.

Sin embargo al leer a la Avellaneda, encontramos que sí hay en su pensamiento indicadores del muy particular pensar de la América española.

Existe el vicio —lo llamo así porque de la tendencia más se abusa que se usa— de estudiar el pensamiento analizándolo en el campo estricto de la filosofía, pero el pensamiento tiene por fondo objetos humanos circunstanciales y se expresa en innumerables formas orales y no orales; así pues, por definición, un pensador es todo el que piensa y traduce su pensamiento en formas concretas de comunicación (arte, religión, política, economía, relaciones familiares, etcétera).

El “objeto histórico” América Latina —según expresión de José Gaos—² aparece en el suceder de la cultura occidental a fines del siglo XV y principios del XVI; desde ese momento se empieza a fraguar una realidad americana singular y con ella un pensamiento irreducible a cualquier otro;³ el mencionado “objeto histórico” poco a poco asume ante la vida, ante el mundo, ante sí mismo, sus propias actitudes y expresiones.

Por mucho tiempo —hasta el presente— nadie se preguntó si esta actitud y esta expresión en Gertrudis Gómez de Avellaneda presenta rasgos privativos del modo de ser hispanoamericano⁴ del siglo XIX o si su forma de encarar la existencia tiene sitio en ese capítulo característico.⁵

² José Gaos, *El Pensamiento hispanoamericano*, México, El Colegio de México, 1946, p. 9.

³ *Ibid.*, p. 43.

⁴ En este capítulo siempre se usará el término Hispanoamérica, porque es el que responde mejor a los intereses del mismo; de igual manera al decir América, la referencia es sólo a la que por ahora nos interesa, la hispana.

⁵ Raymundo Lazo es quizá el primero que planteó seriamente la cuestión, *vid supra* nota 1 e *infra* nota 8.

Por supuesto que habrá quien ponga el grito en el cielo por el atrevimiento de unir siquiera a la escritora estudiada con el pensamiento hispanoamericano; ¿cómo hablar de éste y referirlo a una obra literaria romántica, lírica, escrita en España por una mujer que de acuerdo a las apariencias sólo vivió para sí misma desligada por voluntario transtierro del solar nativo, una mujer que pasó la mitad de su vida desgarrada por pasiones personales y que ocupó muchas páginas con el tema de sus fallidos —y por entonces ciertamente escandalosos— amores?

La autora no participó en forma militante en ninguno de los asuntos sociopolíticos y económicos que determinaban en su tiempo los problemas cubanos en particular y americanos en general; se mantuvo también al margen de lo folklórico, de lo regional en cuanto temática principal de su obra, cosa natural en una señorita de ínfulas criollas decimonónicas que era además súbdito español en línea paralela a los orgullosamente diferenciados ciudadanos de los nuevos países emancipados.

Indudablemente por esto, a primera vista, el pensamiento y aun la vida de la camagüeyana parecen despegadas de América y éste ha sido, sin duda, el grave pecado que la tiene vagando como alma en pena sin sitio en la historia de la cultura hispanoamericana y que sigue poniendo en entredicho su condición intelectual y hasta emocional no ya de americana, sino aun de cubana.⁶

Desde antes de 1800 ha sido común en Hispanoamérica que a quien no se define en alguna forma como odiador de lo extranjero y como exaltador de lo regional primero y de lo nacional después, se le ignore, se le desprecie y hasta se le anatematice. Nuestra xenofobia antigua y persistente —siempre más formal que sustancial— aparece por todas partes, la encontramos lo mismo, por ejemplo, en el teatro sudamericano del XVIII que en actitudes mexicanas del XX.

Erminio Neglia nos hace notar cómo en las obras del setecientos argentino las “características bufas y despreciables de los extranjeros se repetirán muchas veces en los sainetes breves y cómicos”.⁷

Es decir, en la literatura —en este caso concretamente argentina— se empujeña despectivamente la imagen del extranjero para llegar después al realce del muy regional tipo del *gaucho* —los Hilario Ascasubi y los Martín Fierro— como testimonio legendario e indiscutible de autenticidad.⁸

⁶ Véase Raymundo Lazo, *Gertrudis Gómez de Avellaneda, la mujer...*, p. XI.

⁷ Ermilo Neglia, “Evoluzione della figura del gringo nel teatro argentino”, en *Quaderni Iberoamericani*, fascículo 41, Turín, 1972, p. 26 (la traducción es mía).

⁸ Véase Raymundo Lazo, *Historia de la Literatura hispanoamericana. El período colonial*, México, Porrúa, 1970, p. 261, e *Historia de la Literatura hispanoamericana. El siglo XIX*, México, Porrúa, 1970, p. 137.

A gran distancia geográfica y cronológica, Daniel Cosío Villegas, ilustre y punzante historiador contemporáneo, explica el proceder político mexicano como resultado de xenofobia y exaltado nacionalismo.⁹

Por supuesto que esta hipersensibilidad nacionalista nunca estuvo tan a flor de piel como en el siglo XIX; al dejar de ser políticamente dependientes, pero todavía en agraz, los hispanoamericanos se dieron con explicable, singular y tenaz dedicación a hablar y hablar de nacionalidad.

Era imperativo formar —aunque por lo pronto sólo se hiciera a través del verbo— conceptos que definieran el carácter mexicano de México, el peruano del Perú o el venezolano de Venezuela; a ello se encaminó vertiginosa y bastante abstractamente el ánimo de todos —o casi todos— los que pensaban y podían expresarlo: periodistas, escritores, políticos, maestros; se hizo obsesiva

la exploración cuidadosa de los nimios detalles propios de cada desarrollo regional y además la sobreestimación de un patrimonio legendario y heroico que se trataba de exaltar envolviéndolo en una atmósfera carismática.¹⁰

Esto tenía que haberse mostrado más evidente tratándose de Cuba, la “tristemente” rezagada en el caso de la independencia americana y de una intelectual capaz de manejar la pluma.

Hacer pública y ruidosa profesión de nacionalismo era tan importante como lo había sido en los siglos precedentes hacer la de fe. No es pues extraño que una mujer que hizo poco alarde al respecto y que demostró amor a España en cuanto “madre patria”, se le haya catalogado como poco cubana, mala cubana o nada cubana y que por supuesto no se le haya tomado en cuenta en el contexto de nuestras culturas.

El asunto llegó a campos sólo explicables en Hispanoamérica; alguna vez se formaron grupos femeninos antiavellanedistas y como un delito se denunció —según lo hizo el comentarista Rafael Soto Paz en *Prensa Libre*— “la españolidad de la Avellaneda influida en cierta medida por el Consejo Provincial de Camagüey y por la Asociación de Veteranos de la Independencia de Cuba”.¹¹

⁹ “México”, en *Excelsior* (México), 8 de julio de 1973, sección editorial.

¹⁰ José Luis Romero, *Latinoamérica; situaciones e ideología*, Buenos Aires, Ediciones del Candil, 1967, p. 16.

¹¹ Antonio Martínez Bello, *Dos musas cubanas: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Luisa Pérez de Zambrana*, La Habana, P. Fernández, 1954, p. 4.

Se entabló pues una lucha entre los intelectuales cubanos que rechazaban a la poetisa y ésta que defendió —siempre que pudo— su autenticidad antillana aunque, reitero, pocos estaban dispuestos a creer en ella: “ peregrinos señores que, dándose ellos mismos con singular modestia el gran título de areópago han decidido que yo no pertenezco a la literatura cubana... disculpo un tanto la soberana ridiculez de tal areópago”.¹²

“Se me cree hija desnaturalizada del país a quien tanto debo... gózome en dar nueva y pública manifestación de que amo con toda mi alma la hermosa Patria que me dio el cielo”.¹³

En la isla antillana, en toda Hispanoamérica, en todo el mundo hispánico se dota, hoy como ayer, a los fenómenos históricos (personas, épocas, instituciones) y a los productos culturales (ciencia, arte, técnica) de cariz político aunque no se tengan esquemas políticos bien definidos y a partir de allí es como se enjuician, juicio que a más de ligero es falso porque es excluyente y deja fuera del cerco del pensamiento y del sentimiento a muchos que pensaron y sintieron pero que fueron apolíticos. Sin tomar partido, sin enarbolar bandera, se puede estar imbuido de caracteres que definen como perteneciente a un lugar y a una época; esto es lo que le pasó a Tula —apodo cariñoso con el que también fue conocida— que no se pronunció nunca claramente por tendencia política alguna pero en cuyos escritos se pueden descubrir, como ya apuntábamos, datos que deben considerarse patrimonio común del ser de América hispana y particular del ser cubano.

La vida de Avellaneda se desarrolló en el centro, en el meollo del XIX (1814-1873), los años decisivos de su formación corrieron también en el centro, en el corazón mismo de la gran Antilla (Camagüey); la rodeó plenamente por todos lados el ambiente del siglo y el aire de Cuba: romanticismo, liberalismo, trópico, exuberancia isleña, y a todo fue susceptible, pero pedir conciencia política a la dama, quizá era mucho pedir.

Conviene recordar que Cuba es el lugar de más abolengo americano pero que, separada geográficamente del continente, algunos acontecimientos de su historia toman ciertos tintes particulares; la economía azucarera del siglo XIX —caso ilustrativo— dio a la isla una fisonomía distinta. Félix Varela, el distinguido exiliado cubano, escribía en *El Habanero*, “papel político, científico y literario” que publicaba en Filadelfia allá por 1824: “es preciso no perder de vista que en la isla de Cuba

¹² Carta a don Luis Pichardo de Puerto Príncipe fechada en Sevilla el 13 de noviembre de 1867, *apud.* Antonio Martínez Bello, *op. cit.*, p. 18.

¹³ Carta al Conde de Pozos Dulces (director de *El Siglo*), *apud.* Antonio Martínez Bello, *op. cit.*, p. 23.

no hay opinión política, no hay otra opinión que la mercantil... hasta ahora el pecado político casi universal en aquella isla ha sido el de la indiferencia”.¹⁴ Esta acusación se enderezaba principalmente hacia cierto sector de la sociedad cuya posición hacía explicable su indiferencia o su conveniente silencio, sector del que formaba parte la familia de nuestra escritora, no de estirpe campirana sino perteneciente más bien a la burocracia, al “grupo blanco peninsular integrado por familias patriarcales, por sus empleados, aparceros y arrendatarios, por los servidores de la administración colonial y de las compañías privilegiadas”.¹⁵

Desde luego esto determinó que Gertrudis no se codeara con el concreto problema nacional de Cuba, pero de ninguna manera fue impermeable al renovador aire del nuevo mundo.

En el XIX hispanoamericano todo el que piensa es a veces un liberal y a veces un libertario, alguien que lucha por libertades personales o nacionales sin más que por la libertad misma. “Alas no halla el pensamiento donde no hay libertad”, expresó una vez la Avellaneda,¹⁶ esto la une a aquellos compañeros de hemisferio que, resistentes a las tutelas, siempre que les fue posible caminaron por el ancho mundo buscando la respuesta a la grave interrogante que planteaba el futuro; ¿no es esto lo que hizo que la cubana dejara su tierra? ¿cuántos notables de Hispanoamérica, desde Miranda hasta Martí fueron y se autollamaron “peregrinos” como lo hizo la misma escritora?

Su sublevado ánimo la hacía coincidente con el chileno de enorme talla rebelde, Francisco Bilbao (1823-1865) quien afirmaba que “la teoría histórica de América es la omnipresencia de la libertad”¹⁷ y quien al analizar la sociedad de América decía: “la mujer está sometida al marido, esclavitud de la esposa... el hijo irremediamente sujeto al padre, esclavitud del hijo... pensamiento encadenado al texto, inteligencia atada al dogma, esclavitud del pensamiento”.¹⁸

De esta oposición a lo establecido también dejó testimonio la criolla isleña:

Yo no me he casado ni me casaré nunca pero no por un fanatismo de libertad... El matrimonio es un mal necesario... yo lo considero a mi modo...

¹⁴ Félix Varela y Morales, cit. por Emilio Roig de Leuchsenring en *Ideario cubano. Félix Varela, precursor de la Revolución libertadora cubana*, Of. del historiador de la ciudad, 1953, pp. 17 y 18.

¹⁵ Raymundo Menocal y Cueto, *Origen y desarrollo del pensamiento cubano*, p. 534.

¹⁶ Antonio Martínez Bello, *op. cit.*, p. 9.

¹⁷ Abelardo Villegas, *Antología del pensamiento social y político de América Latina*, Washington, D.C., Unión Panamericana, 1964, p. 425.

¹⁸ *Sociabilidad chilena*, William Rex Crawford, *A Century of Latin American Thought*, Harvard University Press, pp. 10 y 11.

lo abrazaría con la bendición del cura o sin ella: poco me importaría... no he hallado ni puedo hallar un corazón bastante grande... y un corazón bastante elevado para considerar las cosas y los hombres como yo los considero.¹⁹

En ninguno de los dos casos señalados esto es un verdadero síntoma de a religiosidad; no lo eran las liberales medidas de los hombres del XIX que a pesar de su drástico laicismo llevaban escondida en los recovecos de su angustiada psicología, una carga secular de sentido religioso, de innegables posibilidades de fe. Son los “santos laicos” de la Reforma mexicana, es la “epístola” de Melchor Ocampo que, sin dejar de ser en el fondo la misma de San Pablo, hacía en México del matrimonio sacramento un contrato civil (julio de 1859), es Martí avalado con el calificativo eclesial de “apóstol” y es también Justo Sierra encerrando principios patrióticos en un “catecismo”.

Situada en la misma línea la poetisa cubana afirmaba: “para mí es santo todo vínculo contraído con recíproca confianza y buena fe”.²⁰

Esta rebeldía ante institución tan sacralizada como el matrimonio no fue suficiente para borrar otras huellas dogmáticas que dejara en su educación la hispánica sociedad cubana, ni para impedir que produjera una estimable literatura religiosa que la llevó a escribir todo un *Devocionario*;²¹ son numerosos sus poemas religiosos: A Dios

*¿Tu me buscas ioh Dios. Tú el amor mío
Te dignas aceptar como victoria
Ganado por tu Amor a mi albedrío?*²²

Canto triunfal a la Resurrección, La Cruz, A la Ascensión (Himno) Al Santo Espíritu (cántico), Al nombre de Jesús, A la Virgen (plegaria), etcétera, etcétera.²³

En la producción de ese tipo no está ausente el expresivo patetismo de la religiosidad hispanoamericana —trono sangriento, sangriento cadáver, helarse la sangre, temblar de carnes, crujir de huesos, labios sangrantes—²⁴ patetismo muy visible en la imagería popular de

¹⁹ Raymundo Lazo, *Gertrudis Gómez de...*, p. 90.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Raymundo Lazo, *Historia de la literatura... El siglo XIX*, p. 270.

²² Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Obras completas*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1864, pp. 9, 215.

²³ *Ibid.*, pp. 86, 242, 381, 383, 385, 392.

²⁴ Véase Raymundo Lazo, *Gertrudis Gómez de ...*, pp. 47-100.

todas calidades que se produce y reproduce en los siglos coloniales y aun en la época independiente hasta nuestros días.

Podemos afirmar que como otros intelectuales de su época, Gertrudis tiende hacia un libertarismo laico, rechaza tradiciones pero vive en invocación bastante frecuente de lo sobrenatural.

Lo dicho nos lleva de la mano a considerar otra faceta de contradicción, hemos de admitir que en esta América nuestra la paradoja es nota constante de la historia, quizá en parte porque igual es nuestra geografía; los hombres de estas regiones tienen una personalidad que como los climas, la vegetación o la topografía oscilan vertical y horizontalmente de extremo a extremo; esto es claro en un poema escrito por la caribeña “En el álbum de una señorita cubana”.²⁵

*¿Qué mucho que en ti se vean
Combinaciones tan raras
De pasión y de dulzura,
De languidez y pujanza?
¿Qué mucho que en ti se asocien
La fortaleza y la gracia?
...
¿Qué mucho que en tu voz pura
Ya vigorosa ya blanda
Alcance los varios tonos
De cien pasiones contrarias?
¡Hija del trópico ardiente!
¡Digna imagen de la patria!
¡Virgen joven como ella,
Como ella fuerte y lozana!*

El poema suena a autorretrato ya que la autora es un buen ejemplo de “esos varios tonos de cien pasiones contrarias”, hay además en lo citado una innegable conciencia de esencial diferencia de calidades naturales entre Europa y América, los cuatro últimos calificativos —virgen, joven, fuerte, lozana— tienen sentido en cuanto a una región nueva, diferente, prometedora, no en cuanto a una decrepita, secular y maltratada posesión española.

En la creación literaria hispanoamericana del XVIII y el XIX se aprecia ya un definitivo impacto de la naturaleza que se va a ir haciendo cada vez más intenso hasta llegar —más allá del costumbrismo— a nuestra copiosa gran novelística vernácula contemporánea; es el imperativo de

²⁵ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *op. cit.*, p. 173.

los Andes, de las pampas, de los llanos o del trópico; Doña Bárbara obedece al mandato agresivo de un ambiente brutal, Aureliano Buendía y Macondo sólo pueden existir escondidos atrás de la aparente calma de las sabanas colombianas y allá abajo del *soroche* que aplasta nada más que con ver a lo lejos las montañas y Pedro Páramo es perfecto complemento de los kilómetros desolados y pueblos semidesiertos del agro mexicano.

En la Avellaneda este imperativo es más implícito que explícito, pero también existe, la atmósfera de su luminosa y cálida isla está presente de manera indirecta, pero está, a través de su propio modo de ser: temperamental, pasional, impetuosa, melancólica a veces, fatalista otras, fácil a la emoción, con aspectos alternos de vitalidad exuberante y languidez.

En la obra avellanadiana son múltiples las referencias a lo que hay en Cuba, más que a lo que es Cuba, son siempre referencias líricas muy ilustrativas de llorosas saudades nostálgicas por la gran Antilla.

El medio cubano no vertebra sus escritos, pero sí le proporciona muchos de los elementos inspiradores, el sol, el calor, la luz, los murmullos del Caribe, las palmeras, la música, los pájaros.²⁶

Bajo otro cielo, en otra tierra lloro,
Donde la bruma abrúame importuna
¡Sal rompiéndola Sol; que yo te imploro!

...

¡Ay! paréceme que aspiro
En esos blandos cantares
Auras de los patrios lares
Y hasta que escucho el suspiro
Con que mecen los palmares.

...

Esos campos de la ceiba
Hasta las nubes levanta
De su copa el verde toldo
Que grato frescor derrama.

...

De los dichosos campos, do mi cuna
Recibió de tus rayos el tesoro,
Alejóme por siempre la fortuna.

...

Por esos campos felices
Que nunca el cierzo maltrata,

²⁶ *Ibid.*

Y cuya pompa perenne
Melifluos sinsontes cantan.

...

Que triste, cual tú vivo
por siempre separada
de mi suelo nativo...
¡De mi Cuba adorada!

...

Reina en el cielo, Sol, reina e inflama
Con tu almo fuego mi cansado pecho,
Sin luz, sin brío, comprimido, estrecho,
Un rayo anhelo de tu ardiente llama.

...

¡En torno miro... no existe
Ni patria ni hogar querido.
¡Soy el pájaro sin nido!
¡Soy sin olmo yedra triste!

A pesar de sus versos y a pesar de la dedicatoria en sus *Obras completas*: “Dedico esta colección completa de mis *Obras* en pequeña demostración de mi grande afecto a mi isla natal, a la hermosa Cuba”.²⁷ En la cadena sin fin de inexplicables reproches a su bien pasar en España, se ha especulado —casi por ocio diría yo— acerca de si la voluntaria expatriada había olvidado la tierra lejana.

En el poema que compuso por el nacimiento de la primogénita del General Serrano, Duque de la Torre, gobernador de Cuba, se percibe más un canto a la isla que un homenaje a la niña y todas sus líneas son ricas en vocablos como Almenderos, Táyaba, Tínima, Macaguanigua, Sagua, ceibas, cafetos y piñas.²⁸

Nunca pretendió ser reconocida como cantora de la patria, pero siempre estuvo dispuesta a loar a quien lo era como en el caso de José M. Heredia.

...

¡Patria númen feliz! inombre divino!
¡Ídolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?...

...

²⁷ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *op. cit.*, t. I.

²⁸ *Ibid.*

*Murió... a la tierra su despojo entrega
Su espíritu al Señor, su gloria a Cuba...*²⁹

Y hasta cuando alguna vez patentizó en sus versos su acremente juzgado amor a España, poéticamente hizo que en Cuba repercutieran las victorias de aquélla:

...
*Salve, oh pendón ilustre de Castilla
Que hoy en los muros de Tetuán tremolas
Y haces llegar a la cubana Antilla
Reflejos de las glorias españolas.*³⁰
...

Estas composiciones de tono descriptivo, de un lirismo profundo, de no poco contenido épico patriótico, fueron comunes en todo el ámbito hispanoamericano, lo mismo en el independizado que en el todavía sometido a la Península. Haciendo a un lado sus características originales particulares hay en la literatura decimonónica de América una unidad esencial que es el obvio resultado de precedentes comunes, de inquietudes parecidas y en resumen de un modo de ser.³¹

En el examen estilístico que de las letras de la autora antillana hace el tantas veces mencionado Lazo,³² éste habla del abuso del adjetivo, de las frases hechas, del léxico convencional, complejo, lleno de reiterados elementos, de redundancia y tantas cosas más; ésta es precisamente nota importante para colocar a la dama aquí comentada, en los terrenos del *ser* propio de nuestros territorios.

Anónimo articulista de *El Fígaro*,³³ al referirse a la poesía cubana de la centuria pasada decía:

Si la famosa poesía cubana... fiel a la tradición de sus más egregios cultivadores aspira a ser el verbo de nuestro pueblo... no debe invocar a otra musa que a la religión del tiempo heroico: debe ser himno y elegía, hossana de gloria y trono de apoteosis.

²⁹ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *op. cit.*, pp. 66 y 67.

³⁰ *Ibid.*, p. 345.

³¹ Para fundamentar esto: véase Agustín Millares Carlo, *Historia universal de la literatura*, apéndice; José Luis Martínez, *Poesía lírica*, p. IX; Raymundo Lazo, *Historia de la... (El Siglo XIX)*, pp. 12 a 35.

³² Gertrudis Gómez de Avellaneda, inciso 27.

³³ Otto Olivera, "Índice de la cubanidad pragmática siglo XIX", en *Revista Iberoamericana* (México), vol. 19 (1953-1954), p. 124.

Al igual que estas líneas, todo el abigarrado mundo de lo escrito y lo verbal allá por el XIX es la negación de lo conciso: oratoria, discusiones parlamentarias, periodismo, novelística y por supuesto poesía, son generalmente extensos, ambiguos, reiterados y redundantes. Y ésta, —insisto— es una característica muy americana lograda sin duda por la conjunción desproporcionada de lirismo, romanticismo y el especial gusto que por el ornato y la pompa tiene el hispanoamericano y que lo ha dotado de una sensibilidad que encuentra su mejor expresión en el barroco.

Lo que en Europa es estilo en América es esencia; hablar del barroco como estilo en un momento dado cabe en el viejo mundo, pero en el nuevo hay que hablar de *lo* barroco como toda una conducta, conducta miedosa —y por lo tanto agresiva— ante el vacío, ante la nada. Por eso el criollo, y el mestizo también, fueron esencialmente barrocos, desmesurados en esa angustia y en esa búsqueda se desbordaron —se desbordan todavía— en fantásica liberación de todo lo que supieron y supusieron les era ajeno por pre-establecido; en cuanto fue posible se intentó todo lo que estaba al alcance y que ciertamente no era mucho —experimentos políticos, expresiones artísticas, cotidiano existir (hablar, comer, vestir)— así se llegó a conformar una manera de vivir muy hispanoamericana.

Tan barroca como cualquier compañero de continente fue la Avellaneda lo mismo en lo literario que en lo sentimental y trató incansablemente de ser ella misma llenando su vida con relaciones humanas y con infinidad de páginas donde campean profusamente coloridas vivencias emocionales; recuerdo al respecto aquel parrafito maestro deliciosamente barroco que escribió en una carta a Cepeda y en el que juega con todas las gamas del ánimo —alegría, resignación, esperanza, desesperación, disgusto, dolor— en el que hay preguntas y respuestas, súplicas y órdenes:

¡Una vez por semana!... ¡Solamente una vez por semana!... Bien; yo suscribo, pues así lo deseas y lo exigen tus actuales ocupaciones. Una vez por semana te veré únicamente; pues señálame, por Dios, ese día tan feliz entre siete para separarle de los otros días de la larga y enojosa semana. Si no determinases ese día, ¿no comprendes tú la agitación que darías a todos los otros? En cada uno de ellos creería ver el amanecer un día feliz y después de muchas horas de agitación y expectativa pasaría el día, pasaría la noche, llevándose una esperanza a cada momento renovada y desvanecida, y sólo me dejaría el disgusto del desengaño. Dime pues, para evitarme tan repetidos tormentos, qué día es ese que debo desear: ¿será el viernes? en ese caso, comenzaremos por hoy; si no, será el sábado: ¿qué te parece? elige tú: si hoy, lo conoceré viéndote venir; si mañana, avísamelo, para que no

padezca esta noche esperándote. En las restantes semanas ya sabré el día de ella, que tendrá para mí luz y alegría.

Ya lo ves...; me arrastra mi corazón. No sé usar contigo el lenguaje moderado que deseas y empleas.³⁴

Intrincado sabor criollo tiene lo transcrito. Como a toda personalidad barroca, a la “peregrina” le preocupa la brillantez de lo externo, ya habíamos hablado del gusto por el adorno y la pompa, en este punto se llega lejos y se convierte en muy importante el demostrar de lo que se es capaz, sólo por demostrarlo, para que se vea, para que todos se enteren. Esta actitud es paralela a la economía de prestigio que ha normado por mucho tiempo las vidas nacionales e internacionales de los países de este lado del Océano. Todavía más, dar tono estridente capaz de llamar la atención ha sido en verdad serio motor de muchos de nuestros actos.

Esto es más evidente en el siglo XIX, el ensalzamiento alimentado y retroalimentado por ideales fantasmagóricos que suplían a carencias reales, o por logros inflados hasta el tamaño que se deseaban, fue la postura unánime de la exaltada emoción criollo-mestiza de entonces.

En literatura sucede lo mismo, así se explican igualmente un costumbrismo localista que un lirismo separado de la realidad por dar cabida a lo declamatorio y por un deseo de “escribir bien, bella y originalmente”³⁵ sin importar que la metáfora o la metonimia velen artificialmente la crudeza de lo real.

Creo que todo esto ayuda en parte a explicar el voluntario transtierro de Gertrudis; el marco de Madrid —liceos, intelectuales, agasajos, cosmopolitismo, salones— era más dorado que aquel que podía ofrecer una pequeña provincia antillana en la que difícilmente ajustaba el personalismo ostentoso de la poetisa.

El hispanoamericanismo pone en todo lo que hace gran énfasis en lo personal; su típica anarquía se explica en ciertos aspectos porque las luchas que se emprenden más que nacionales son personales, se habla de pueblos y a pueblos, pero el concepto general y abstracto desaparece en el individuo y da una tónica de preponderante personalismo. Del americanismo de Bolívar queda Bolívar; el heroísmo llanero de Venezuela se mueve en función de un hombre, Páez; la auto glorificación de Iturbide, casi deshace la independencia de México, y el primer jalón en los desarrollos nacionales americanos se da en obediencia a dictadores.

³⁴ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Antología, poesía y cartas amorosas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, pp. 103 y 104.

³⁵ Raymundo Lazo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, p. 10.

Las letras de la Avellaneda no escapan al problema, allí está ella individualista, hundida en su temática, ella autor, personaje, móvil y objetivo, debatiéndose en lo suyo como cualquier contemporáneo de sus latitudes.

Ahora bien, la diferencia casi delictiva entre éste y aquélla es que, por lo que a la mujer se refiere, lo suyo era *su amor, su pasión, sus hombres*, a los que poquísimas veces ligó con intereses políticos regionales. José María Chacón y Calvo, el gran crítico de las letras cubanas, encontraba en “el legítimo arte de la Avellaneda... la pasión, la honda pasión humana, individualísima, avasalladora, sin término”.³⁶ A confirmar que esto no era patrimonio de señoras enamoradas, sino que lo es también del carácter americano nos ayuda Hostos y Bonilla (1839-1903), uno de los grandes paisanos libertarios de Tula y que también entendía el amor como “instinto, pasión, virtud”.³⁷

Esta vehemencia ha puesto en conflicto no pocas veces al hombre de Hispanoamérica, a Hispanoamérica toda, ya que no es fácil encontrar resoluciones justas a problemas graves cuando siempre hay casi la certeza de que a la reflexión se antepone la emoción, cuando frente a la escueta realidad sólo abordable mediante raciocinio, se coloca un cristal romántico e idealizador, un poco mágico, que pronto hay que dejar de lado por anti funcional, para sustituirlo por otro con los mismos tonos.

Somos poco objetivos en nuestras tierras; democracia, ciencia, constitución política, republicanismo, industria, federación, arte, todo ha sido planteado con emotiva lírica y en consecuencia nada ha salido como se esperaba.

El pensador hispanoamericano de altos vuelos ha idealizado a escala nacional o continental (Bolívar, Rodó, Vasconcelos) realidades y posibilidades; en mucho más modestos niveles Gertrudis hace lo mismo, idealiza subjetivamente, idealiza a Ignacio de Cepeda y Alcalde que no es sino un Don Nadie y se idealiza a sí misma sintiéndose a veces una intelectual por encima de todo, y a veces una mujer débil y susceptible de convertirse en nada; idealiza a Cuba al margen del terremoto interno que la hacía pedazos:

*Sí, porque en esta patria de la hermosura
Se aspiran en los vientos gloria y ventura,*

³⁶ Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba; proceso del pensamiento político, filosófico y crítico en Cuba principalmente en el siglo XIX*, La Habana, Trópico, 1938, p. 212.

³⁷ William Rex Crawford, *op. cit.*, p. 59.

*Y hay en sus sonos
De amor y de entusiasmo palpitaciones.*³⁸

Ideal y frustración es la singular secuencia de lo hispanoamericano.

Hay otro punto en el que Gertrudis Gómez de Avellaneda coincide con sus contemporáneos de América; la mirada de nuestras jóvenes naciones tenía que detenerse ante la prosperidad y eficacia evidentes con que se desenvolvía el gigante del norte. Esto no invalida lo dicho al principio de este capítulo acerca de nuestra xenofobia, porque al fin y al cabo los Estados Unidos eran en mucho como nosotros; estaban de este mismo lado, eran también nuevos en el mundo y eran, además, tangibles fanáticos de la y las libertades. Así se explica que no sólo atrajeran el interés nacional de los países del sur, sino que en un campo más personal motivaran una sana —no vergonzosa y vergonzante como algunos pretenden— reacción de admiración en varios intelectuales y políticos hispanoamericanos: el cubano José Antonio Saco serenamente pensaba —sin deseársela— en la conveniencia de una anexión a los Estados Unidos; el chileno Lastarria bautizaba a su hijo con el nombre de Washington porque el “nombre era un himno de libertad”,³⁹ y la cubana dedicaba versos al héroe norteamericano y lo calificaba como “genio del bien”.⁴⁰

Esta admiración es una cosa que las “historias nacionales” juzgan denigrante, pero que entonces era justificable: los Estados Unidos eran símbolo del progreso, el progreso era santo y seña de todo el que pensaba, y, como muchos otros ilustres hispanoamericanos, Avellaneda pensaba:

...
*¡Salve, signo valiente
Del progreso industrial, cuyas alturas
—A las que suben las naciones lento—
Domina como rey el joven pueblo
Que lo ayer naciente en sus robustos brazos
Tomó la libertad, y que hoy pujante
De la marcha común salta los plazos,
Y asombra al mundo, que lo ve gigante!*⁴¹

Pasando a otro renglón, el hombre hispánico estuvo —y está— siempre a la expectativa de lo maravilloso: lotería, rifas, milagros, son

³⁸ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Obras completas*, p. 336.

³⁹ William Rex Crawford, *op. cit.*, p. 242.

⁴⁰ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Antología...*, p. 100.

⁴¹ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Obras completas*, p. 374.

condimentos imprescindibles de lo cotidiano común y de lo muy trascendente. Hay un continuo culto a la esperanza por otra parte muy particularmente notable en las letras cubanas del siglo pasado;⁴² Gómez de Avellaneda abordó el tema lo mismo para expresar cosas simples que para esbozar alguna idea política:

*Para mi mesa ofrecerá la oveja
su blanca leche y frutas el vergel,
agua la fuente y la industriosa abeja
panales mil de perfumada miel.*

...

*Y pasen del mundo
placeres risueños
de gloria los sueños
de amor la ilusión;
y pasen las voces
del frío ateísmo
que arroja el abismo
de estéril razón.*

*Y pasen pugnando
las viejas naciones
queriendo eslabones
eternos romper
y oprima el tumulto
legítimo dueño
y tiemble el ceño
del intruso poder.⁴³*

Creo que hay elementos válidos que nos apoyan en la consideración de que la escritora pensó y sintió como hispanoamericana.

Hispanoamericanismo y cubanía son innegables ingredientes de la personalidad avellanadiana; podríamos seguir hurgando en todos los vericuetos de ésta y siempre habríamos de encontrar rasgos que encajan en el ser y el acontecer de nuestro continente, así como rasgos que responden al calificativo particular de antillanos.⁴⁴

Como dije al principio del presente trabajo, habrá quien rasgue sus vestiduras ante la osadía de unir a Gertrudis Gómez de Avellaneda con el pensamiento hispanoamericano; tal parece que éste sólo puede ser

⁴² Véase Otto Olivera, *Cuba en su poesía*, México, Ediciones de Andrea, 1965, 217 p.

⁴³ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Antología...*, p. 33.

⁴⁴ Véase Emilio Carilla, *Hispanoamérica y su expresión literaria*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, 115 p.

observado y descubierto a la luz de activas luchas en pro de liberaciones económicas, políticas y sociales de nombre concreto (insurgentes, liberales, republicanos, revolucionarios, guerrilleros, agraristas) o a la luz de posturas filosófico-académicas también de concreto calificativo (ilustrado, positivista, marxista).

Por supuesto que no podemos incluir a nuestra autora en la lista de Morelos, Bolívar, del Valle, Sarmiento, Mora, Montalvo, Bello, Barrera o Martí, pero a pesar de todo es una mujer que piensa y que en la expresión de su pensamiento manifiesta su hispanoamericanía.

Estamos de acuerdo una vez más con Raymundo Lazo en que “ese pensar suyo no fue nunca motivo de configuración y sistematización”.⁴⁵

Y ante esto, me pregunto: ¿es Hispanoamérica como conjunto de pueblos, como conjunto de ideas y de ideales, como realidad hoy mismo, susceptible —en estricto sentido— de clasificación teórica, de configuración y sistematización al estilo de la llamada cultura occidental?

¿Por qué no aceptar entonces que el de la Avellaneda fue un caso de hispanoamericanía trasterrada?

El tema no es vano ni ocioso, creo que se justifica plenamente por que es importante rescatar todas las expresiones —aún las más modestas— del fenómeno histórico hispanoamericano, todas las que contienen algo nuestro, algo que poco a poco nos ayude a la auto-identificación y a la auto-definición hasta hoy tan movedizas, no por falta de elementos en el alud de las historias oficiales y de las imposiciones demagógicas a que obliga nuestra perpetua pugna entre lo que creemos que somos y los que somos en verdad.

LIBROS CONSULTADOS

- ABECIA, VALDIVIESO VALENTÍN, *El criollismo en la Plata; la revolución del 25 de mayo de 1809*, La Paz, Difusión, 1970, 143 pp.
- AGUILAR LEÓN, LUIS, *Pasado y ambiente en el proceso cubano*, La Habana, Ínsula, 1957, 83 pp.
- BOSCH, JUAN, *Cuba, la isla fascinante*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1955, 252 pp.
- CARILLA, EMILIO, *Hispanoamérica y su expresión literaria; caminos del americanismo*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, 115 pp.
- COSÍO VILLEGAS, DANIEL, *Excélsior* (México), 8 de julio de 1973, p. editorial.
- CRAWFORD, WILLIAM REX, *A century of Latin American Thought*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1961, 322 pp.

⁴⁵ Raymundo Lazo, *Historia de la literatura*, inciso 29.

- CHACÓN Y CALVO, JOSÉ MARÍA, *Ensayos de Literatura cubana*, Madrid, Ed. S. Calleja, 276 pp.
- CHAÍN SOLER, CARLOS, *Formación de la nación cubana*, La Habana, Granma, 1968, 124 pp.
- ENTRALGO, ELÍAS JOSÉ, *Períoca sociográfica de la cubanidad*, La Habana, J. Montero Ed., 1947, 72 pp.
- FRUGONI, EDMUNDO, *La sensibilidad americana*, Montevideo, Librería "El Correo", 1924, 250 pp.
- GAOS, JOSÉ, *El pensamiento hispanoamericano*, México, El Colegio de México, 1943, 50 pp. (*Jornadas*, 12).
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS, *Antología, poesía y cartas amorosas*, Prólogo y selección Ramón López de la Serna, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, 149 pp. (*Austral*, 498).
- _____, *Obras completas*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1864, t. I.
- LAZO, RAYMUNDO, *Gertrudis Gómez de Avellaneda, la mujer y la poetisa lírica*, México, Porrúa, 1972, XVI-106 pp. (*Sepan Cuántos...*, 226).
- _____, *Historia de la Literatura hispano-americana; El periodo colonial*, México, Porrúa, 1965, XVII-370 pp. (*Sepan Cuántos...*, 38).
- _____, *Historia de la literatura hispanoamericana; El siglo XIX*, México, Porrúa, 1965, 333 pp. (*Sepan Cuántos...*, 65).
- LEVENE, RICARDO, *El mundo de las ideas y la revolución hispanoamericana de 1810*, Santiago, Ed. Jurídica de Chile, 1956, 324 pp.
- _____, *Historia de América*, dirigida por, t. VII, *Independencia y organización constitucional*, Buenos Aires, Jackson Ed., 1940. 434 pp.
- _____, *Literatura cubana*, Madrid, Iberoamericana, s/f. 155 pp. (*Tierra firme*, 47).
- LIZASO, FÉLIX, *Panorama de la cultura cubana*, México, FCE, 1949, 155 pp.
- LUACES, JOAQUÍN LORENZO, *Cuba, poema mitológico*, La Habana, UNESCO, 1964, 131 pp.
- MARTÍNEZ BELLO, ANTONIO, *Dos musas cubanas: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Luisa Pérez de Zambrana*, La Habana, P. Fernández y Cia., 1954.
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS, *Poesía lírica*, México, UNAM, 1941 (*Biblioteca del estudiante universitario*, 30).
- MILLARES CARLO AGUSTÍN, *Historia univeral de la literatura*, México, Esfinge, 1955, 437 pp.
- NEGLIA, ERMILO, "L'evoluzione della figura del gringo nel teatro argentino", en *Quaderni Iberoamericani*, fascículo 41, Turín, 1972.
- OLIVERA, OTTO, *Cuba en su poesía*, Ed. De Andrea, 1965, 217 pp.

- _____, “Índice de la cubanidad pragmática siglo XIX”, en *Revista Iberoamericana* (México), v. 19 (1953-54).
- ROIG DE LEUCHSENDRING EMILIO, *Ideario cubano. Feliz Varela, precursor de la Revolución libertadora cubana*, La Habana, Oficina del Historiador de la ciudad, 1953, 168 pp.
- ROMERO, JOSÉ LUIS, *Latinoamérica; situaciones e ideologías*, Buenos Aires, Ed. del Candil, 1967, 87 pp.
- VILLEGAS, ABELARDO, *Antología del pensamiento social y político de América Latina*, Washington, D.C., Unión Panamericana, 1964, 604 pp.
- VITIER, CYNTHIO, *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Universidad Central de las Villas, 1958, 498 pp.
- VITIER, MEDARDO, *Las ideas en Cuba; proceso del pensamiento político, filosófico y crítico en Cuba principalmente en el siglo XIX*, La Habana, Ed. Trópico, 1938, 2 vols.

VI. EL CACIQUISMO EN HISPANOAMÉRICA
(ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE UNA ACTITUD)

*¿Del tirano? Del tirano Di todo, ¡Di más!;
y clava con furia de mano esclava sobre su
oprobio al tirano.*

*¿Del error? Pues del error di el antro, di las
veredas oscuras; di cuanto puedas, del tirano
y del error.*

José Martí

Es un hecho innegable que el caciquismo ha estado presente de manera tenaz en la historia hispanoamericana, nadie puede ignorar que el caciquismo es factor y a veces ha sido *factotum* de nuestro acontecer; desborda los encabezados de capítulos históricos, sobrepasa su brillante papel como ingrediente primordial de la atractiva literatura moderna hispanoamericana, se sale de la temática de sesudos estudios de la ciencia política y más que una forma de imposición institucionalizada a niveles de autoridad política es una actitud cotidiana que abarca toda la gama de las denominaciones estructurales de un país, desde presidente de la república, junta de gobierno o primer ministro hasta delegado de cualquier comisión agraria, líder obrero, representante estudiantil o quien sea que en forma particular u oficial encabece algo.

Más que de caciquismo y caciques se puede hablar de todo un estilo, de toda una conducta caciquil permanente.

Hablar pues de caciquismo en general —y eso es lo que aquí hacemos— nos lleva forzosamente a enfocar un pluralismo de situaciones que no obedecen en manera alguna a las ortodoxias metodológicas de ninguna de las disciplinas que pueden abordar el problema: politología, economía, literatura, antropología, historia, psicología, etcétera.

En estas líneas simplemente se hace referencia a un hecho de facetas variadísimas, a sabiendas de que cada una de ellas puede y debe

ser tratada con especial rigor científico. Si aquí no se aísla ninguna de esas facetas es precisamente porque se pretende hacer, en cierta medida, gráfica la afirmación de que el caciquismo es un modo de ser, es un ingrediente —hasta ahora inevitable— de todo un acontecer: el hispanoamericano.

No partimos de ninguna confusión al emplear el término, no intentamos pasar por alto los últimos aportes al estudio del caciquismo en los que se pretende deslindar características esenciales del mismo diferenciándolo sutilmente de otros procesos políticos con los que —se dice— se confunde, por ejemplo, el caudillismo.¹

De ninguna manera caudillo y caciques pueden encerrarse cada uno en una tipología distintiva. De acuerdo con los puntos de referencia que para evitar equívocos han señalado algunos estudiosos, es imposible afirmar que Bolívar fue un cacique, sin embargo es imposible negar que en muchos momentos, como luego veremos, el gran caudillo tomó decisiones caciquiles; es fácil calificar a Pancho Villa como cacique, pero también lo es encontrar en su vida de revolucionario etapas acordes con lo que se ha definido como un caudillo; y es que —por lo menos en Hispanoamérica— los límites entre ambos títulos son imprecisos, resbalan uno dentro del otro.

Han existido muchos caudillos, verdaderos conductores populares amados y sostenidos espontáneamente, sin presiones, por su pueblo; en un momento dado abusan de la autoridad, quizá justificando tal cosa por la necesidad de guardar el orden social y se colocan encima de la ley, la constitución, el partido, el país todo; este puede ser un gran caudillo, pero al fin y al cabo un caudillo caciquil.

El cacique tiene una clientela (amigos, parientes, “ayudantes”, co-terráneos), es oportunista, no es imprescindiblemente terrateniente como señala el sociólogo mexicano Rodolfo Stavenhagen,² pero sí goza de cierta tranquilidad económica susceptible de mejorar con rapidez y espectacularidad, es comerciante (compra, vende, cambia, encarece mercancía), presta o regala dinero, tiene una posición monopólica, es influyente, es muy “macho” y es disciplinado con los que lo sostienen, cosa que lo convierte en “eslabón en la cadena de la estabilidad”.³

El caciquismo es una forma de poder despótico que “se ejerce más allá del ámbito y alcances de las instituciones formales”,⁴ es un vicio

1 Véase Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques* (Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez), México, El Colegio de México, 1972.

2 Rodolfo Stavenhagen, “Los Caciques”, en *Excelsior* (México) (15 de enero de 1974) p. 7A.

3 *Ibid.*

4 *Ibid.*

orgánico y funcional de ciertos gobiernos, un influjo abusivo propiciado por regímenes débiles, por corrupción, o porque la tarea administrativa por sus muy especiales e inesperadas características de tamaño y calidad sobrepasa las posibilidades humanas.

Ahora bien, el monopolio, el acaparamiento, el negocio de la usura, el “influyentismo”, el “machismo”, el alineamiento, el oportunismo, el menosprecio al orden moral legal o social, todo en múltiples modalidades puede convertirse en molde no sólo de jefes políticos sino de instituciones y personajes muy diversos: presidente municipal, gobernador, bancos agrarios, asociaciones de crédito ejidal, comisionados del gobierno, diputados, parientes y compadres de “los de arriba”, jefes de zonas militares o poderosos representantes de la iniciativa privada; también podemos poner en la lista a ingenieros encargados de campamentos importantes para realizar obras públicas y hasta a capataces mientras los son, por supuesto todos debidamente situados en el escalón que les corresponde.

El dictador a la alta escuela no se diferencia esencialmente del cacique pueblerino; el caso es más notable en el campo, el medio urbano concede la facilidad de disfrazar todo y aun de hacerlo con cierta elegancia, pero la postura mental es la misma, los esquemas psíquicos son idénticos, lo que varía es la expresión, la forma que siempre estará en relación directa a la posición cultural, económica y social del “jefe”.

El “jefismo” es postura corriente en México; el jefe es circunstancial y proporcional, en la oficina es el que ocupa los privados, para el chiquillo que ase a los zapatos, jefe es todo aquel que en cada momento utiliza sus servicios, para un elevadorista lo son todos los usuarios, y “jefes” es palabra común para aludir al padre y a la madre; algo similar sucede en Bogotá donde los vendedores ambulantes y mendigos doctoran a todo aquel de quien esperan ser favorecidos. El hecho de adornar indiscriminadamente con títulos (jefe, doctor) lleva implícita por ambas partes (quien lo da o quien lo recibe) la aceptación de una autoridad también indiscriminada, sin límites precisos; se aplican calificativos que no corresponden a la realidad absoluta pero que en un momento dado confieren cierto poder que —y aquí está una pequeña expresión caciquil— se ejerce en la medida que se puede.

Nuestra historia es una historia interminable de cacicazgos, no aludimos únicamente a los famosos (Páez, Santa Anna, Álvarez, etcétera) sino a esa disposición del ánimo presto siempre a colocarse, a la primera oportunidad, en el lugar del mando cualquiera que sea, simplemente para detentar el poder también en la medida que sea, no sólo el poder político del estadista —obviamente el que más ambiciones acapara—

sino el poder en todas sus formas grandes y pequeñas, el poder administrativo de un director de empresa, el poder doméstico de un padre de familia, el poder económico de un concesionario o rentista, el poder X prefabricado por un amigo o compadre.

Poder, eso es lo que se busca en cada caso; más que administrar, más que conducir, más que educar, lo que se quiere es mandar con o sin preparación para ello, con o sin derecho para hacerlo, por eso la gran área hispanoamericana está plagada de actitudes caciquiles que cubren la horizontalidad histórica y la verticalidad de las estructuras sociales.

Todo es revestible de poder porque de todo se hace una actividad política, o sea una actividad de gobierno y mando; esto es notorio hasta en la privacía hogareña donde el cabeza de familia (aunque en la actualidad las cosas están cambiando), tiene el cetro de una especial primacía que cae fuera de denominaciones establecidas, el padre hispanoamericano manda, disfruta la categoría de gran jefe porque “para eso paga los gastos”, no guía, no educa, es “el señor”, como se le llama todavía, es libérrimo para hacer lo que le viene en gana, nadie puede reprocharle o acusarle; si tiene dos o tres familias con todas se comporta igual; esto sucede en todos los estratos de la sociedad caracterizándose en cada caso sólo por la opulencia o por la pobreza.⁵ Del mismo modo el maestro rural enseña pero hace de la escuela lo que quiere; el alcalde de ciudades capitales o de pueblecitos pequeños no administra, ordena: hágase, póngase, tírese, constrúyase; así es como se deshacen joyas arqueológicas, se destruyen tesoros arquitectónicos, en señal de progreso se echa cemento sobre magníficos e históricos adoquinados, se horadan torres de venerables templos, se contaminan ríos o se hacen desviar arroyos por interés personal; así es como el rico propietario de terrenos boscosos los tala y los convierte en páramo o tira un monumento para construir un estacionamiento de automóviles.

En todo lo que hemos apuntado queda patente la imposición temporal y circunstancial de voluntades múltiples, inconexas, discontinuas, *caciquiles*.

El estado continuo de guerrillas, subversión, revuelta, revolución, o por defecto indiferencia y escepticismo, anuncia la presencia de algo que sugiere coacción, arbitrariedad, falta de unidad, ausencia de anhelos comunes, desintegración, inseguridad, personalismo exacerbado que lleva a cada uno a luchar por sus muy individuales y a veces indefinibles ideales; de allí la confusión, por ejemplo, de movimientos estudiantiles que no se sabe si son contra el rector o contra el gobierno,

⁵ Véase Oscar Lewis, *Antropología de la pobreza*, México, FCE, 1972.

de movimientos obreros en los que no se discierne si van contra el capitalismo o contra el líder, de movimientos campesinos que se ignora si van enderezados contra el pueblo vecino o contra una disposición del Estado. Tal ambigüedad y anarquía procede de, y genera a su vez —haciendo un círculo—, conductas caciquiles.

Debo insistir en que esto es palpable en todos los campos; cada grupo o persona, lo mismo intelectual que artesano, en cuanto puede consigue su ínsula, da sus decretos, cierra y abre las puertas a su antojo, hace tabú lo que le place: cerrados núcleos de escritores con ideología común, herméticos sindicatos aristocratizados, verdaderas mafias magisteriales, intelectuales, comerciales, políticas y hasta religiosas en donde la actitud caciquil es más grave porque se sintetiza en un núcleo que va a ejercer, en cuanto pueda y sobre los que están a su alrededor, una real y verdadera tiranía; de esa manera las posibilidades de convivencia están limitadas por la voluntad de quien o quienes mandan en cada caso: partido, junta, comandante, director de publicaciones, galería de arte, escritores “boom”, etcétera.

Cuando la convivencia se limita estamos ante una situación excluyente de todo aquello que no sigue el propio ritmo. ¿Podríamos argumentar que esto no es caciquil?

Al revisar la historia del exilio político —voluntario o impuesto— encontramos que las naciones donde este fenómeno tiene una incidencia que lo convierte casi en institucional son España y las de Latinoamérica; el exilio es sintomático de un clima de represión, de represalia, de venganza, todo esto es a su vez expresión de una fuerza que se impone como sea a todos y a todo, es decir expresión de un quehacer caciquil. En países donde la situación es más estable y la represión y el exilio no alcanzan formas tan acabadas hay otros medios de reducir a la nada la disensión: dejar hablar sin oír, cargos diplomáticos impuestos, incorporación —mediante algún jugoso encargo— al círculo discriminador dejando así de ser discriminado, amenaza latente de pérdida de empleo o de disminución de compensaciones, etcétera.

Hace mucho tiempo que Hispanoamérica no es parte de un gran dominio imperial, si embargo vive un colonialismo interno que explica por sí mismo la supervivencia de “caciquitos”; hay toda una serie de actitudes colonialistas de funcionarios locales y federales, actitudes arbitrarias, ilegales, anticonstitucionales,⁶ que tienen al fin y al cabo el tinte de cacicazgo. En Hispanoamérica las cosas no han sucedido en la forma que el resto del mundo considera regular; muchas irregularidades que

⁶ Véase Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI Editores, 1975, cuadro p, p. 243.

necesariamente se dieron y se siguen dando en nuestra parte continental tienen que ser apoyadas por otras, en esta forma se perpetúa el caciquismo y se logra cierta estabilidad lo mismo en el gobierno que en la empresa privada y hasta en la familia; se establece así un singular conubio entre lo permitido y la transgresión, para sostener las fórmulas de lo primero a través de la aceptación tácita de lo segundo.

El tema es importante no porque Hispanoamérica esté sensacionalmente de moda como campo de observación científica, como fuente de conjeturas sobre lo que es y lo que no es o como atractivo laboratorio dinámico donde proliferan las más insólitas conformaciones sociológicas, antropológicas, politológicas, etcétera; es importante sobre todo para nosotros los hispanoamericanos en cuanto ayuda a comprender una serie de situaciones contemporáneas remediables en la medida en que se conozca su causa, es decir en la medida en que se vaya esclareciendo su raíz histórica porque el caciquismo hispanoamericano —costumbre, estilo, actitud, vicio— no es sino el legítimo producto de precedentes históricos.

Si la biología no acepta la generación espontánea, la historia menos; ésta es válida en cuanto se liga al presente como antecedente; ni el pasado es cosa fantasmal, ni el hoy es aparición milagrosa brotada de la nada, por lo tanto podemos explicar en parte la vigorosa supervivencia del caciquismo acudiendo a precedentes comunes de los pueblos de Hispanoamérica.

¿Qué es lo común entre las gentes de estas regiones? Evidentemente lo hispano que impuso en sus dominios vivencias homólogas, conviene pues recurrir a algunos datos de la historia española que nos ayuden a entender el porqué de posturas caciquiles y lo pertinaz de las mismas.

A fines del siglo XV España era una nación consolidada, una realidad histórica caracterizable por sus elementos irreductibles e irrepetibles; integrada y definida a lo largo de la Reconquista contaba con todos los datos para ser considerada un país moderno; centralización del poder, unidad lingüística, lengua vernácula gramatical y literaria, sentido de nacionalidad, importancia de la clase media, ingerencia de la burguesía en las empresas estatales, economía mercantilista, política hacendaria, ejército profesional, gran comercio exterior, flota mercante, uso de los adelantos técnicos, promoción cultural humanística, aceptación y difusión de la imprenta. Pero también —¡oh singular personalidad!— era un país de profundos lineamientos medioevales: sentido religioso de la vida, anhelos caballerescos, sentido del honor y la hidalguía, ideas de cruzada, supervivencia de instituciones medioevales (ferias, cofradías, gremios, encomiendas, etcétera).

En esta dicotomía histórica España llegaba al punto de despegue para su dispersión por el mundo; la península mediterráneo atlántica, erosionada por el hombre que desde los horizontes de Neanderthal y aún antes la invadía, la poblaba, la explotaba, la conquistaba y la vivía, no tenía mucho que ofrecer; era el suyo un suelo gastado por el ir y venir de moros y cristianos, un suelo pisoteado por el ganado de la Mesta, la parte fértil, seca después de la toma de Granada y la expulsión musulmana, un suelo repartido y adornado con privilegios expoliadores en pago a la ayuda prestada a los Católicos Reyes para lograr la afirmación del poder castellano aragonés. A nada podían ya aspirar los españoles de enmedio cuyo número había aumentado considerablemente; en tan peculiar coyuntura fue encontrada América.

La empresa de Indias tuvo características muy propias, entre ellas la de haber sido eminentemente popular. ¿Quiénes pasaron a hacerla? Todo el pueblo español, la clase media, la burguesía que o tenía el dinero para financiar las tareas, la buena fama para encabezarlas o nada más que la voluntad para invertir juventud y trabajo; no sólo gente como los Pinzón o el gran Pedro de Gante sino albañiles, carpinteros, frailes, estudiantes, escribanos, zapateros, notarios y rufiancetes fueron atraídos por el gigantesco empeño de adueñarse de aquel nuevo mundo tan grande que jamás le vieron el fin, y muy rico justamente en aquello que satisfacía las exigencias de un naciente capitalismo: oro y plata, reservas para avalar todo el prestigio español.

Y aquel hombretón generalmente rudo que dejó el terruño y empeñó su hacienda para tomar parte en alguna expedición, que navegó, padeció hambres, que quizá fue torturado por malarías y tuvo que beber varias veces agua hedionda, se convirtió en “señor”. En España no tenía cabida, pero sí en Nueva España, en Nueva Granada, en Nueva Vizcaya; se le concedieron tierras, se le encomendaron indios, tal vez se le dio un título de nobleza que no embonaba ni con trabajo ni con inversión. Estos hombres del siglo XVI, que trasladaron al mismo tiempo que la imprenta estructuras feudales, experimentaron una sorprendente regresión aristocratizante que los convirtió de empresarios en atesoradores.

Burgueses de clase media transformados en señores de horca y cuchillo, en dueños de vidas y haciendas; el improvisado señorío matizado con el tinte de lo americano y modificado por la atmósfera del *novum orbis* iba a resultar en un muy peculiar estilo de caciquismo indiano y criollo.

La administración española nada escatimó para meter a las nuevas tierras en el marco de su propio acontecer, todo se pasó a América,

pero todo salió diferente a lo previsto. España trataba de unificar, estudiaba continuamente los problemas; juristas y filósofos, teólogos y políticos buscaban las fórmulas para hacer del continente recién hallado una España ultramarina pero no fue posible y se originó un nefasto dualismo entre la doctrina y la realidad.⁷

Al redactarse las leyes de Indias se creaba un monumento legislativo a la defensa y a la elevación moral de aquellos para quienes estaban pensadas, pero eran de todo punto irrealizables porque se legislaba para un mundo heterogéneo, disperso y no conocido en su totalidad, con el criterio unificador político de la Corona y con el criterio universalista del catolicismo; esto originó “a lo largo de toda la vida jurídica colonial un positivo divorcio entre el derecho y el hecho”,⁸ sucedió que gran parte de la población quedó a merced de la arbitrariedad de autoridades y encomenderos.

Al establecerse los virreinos quedaba explícito que el Estado se reservaba todos los derechos respecto a América, pero ni América —inmensa, insospechada, inexplicable, múltiple— ni las ambiciones del pueblo descubridor y conquistador —riqueza y prestigio a cambio de sus hazañas— encajaban en la ortodoxia de un gobierno absolutista y hubo de establecerse un juego que iba de las cadenas de sujeción más rígidas a las concesiones y privilegios personales más flexibles.

La teoría del Estado español se manifestaba en sus sistemas políticos centralizadores, en sus procedimientos económicos precapitalistas primero, monopolistas después, en sus principios sociales legendariamente jerarquistas y en sus pensamientos religiosos mesiánicos, pero la realidad del suelo indiano se interpondrá modificando todas esas manifestaciones.

Por lo que respecta a funciones de gobierno, el virrey —poder nominal sagazmente controlado— estaba prácticamente incapacitado para cortar abusos; más aún, sus actos estaban limitados por el mismo medio que le rodeaba; de esta suerte la relación autoridad-individuo se desarrolló desde el primer momento en una larga sucesión de profundos desajustes y las funciones de mando hubieron de ser ejercidas a través de una colorida, complicada y variada urdimbre, que si bien es cierto que arrancaba sólida y uniforme del Consejo de Indias o del trono, se descomponía en miles de hilillos al repartirse en estas tierras dando lugar a innumerables formas de poderío, a infinidad de situaciones auténticamente caciquiles que se perciben desde el primer momento;

⁷ Véase Julio Icaza Tigerino, *Sociología de la política hispanoamericana*, Madrid, Diana, 1962, Capítulo segundo.

⁸ José María Ots Capdequi, *El Estado español en las Indias*, México, FCE, 1965, p. 13.

en las guerras civiles de los conquistadores del Perú, los sociólogos de la Historia pueden ver ya como un lejano antecedente del futuro caudillismo hispanoamericano...; Francisco de Aguirre en Chile y Francisco Fajardo en Venezuela actúan ya en el siglo XVI como auténticos caudillos, saltan sobre el marco de las leyes y coliden con la administración real.⁹

Habíamos ya señalado que los conquistadores enriquecidos y poderosos se volvieron Donés. ¿Quién podría decir en qué capítulo de esquemas sociológicos establecidos cabría este grupo de esforzados aventureros?, ¿como entes socioeconómicos qué calificativo exacto los define? No hay ni esquema ni calificativo; modernos y feudales, levantiscos pero leales a Dios y al Rey, soberbios y con graves escrúpulos de conciencia, blasfemos y devotos, otrora aldeanos, menestrales o hidalgos pobretones, hoy señores ¿son calificables? no en el contexto del pensamiento mundial; “América posee su realidad la cual a su turno exige un método de clasificación *ad-hoc*”.¹⁰ Todo en América tuvo y tiene que adecuarse; los altos funcionarios más que gobernar debían arbitrar, disminuir discordias y diferencias, no suscitar hostilidades;¹¹ es de imaginar que cada arbitraje llevaba consigo enorme dosis de subjetivismo determinado por los más variados y encontrados intereses personales, por la época, por la situación reinante, por tantas cosas.

También influyó en la solidez de tan tempranos anacronismos administrativos la enorme distancia entre todos los puntos de población que impedía cualquier intervención permanente, regular y sistemática.

Conocer los virreinos, recorrerlos simplemente, era tarea imposible; se gobernaba por informes y al aceptar éstos tácitamente se daba crédito a cada informante y se admitía cierta autoridad local, que “mientras más lejana” era más necesaria y útil para el centro rector y por lo tanto más tolerada y menos intervenida.

Las concesiones casi obligadas estaban en proporción directa a la lejanía y a las dificultades de la comunicación. Sobre casi 4 millones de kilómetros cuadrados tan sólo en el virreinato de la Nueva España¹² se pretendió plantar el imperialismo español, el dominio se extendió *de facto*, pero imbuir a fondo sus principios e ideales, crear un conjunto

⁹ Mariano Picón Salas, *Suramérica (Período colonial)*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953, p. 13.

¹⁰ Luis Alberto Sánchez, *Análisis espectral de América Latina*, Buenos Aires, Losada, 1962, p. 30.

¹¹ Véase Luis Mercier Vega, *Mecanismos del poder en América Latina*, Buenos Aires, Sur, 1967, pp. 86 y ss.

¹² Véase Enriqueta García de Miranda y Zaida Falcón de Gyves, *Atlas de la república mexicana*, México, Porrúa, 1972, pp. 14 y 17.

articulado y activo participante en la vida colonial hispánica, no fue posible.

La desproporción geográfica americana —los Andes, los llanos, las selvas, las pampas, las sierras— determinó la desproporción entre la magnitud de la empresa y las posibilidades de quienes la intentaban; enormes áreas quedaron prácticamente fuera de la estructura colonial desarrollándose al placer y antojo de aquel que por privilegio, por audacia o por casualidad ostentara el título de autoridad.

Con muchos lugares se establecieron comunicaciones pero éstas siempre fueron defectuosas no únicamente en obediencia a la geografía sino a otras circunstancias; el gigantismo territorial hacía que los caminos fueran pocos, malos e inseguros; la inexactitud, lentitud e inoperancia en la comunicación origina lo que se llama “entropía de mando... o sea una constante pérdida de valor, un desnivel de signo negativo entre la orden y los resultados obtenidos por quien la recibe”.¹³ En tal desnivel cada uno actúa según interpreta, las interpretaciones hechas de acuerdo a muy particulares conveniencias gustos o deseos abonan el campo para posturas caciquiles.

Sabemos que se trató de evitar el abuso y la extralimitación, se oían quejas y se les daba curso, muchos funcionarios supieron de duras sanciones, todo prueba que el sistema preveía desmanes pero físicamente no se podía llegar hasta los confines de los virreynatos porque además ¿donde estaban y cuáles eran esos confines?

Complicó el asunto otra de las formidables armas de dos filos de la administración hispana, la burocracia, que a partir de la Rábida crecía incesantemente a cada legua que se descubría y poblaba. El centralismo monárquico tan celosamente cuidado obligó a “una minuciosidad reglamentarista”¹⁴ que le servía de sólido armazón pero que al mismo tiempo embrollaba en gran manera los trámites; cualquier negocio tenía que cruzar un pletórico estrato de intermediarios que hacía difícil la expedición y comunicación de resoluciones, por esto cada quien tomaba la suya “mientras” (característica expresión latinoamericana que se usa todavía para justificar las medidas improvisadas que se adoptan en tanto el caso se resuelve oficialmente); estas determinaciones, “mientras”, a veces han regido cien o doscientos años. Es explicable que el que tuviera capacidad dictara los “mientras” y los impusiera a los demás. El enfadoso papel ayudó —y ayuda— a consolidar verdaderos señoríos feudalescos y también pequeños pero longevos “podercitos”. A base

¹³ Emilio Mira y López, *Temas actuales de psicología aplicada*, Buenos Aires, Oberón, 1965, p. 142.

¹⁴ José María Ots Capdequi, *op. cit.*, p. 12.

de violencia o de dádivas ambos se autorreforzaban cada vez más ante la incertidumbre de intervenciones inesperadas (órdenes, revocaciones, reformas) que no por esporádicas dejaban de poner en peligro cierta lograda estabilidad; tampoco se sabía del todo los verdaderos y temibles alcances que podía llegar a tener en un momento dado la administración central; esta inseguridad vigorizaba, como mecanismo de defensa, las posiciones tiránicas.

Otra faceta de la burocracia era la discriminación, lo más importante de la dirección pública en tierras colombianas se encargaba a peninsulares que eran extraños a aquéllas, tenían sus intereses —económicos, sociales, familiares— en España, no les angustiaba la urgencia de una buena situación porque, entre otras cosas, precisamente por tenerla eran escogidos.

Los grandes burócratas cumplían la tarea —unos con rutinaria mediocridad otros con positivo brillo— y volvían a su patria, difícilmente podían llegar a entender estas regiones. Cuando hubo alguno —y sí que lo hubo— capaz de modificar las cosas, obstaculizaron sus empeños las instrucciones, los informes, los juicios de residencia, los prepotentes oídos y hasta las suspicacias eclesiásticas.

Entretanto los americanizados señorones avocados en este continente lo amaban y lo explotaban, se mezclaban con su gente y la maltrataban, predicaban normas y obraban según su pura voluntad viviendo de este modo una singularísima dualidad de paternal pero tremendo cacicazgo.

Contribuyó también al fomento y fortalecimiento de actitudes caciques la falta de cohesión social determinada en gran parte por los precedentes indígenas a saber: heterogeneidad de los grupos autóctonos de América pre-europea, fuertes divisiones clasistas dentro de cada uno de esos grupos, tensiones separatistas subyacentes en los dominios de los grandes imperios, existencia de tribus aún sin ideas de agrupación social o política. Los españoles se plegaron al clasismo prehispánico de las grandes hegemonías, recordemos por ejemplo como —respetando jerarquías— fundaron escuelas para cada estrato social aborigen;¹⁵ asimismo en varias ocasiones se dejó actuar libremente a caciques indígenas a cambio de mantener sus territorios en paz.

A estos elementos de dispersión se unieron otros, fruto de la Conquista misma: criollos, mestizos, negros, mulatos, etcétera.

¿Cómo integrar una sociedad coherente con tan disímbolos y hasta irreconciliables factores?. ¿Si no hay cohesión, cómo establecer contac-

¹⁵ Véase Francisco Esteve Barba, *Cultura Virreinal*, Barcelona, Salvat Editores, 1965, cap. V.

tos entre dirigentes y dirigidos?. ¿Cómo ligarlos entre sí y a España? La relación congruente sólo pudo establecerse de españoles a españoles, a partir de estos arrancaban las subrelaciones, las subautoridades, los subgrupos; tal *status* era insostenible sin ayuda de imposiciones, abusos, violencia, concesiones arbitrarias y disimulos en cadena. No era factible una distribución armoniosa ni de la administración, ni de la riqueza, ni de la cultura, todo agravado por un anacrónico reparto demográfico, sin duda uno de los elementos que más propician la existencia de grandes y pequeños cacicazgos.

La disposición a lo caciquesco tenía un buen escenario en ciertos guiones socioeconómicos españoles trasladados a este hemisferio: economía de prestigio, mayorazgo y monopolio. La ceremonia de prestigio exigía cosas (tierras, casas, carruajes) y la impresión física de señorío (caballos, trajes, criados, porte altivo); el prestigio social se fincaba en la extensión que se poseía, en la influencia ejercida, en el ascendiente sobre autoridades locales, en el número de campesinos dependientes de la bondad del amo que sin poder ocuparse personalmente de los asuntos también delegaba funciones en sub-amos (mayordomos, capataces) muchas veces temibles por rapaces y altaneros.

Aunque las formas cambiaran, las cosas en la ciudad eran esencialmente iguales; grandes casatenientes, comerciantes y funcionarios vivían una economía de prestigio tal vez más exigente porque la urbe circunscrita a menores dimensiones obligaba a la competencia, cada uno en su sitio debía mantener frente al vecino la imagen de “señor”.

El monopolio y el mayorazgo conformaron un concepto de acumulación de todo, de riquezas, honores y hasta de nombres y apellidos; la idea de compartir no cabía en ese molde mental, así entendemos el porqué del nepotismo y del “amiguismo” tan propios de Hispanoamérica hasta nuestros días, “la imbricación de los negocios y de la administración con las relaciones familiares y la política”¹⁶ puso y pone tiránicas barreras, cacicales empalizadas a las aspiraciones de los demás.

Caracteres psicológicos comunes en el indio y el hispano hicieron que de ese modo se aceptaran cosas; ambos eran gentes en espera de lo maravilloso, Bernal Díaz afirma que Santiago peleaba con ellos, pero sólo era visible a algunos elegidos; los nahoas vivían la más trascendente de las angustias a la expectativa de la voluntad divina, el traumatismo inca no los libraba de la pretensión de convertir todo en huaca.

¹⁶ “Government and development: managerial attitudes in Latin America”, en *Journal of Interamerican Studies*; apud Luis Marcier Vega, *op. cit.* p. 27.

Españoles y nativos refieren todo a un ultramundo, no se limitan a admirar y respetar a quien se impone sobre ellos sino que lo mitifican; esto unido a un profundo individualismo los hace incapaces de oponerse —hoy como ayer— a quien hace ostensible su individualidad¹⁷ y a quien generalmente atribuyen un toque carismático, cosa que coopera a la exacerbación de tipos caudillescos, caciquiles, o mejor digamos “mandones”. El *himself made* no es tan admirado en Hispanoamérica porque es más fácil impactar el sentimiento que el intelecto; bien dice Waldo Frank¹⁸ que “los dictadores clásicos... fueron hombres que apelaron a la emoción del pueblo”. Creo que en el presidencialismo de varios países (México, Nicaragua, Guatemala) hay una actitud mutua, un trato pueblo “señor presidente” que es de sumisión y admiración por un lado, de imposición y verbo paternalista por otro que mucho recuerda la relación Tlatoani-macehual,* inca-puric.**

Por simple razón de causa a efecto, es decir, en función de antecedentes histórico-geográficos, el grupo en el que el caciquismo logró sus más pulidas formas fue el de los criollos y mestizos blancos.¹⁹

Criollos y mestizos eran el resultado menos esperado, el menos sospechado siquiera por los grandes castellanos imperialistas, pero era también el más notorio, creciente e inquietante de los resultados de la Conquista.

De lo mucho que se ha dicho acerca de la idiosincrasia criolla y mestiza hemos de tomar algunos datos que avalan nuestra comunicación. Desde que los primeros criollos (nombre que desde este momento usaremos genéricamente incluyendo los dos grupos mencionados) tuvieron edad para demostrarlo se notó su rebeldía, tenían excepcionales dotes para ser especialmente peligrosos: dinero, acceso a la cultura, ocio, ingenio, espíritu crítico; eran los más capaces para proyectar su iniciativa individual, pero como ésta no estaba en los planes del absolutismo Habsburgo y Borbón los nacidos en América se sintieron relegados cosa que aumentó su peligrosidad porque apareció el rencor que —según dicen los psicólogos— es acumulativo; llegado el momento ellos levantarán la bandera de la independencia.

Los americanos captaron y vivieron el estilo señorial de sus antecesores, su postura fue siempre aristocratizante pero no regresiva a for-

¹⁷ Cecil Lionel Jane, *Libertad y despotismo en América hispana*, Buenos Aires, Imán, 1942, p. 199.

¹⁸ Waldo Frank, *América Hispana*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937, p. 150.

* Señor azteca y hombre del pueblo.

** Señor inca y hombre del pueblo.

¹⁹ Véase Julio Icaza Tigerino, *op. cit.*, cap. cuarto.

mas medioevales que les eran totalmente extrañas, su elitismo era americano pero tan excluyente como el europeo; la idea de señorío tomaba en el criollo caracteres *sui-generis*, menos sobrio que el español y más barroco, los ánimos tiránicos más ricos y expresivos.

No estaban comprometidos ni con la cosmovisión metafísica del hispano ni con la nostalgia indígena de la grandeza perdida, esto les simplificaba el “vive como quieras”; contumaces perdedores de tiempo unos, abúlicos funcionarios menores otros, intelectuales pasivos muchos, pero todos elegantes, cultos, dispendiosos, barrocos en el comer, en el hablar, en el vestir; ingeniosos y resentidos disfrutaban y abusaban a mayor placer lo que tenían, apenas una migaja —pensaban ellos— de lo que les correspondía.

1810 marcó el arranque hacia la libertad. ¿Qué anhelaban concretamente los criollos? Todo era ambiguo salvo el deseo de mando, de prestigio para ellos, no para compartirlo con las grandes masas marginadas; querían ocupar, y lo lograron, la superestructura doctrinaria y funcionaria, jurídica y burocrática manejada tres siglos por españoles.

Sobre cualquiera otro interés prevalecía el del mando y el del prestigio:

Estábamos como acabo de exponer abstraídos y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y virreyes pocas veces... militares sólo en calidad de subalternos.²⁰

“tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones”.²¹

Afán de mando y sueños de gloria no podían ser por entonces más que patrimonio de criollos, eran los únicos que habían tenido tiempo y oportunidad para llegar a concebir tales propósitos, su convivencia con poderosos, sus incursiones en la cultura y su dinero los predisponía a ello; “los hombres que movieron y en definitiva realizaron la emancipación pertenecían a una clase claramente definida... oligarquías criollas”,²² legítimo producto de la estratificación colonial.

²⁰ Simón Bolívar, “Carta de Jamaica”, *apud* Rafael Bernal Medina, *Ruta de Bolívar (Espiritual y geográfica)*, Cali, Norma, 1961, p. 62.

²¹ Simón Bolívar, “Discurso de la Angostura”, *apud* Daniel Guerra Iñiguez, *La Revolución Americana*, Caracas, Ávila Gráfica, 1949, p. 53.

²² Jaime Delgado, *La Independencia hispanoamericana*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1960, p. 44.

Cuando ya libres de la metrópoli aquellos oligarcas tuvieron ocasión de actuar, se lanzaron en pos del mando creando en Hispanoamérica ese paisaje decimonónico de los grandes y ampulosos dictadores, hacendados o estancieros y toda la pléyade de complacientes ciudadanos y funcionarios que caciquilmente habrían de apoyarlos; la desmesura criolla se desbordó anárquicamente hacia el ansiado poder, pero la verdad es que la mayoría de los grandes caudillos no supieron qué hacer con él. En la antigua Nueva España, Iturbide se hizo proclamar Agustín I, Nueva Granada fue arrastrada a la dictadura;

Bolívar creó el primero de los feudos militares en obsequio a sus más destacados compañeros de campaña, a Páez le dio Venezuela; a Flores le entregó Quito; dejó a Montillas en Magdalena y no pudo impedir que Urdaneta se apoderara a traición de Cundinamarca.²³

Si cayéramos en el vicio de medir con las unidades del pensamiento estrictamente europeo lo dicho restaría méritos al Libertador, pero no es así porque Bolívar era un hispanoamericano del siglo XIX.

Tiranos y tiranuelos, grandes y mezquinos tienen su explicación;

Rosas es una resultante social: primero porque es consecuencia de la anarquía y de las crisis sucesivas de los gobiernos... Rosas representa por una parte la garantía de la paz para hacendados, propietarios, la clase comercial e industrial... la psicología social de la época determinaba su creación, fundado en los sentimientos de cansancio y desaliento colectivo, en los instintos de la plebe inculta que era la mayoría.²⁴

América se hacía libre del mismo modo que había nacido: violenta, inesperada, traumáticamente; para mantener la precaria estabilidad conseguida era preciso delegar y conceder favoreciendo la creación aquí y allá de cacicazgos de todas clases, en todos los niveles y de muy variados alcances.

Asonadas, cuartelazos, dictaduras y hasta tratados internacionales no se hicieron sino para llegar a los sillones principales y hacerse sostener por los demás; so pretexto de pacificación y seguridad los dictadores se eternizaron en el poder, y en más de una ocasión los tratados internacionales fueron firmados haciendo concesiones a potencias extranjeras a cambio de sostener regímenes o personajes que mientras más caciquiles más útiles resultaban para el servicio de intereses ajenos.

²³ Joaquín Tamayo, *Nuestro siglo XIX (La Gran Colombia)*, Bogotá, Cromos, 1941, p. 246.

²⁴ Ricardo Levene, *Historia de América* (dirigida por), T. V, p. 179.

El tema es interminable, hemos de concluir que el “tipo” del cacique es muy difícil de ser perfilado con nitidez, pero que las actitudes caciquiles a pesar de estar sumergidas en la complejidad hispanoamericana son visibles a lo largo de la historia y en la vida contemporánea.

Hoy el terreno todavía es propicio, tenemos que admitir que grandes masas rurales y urbanas de esta parte continental han sido y son indiferentes a todo ejercicio político, social y cultural, siguen formando núcleos al margen, son objeto de propaganda nacionalista y elementos útiles a la demagogia, disponibles para colmar las ambiciones de modernos caciques.

Sin embargo —¡oh, nuestras paradojas!— en toda manifestación del pensamiento desde los primeros insurgentes hasta nuestros días se hace continua profesión de fe democrática, republicana, constitucionalista; hay reiterada devoción a las garantías y a la justicia, no obstante, pensamiento y realidad no son congruentes. Estamos sin duda ante un grave conflicto de adecuación entre lo que se desea y lo que se puede; hay atrás un pesadísimo trasfondo histórico que nos estorba porque no lo hemos asimilado.

Quizá se piense que —con cierto masoquismo— hemos hecho la glosa de una de nuestras grandes desgracias; no es así, es sano hablar de ello; cuando Hispanoamérica sea capaz de resistir su historia y descubrir los vericuetos de sus errores empezará a encontrar sus caminos.

LIBROS CONSULTADOS

- BELLINI, GIUSEPPE, “Visión del dictador en la literatura Hispanoamericana contemporánea”, en *El Urogallo (Revista literaria)* (Madrid), núm. 2 (abril-mayo de 1970), pp. 31-39.
- BERNAL MEDINA, RAFAEL, *Ruta de Bolívar (Espíritu y geográfica)*, Cali, Norma, 1961, 215 pp. ils., mapas.
- BULLEJOS, JOSÉ, “Fuentes para el estudio político y social de América Latina”, en *Ciencias políticas* (México), año VI, núm. 19 (1960).
- CIRIA, ALBERTO, *Cambio y estancamiento en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1967, 164 pp.
- DELGADO, JAIME, *La Independencia hispanoamericana*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1960, 120 pp.
- DÍAZ DÍAZ, FERNANDO, *Caudillos y caciques (Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez)*, México, El Colegio de México, 1972, 354 pp.
- DUSSEL, ENRIQUE D., *América Latina, dependencia y liberación*, Buenos Aires, F. García Cambeiro, 1973, 228 pp.
- ESTEVE BARBA, FRANCISCO, *Cultura Virreinal*, Barcelona, Salvat Editores, 1965 (*Historia de América*), t. XVIII, 1019 pp. ils.

- FRANK, WALDO, *América Hispana*, Santiago de Chile, Ercilla, 1973, 343 pp.
- GARCÍA DE MIRANDA, ENRIQUETA Y FALCÓN GYVES, ZAIDA, *Atlas de la república mexicana*, México, Porrúa, 1972, 197 pp.
- GARZARO, RAFAEL, *La Sub-América*, México, Aconcagua, 1972, 287 pp.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO, *La democracia en México*, 5a. ed., México, Ed. Populares Era-4, 1972, 332 pp.
- _____, *Sociología de la explotación*, 42 ed., México, Siglo XXI Editores, 1975, 291 pp.
- GUERRA IÑIGUEZ, DANIEL, *La revolución americana*, Caracas, Ávila Gráfica, 1949, 142 pp.
- ICAZA TIGERINO, JULIO, *Sociología de la política hispanoamericana*, Madrid, Diana, 1962, 343 pp. (*Ensayos políticos*).
- JANE, CECIL LIONEL, *Libertad y despotismo en América hispana*, Buenos Aires, Imán, 1942, 224 pp.
- LEVENE RICARDO, *Historia de América* (Dirijida por), T. V.
- LEWIS, OSCAR, *Antropología de la pobreza*, México, FCE, 1972, 302 pp.
- MATILLA RIVAS, ALFREDO, "Los Jefes" (y las coordenadas en la obra de Vargas Llosa), en *El Urogallo (Revista literaria)* (Madrid), núm. 4 (agosto-septiembre de 1970), pp. 54-61.
- MATTEIS, EMILIO DE, *La abulia mental en Latinoamérica*, Buenos Aires, La Mandrágora, 1963, 94 pp.
- MERCIER VEGA, LUIS, *Mecanismos del poder en América Latina*, Buenos Aires, Sur, 1967, 245 pp.
- MIRA Y LÓPEZ, EMILIO, *Temas actuales de psicología aplicada*, Buenos Aires, Oberón, 1965, 193 pp.
- OTS CAPDEQUI, JOSÉ MARÍA, *El Estado español en las Indias*, 4a. ed., México, FCE, 1965, 184 pp.
- PACHECO, FRANCISCO, *La Cuban Land y el caciquismo político en San Juan y Martínez*, La Habana, Instituto de Historia, 1968, folleto s/p.
- PICÓN SALAS, MARIANO, *Suramérica (Período colonial)*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953, 52 pp.
- RIBEIRO, DARCY, *El dilema de América Latina (estructuras del poder y fuerzas insurgentes)*, México, Siglo XXI Editores, 1971, 358 pp.
- ROBERTSON, WILLIAM SPENCER, *Rise of the Spanish-American Republics*, Nueva York, D. Appleton Century Company, 1943, 560 pp.
- RUSSELL, BERTRAND, *Autoridad e individuo*, 5a. reimpresión, México, FCE, 1973 (*Brevarios*, 15), 127 pp.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Análisis espectral de América Latina*, Buenos Aires, Losada, 1962, 240 pp.

- STAVENHAGEN, RODOLFO, "Los Caciques", en *Excelsior* (México) (enero 15 de 1974), p. 7A.
- STOKES, WILLIAM S., *Latin American Politics*, Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1959, 538 pp.
- TAMAYO, JOAQUÍN, *Nuestro siglo XIX (La gran Colombia)*, Bogotá, Cromos, 1941, 398 pp.
- VARIOS AUTORES, *Hispanoamérica en la lucha por su independencia*, México, Cuadernos Americanos, 1962, 368 pp.
- ZAVALA, SILVIO, *El mundo americano en la época colonial*, México, Porrúa, 1968, 2 vols.

De ciertos modos para aprender

VII. LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE AMÉRICA (ERRORES Y ESCOLLOS)

Lo que aquí expongo es un simple testimonio; y si bien no todos los testimonios son de fiar, creo que éste lo es porque viene protegido con un modesto cobijo de autenticidad, y, por ende, con su esperanzado deseo de credibilidad. Mi aval —sin nada extraordinario en su haber— son 25 años de enseñar historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, en un área del conocimiento histórico traumático, y hoy (sin hipérbole) hasta peligroso para la integridad intelectual, el prestigio académico y para la mínima tranquilidad que se supone en la existencia de quien hace vida de aula o de biblioteca. El área a que me refiero es historia de España e historia de América y a las peripecias que semejantes historias engloban, sobre todo alrededor de la conjunción 1492.

Dice un aforismo que “la mejor manera de aprender es enseñar”; así que, metida de lleno —por imperativos que no es del caso mencionar— en la descomunal tarea de enseñar lo que ya he señalado, empecé a reflexionar sobre el por qué de nuestra autoincomprensión, de nuestra desubicación en el mundo, de nuestros desajustes internos y externos, de nuestra soledad en vez de solidaridad, y, en congruencia con mi quehacer profesional, encontré que en gran parte todo ello se debe a nuestra enormemente deficitaria conciencia histórica, lo que hace presumir *ipso facto*, la presencia de un devaluado modo de enseñar la historia, desde el nivel primario hasta donde cada ciudadano llegue, que generalmente y para nuestra desgracia, no es más allá de una precaria educación primaria.

Lo curioso, lo increíble y sólo explicable en el espacio geohistórico mexicano (y latinoamericano en general) es que si sobre algo se habla en abundosa palabrería; si hay algo que se invoque en discursos, artículos, proyectos nacionales, fiestecitas familiares y fiestones, es nuestra historia, nuestras tradiciones, nuestro glorioso pasado, nuestros imponentes héroes, lo “nuestro”. Este es uno de los países en donde frente a todo se trae a cuento la historia.

Más aún, proporcionalmente es uno de los sitios donde hay más historiadores con título (profesionales); más estudiantes de licenciatura en historia, y más aspirantes a ocupar cubículos de investigación “pura”, lo que nos reporta obviamente un enorme número de frustrados profesores de historia. Y esto es grave por lo que tiene de síntoma: en el fondo se trata de un caso de “malformación histórica” de jóvenes que se percatan poco o nada de que, entre las urgencias de nuestros países está —sin apelación— la enseñanza adecuada de la historia, la docencia de una historia bien hecha, de una historia que nos dé la dimensión de nosotros mismos y nos coloque en el sitio debido entre el mundo; que nos permita —como pueblo— ser interlocutor de otros pueblos, y que nos lleve a entender (y a vivir en consecuencia), que somos singulares, pero no somos los únicos en la faz de la Tierra; que somos los dueños de nuestro destino pero no vivimos en un coto encristalado o amurallado; que no sigamos confundiendo la singularidad con el nacionalismo, el nacionalismo con la autosuficiencia verbal, la autosuficiencia verbal con la madurez, la madurez con la demagogia, la demagogia con la historia y la historia con el folklore.

En fin, que aprendamos y enseñemos una historia más a tono con lo que el mundo actual nos pide; con los requerimientos de una convivencia universal más estrecha en un planeta cada más intercomunicado, en que el nacionalismo que caracteriza a la época moderna y contemporánea empieza a salirse de sus fronteras, porque el nacionalismo no es algo infinito, es una etapa de la historia, no es *desideratum* de la humanidad hasta el fin de los tiempos, y ante esto, la propuesta principal, por ahora, debe ser la absoluta necesidad de meternos en serio a tratar de entendernos, de definirnos, de autoconocernos para poder ejercer una universalidad creada a partir de nosotros mismos y para poder superar la perspectiva de universalidad dentro de la cual no tenemos espacio preciso, e insisto en que para esto nos será útil en buena medida el estudio de la historia de América. Podríamos caer en la tentación “nacionalera” de lo estrictamente propio, lo demarcado al sur y al norte, lo gobernado por nuestras instituciones, otra vez ¡LO NUESTRO! Pero esto ya no puede pensarse, ni menos hacerse así, por varias razones.

Primero, porque el plazo de ese nacionalismo moderno y contemporáneo que “surgió de un exaltado culto al yo”,¹ es perentorio.

Segundo, porque en consecuencia ya no es tiempo de buscar la nacionalidad individualista, sino la continentalidad racionalmente basada en los factores de unidad.

¹ Wyndham Lewis, *Carlos de Europa, emperador de Occidente*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940, p. 16.

Tercero, porque la historia tiene que ser el apoyo de esa continentalidad que no es optativa, sino obligatoria (si hemos de sobrevivir).

Cuarto, porque la aprehensión de la continentalidad lleva implícita la de cada una de las nacionalidades latinoamericanas, sin menoscabo de ninguna.

Dicho sencillamente, tenemos que saber historia de América. Así pues, parto de una afirmación general (descontadas las ilustres excepciones, las señeras golondrinas que no hacen verano): los latinoamericanos tenemos un serio compromiso (epistemológico, ontológico y axiológico); tenemos encima el problema de conocer, de ser, de valer; nuestro compromiso es del tamaño del continente, y no podremos cumplirlo en tanto no sepamos a ciencia cierta qué somos, por qué somos, para qué somos, y la mejor prueba de que no podemos contestar a estos qué, por qué y para qué es que todavía estamos en un forcejeo de denominación, no de nosotros mismos, sino del hecho histórico que nos dio entrada a la cultura llamada occidental. Cuando digo que “nos dio entrada”, no pretendo esconder con esta expresión todos los —tal vez— inconfesables alcances que puede suponerse se agazapan en los recovecos de “acomplejadas circunvoluciones cerebrales”.

Más aún —cosa muy grave—, no nos ponemos de acuerdo sobre qué hacer ante el aniversario cinco veces centenario del mencionado hecho histórico: ¿debemos llorar o reír?, ¿debemos vestir galas o tocas de luto?, ¿debemos caminar seguros sobre la tierra fecunda que guarda nuestro origen?, o ¿debemos echar vitriolo hasta quemar la última yerba para no dejar vestigios ni de nosotros mismos? Tenemos que admitir que esto tiene que ver —por lo menos en buena parte— con errores de conocimiento histórico, con omisiones y confusiones y en el mejor y más notable de los casos con el hacer de lado el interés y el compromiso de nuestra latinoamericanía.

Sabemos muchas cosas de América, son innumerables e insuperables los magníficos y lúcidos estudios sobre temas de América, pero lo que no hemos aprehendido del todo es la plena conciencia histórica; no hemos llegado al apercibimiento no teórico, sino existencial, vivido, respirado, metabolizado, de lo que significamos, de los que nos hace ser lo que somos y no otra cosa. Estoy cierta de que tal vez lo que digo suene agresivo para algunos oídos; quizá se piense que sobre este asunto ya no vale discutir porque tiene el olorcillo rancio de una flor disecada ante el “rigor” de los métodos vanguardistas en ciencias sociales, métodos por los que ya fuimos y vinimos; pero no estemos tan seguros.

Recuerdo ahora un párrafo de Machado:

Nunca os aconsejaré el escepticismo cansino y melancólico de quienes piensan estar de vuelta de todo. Es la posición más falsa y más ingenuamente dogmática que puede adoptarse. Ya es mucho que vayamos a alguna parte. Estar de vuelta ¡ni soñarlo!²

La mejor prueba de que no hemos regresado, más aún, de que ni siquiera vamos por el camino cierto del problema de América, es que todavía no lo hemos entendido.

Ahora bien, el hecho de haber irrumpido —vía península ibérica— a la primera hegemonía moderna occidental, ocasiona un súbito, ininterrumpido y creciente interés de todos los tipos en torno al continente recién hallado.

Europa toda nunca dejó de fijar su atención en las ubérrimas y enormes extensiones de este continente. Poco a poco fueron compartiendo este interés todos los sitios del mundo.

La Europa de aquel momento, la soberbia Europa del Renacimiento; soberbia lo mismo en el sentido de esplendor y magnificencia que en la acepción de pecado capital atentatorio contra todas las humildades, no podía pensar, no podía “aceptar” el nuevo continente mas que a su imagen y semejanza. Pasó el tiempo, España dominó sobre islas y continente; Portugal engrandeció su imperio con el Brasil; Inglaterra y Holanda, cien años más tarde, se establecían en Cap Cod, en Manhattan, en Virginia.

Es decir, se conforman fundamentalmente tres procesos históricos, distintos entre sí, pero sobre una masa terrestre común, engendradora de novedades.

Una de tales novedades es nuestra Latinoamérica, “objeto histórico” —según expresión de José Gaos— que aparece en el suceder de la cultura occidental a fines del siglo XV y principios del XVI, momento desde el que empieza a fraguar una realidad americana singular y con ella un pensamiento irreductible a cualquier otro.³

Mientras esa América Latina fue las Indias Occidentales (posesión española), todo lo que allí pasaba era cargado a la conciencia de España; bueno o malo, todo se endosaba a la cuenta de la Corona y ya.

² Mauricio Roberto Díaz, *Antonio Machado y la educación*, México, SEP-El Caballito, 1985, p. 23.

³ Véase José Gaos, *El pensamiento hispanoamericano*, México, El Colegio de México, 1943, 50 pp. (*Jornadas*, 12).

Pero llega la independencia, lucha continental simultánea y con un mismo objetivo; la América sin la presencia política de España crece, expresará sus ideas, tendrá y causará nuevos problemas, por sí misma soñará en el mundo y el mundo se irá inmiscuyendo cada vez más adentro y cada vez con más diferenciados objetivos en este espacio continental tan ruidoso, tan extraño, tan inmenso, tan vulnerable, tan orgulloso, tan rebelde, tan folklórico, tan rico y tan deseado. Escribió Lucien Fevre: “¿cómo no estremecerse de apetencia y de deseo ante esta América tan diversa, aparentemente tan incitante, en realidad tan arcaica en conjunto, tan exasperante para el observador inteligente?”⁴

Latinoamérica no es una curiosidad, ni una rareza, es un conjunto de países que sus mismos habitantes deben conocer en serio, al igual que al resto del mundo, porque ocupa un gran espacio en el globo terráqueo; porque representa la segunda o tercera posición de unidad lingüística mundial, por su peso histórico en cuanto a culturas primitivas y en cuanto a parte de la primera hegemonía moderna, por su potencialidad inédita, etcétera.

Es verdad que se ha incrementado actualmente el interés académico. Más de 500 centros en el mundo se dedican a los estudios latinoamericanos: en Corea, China, Japón, Israel, Italia, Rumania, Bulgaria, Alemania, Kenia, Francia, Inglaterra, Holanda, Canadá, Estados Unidos, España, Trinidad Tobago, y en muchos más.

Pero ¿cómo se ha visto y cómo se ve hoy en el mundo a Latinoamérica? Pues según quién la ve: como reserva de energéticos, como amenazante bomba demográfica de tiempo, como un laboratorio de los más estrafalarios experimentos políticos, como abastecedor de materias primas, como campo de misiones religiosas de todas las sectas, como lugar de turismo todavía barato (Acapulco, Mar del Plata, Río, Viña del Mar, Punta del Este, y tantos más), o como vivero de sugestivas especulaciones internacionales respecto a préstamos y cobros de deudas incalculables en cifras de vuelo espacial. Es también un reto a la literatura contemporánea, ya que es difícil superar la fertilidad dentro de la narrativa enmarcada en fascinantes escenarios naturales y humanos donde campea lo real, maravilloso y mágico.

Desde los años 30, América Latina, empieza a entrar en los currícula como materia del conocimiento, como disciplina del saber, y varios años después cientos de estudiosos en el mundo entero ordenan, sistematizan y escriben sobre estas tierras y sus problemas. Desde siempre

⁴ Kontezke Richard, *América Latina. La época colonial*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1972, p. 2.

todos han intentado (y lo han logrado muchos de ellos) intervenir —a su modo— en los procesos de las repúblicas luso e hispanoparlantes.

Francia nos necesitaba con una denominación que la incluyera (a Francia) en la vanguardia de una porción del globo y nos bautizó. Así, Iberoamérica, Hispanoamérica, Indoamérica, Amerindia, Eurindia y varios más, han sido términos en la liza por la dominación; gana Latinoamérica, nombre creado por Napoleón III refrendado por Charles de Gaulle como —repito— expresión de un intento imperialista cultural encabezado por las antiguas Galias que restauraría el maltrecho prestigio del inmenso mundo de habla romance y formaría un bloque latino para competir contra el bloque anglo. De este modo nos convertimos en los latinoamericanos; los Estados Unidos se adueñan del nombre americanos (que corresponde a todos los del continente) y nos dejan como los *latins*. Ilustrativa es la apropiación abusiva de un término que indica la pertenencia a una porción geográfica para darle un sentido idiomático y un sentido hegemónico.⁵

Por supuesto que en varias universidades de Estados Unidos se estudia a Latinoamérica; y en los programas y en los campos de trabajo que proponen se aclaran hacia dónde se dirige su interés; estos campos de trabajo son: consejeros comerciales, empresarios, diplomáticos, agentes de inteligencia, técnicos en comunicación y otros.

En cuanto a la URSS, se prefiere el estudio de movimientos revolucionarios e historia de las ideas, pero las dos potencias usan la historia de Latinoamérica, y a través de su historiografía se enfrentan ideológicamente: la URSS, en su tiempo, analizó los hechos para atacar al imperialismo, primero español, después norteamericano; ejemplos al respecto son Rudenko, Lavrov, Alperovich.⁶ Desde luego que los estudios hechos en Francia, en Estados Unidos y en la Unión Soviética son independientemente de sus connotaciones historiográficas irreprochables, pues nada se puede reprochar a quienes han hecho libros congruentes con su yo.

Y nosotros ¿cómo enfrentamos el proceso histórico latinoamericano? Por supuesto —¡faltaría más!— que se investiga, que se protege (a veces) el patrimonio artístico, monumental, histórico; que se editan libros (muchísimos) pero... no hemos logrado la certeza de nosotros mismos, la certeza que nos da la historia, la certeza del origen, la certeza del crecimiento, la certeza de la maduración, la certeza

⁵ Véase José Luis Abellán, *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, Istmo, 1972, caps. 2 a 4.

⁶ Véase Juan A. Ortega y Medina, *Historiografía soviética iberoamericanista, 1945-1960*, México, UNAM, 1961, 193 pp.

de la realidad presente, y por ende no contamos con la relativa, pero tranquilizadora, certeza del futuro.

Esto no ha estado a nuestro alcance debido a un conocimiento que ha sido abordado a partir de múltiples errores de nuestra historia.

Más que hablar de problemas de método, debemos hablar de problemas de aproximación a la historia latinoamericana; de obstáculos que nos impiden el uso de una metodología adecuada; de escollos que nos dificultan el ser más científicos y menos viscerales y dogmáticos, cosa ésta que nos cierra las puertas de la investigación y de la explicación, que nos limita posibilidades heurísticas y hermenéuticas (de selección e interpretación).

Nuestro primer gran obstáculo ha sido y es el no aceptar la situación. Si todavía no se dirimen —puesto que se siguen discutiendo— temas como identidad e integridad, es obvio que hay angustia existencial de falta de conciencia.

Prueba irrefutable de ello es la enorme y constante bibliografía de traumática búsqueda: Mariátegui tras la interpretación de la realidad peruana; Víctor Andrés Belaúnde esforzándose también por definir la peruanidad, y Picón Salas frente al enigma de venezolanidad; Cardoza y Aragón en pos de lo guatemalteco; Ezequiel Montes y su empeño por una radiografía de la pampa, y Antonio S. Pedreira haciendo lo propio en su interpretación puertorriqueña; la perióca sociografía de la cubanidad de José Laín Entralgo, Roberto Prudencio y su sentido del Kollasuyu como base de lo boliviano; Rubén Franklin Meyer que hizo historia social argentina para describir el país que se busca a sí mismo.

Por supuesto que no hemos olvidado a los clásicos de la expresión latinoamericanista: Rodó, Martí, Bolívar mismo; Lastarria, Bilbao, Vasconcelos, ni a todos los que hoy, en un esfuerzo más continental trabajan solidaria y científicamente, aunque no menos angustiados: Leopoldo Zea, Abelardo Villegas, Arturo Andrés Roig, García Laguardia, Miró Quesada, Milliani, Cruz Costa, Darcy Ribeiro, Arturo Ardao, y tantos más. Imposible no mencionar la brillante serie de “lo mexicano” impulsada por aquella otra talentosa búsqueda del ilustre transterrado Gaos que perdió la patria, trasladó su drama a México, y fue el maestro de jóvenes filósofos que, después de Samuel Ramos, se inquietaron por su propio ser y en espléndida labor intelectual se dieron también a buscar su patria.

Y si por fin hemos de encontrarla, hay que partir del hecho innegable de nuestras carencias y nuestros desvíos en el conocimiento histórico de América Latina y decidírnos, por lo menos, a llevar cuenta de cuáles son y en dónde están los errores y los escollos.

Son muchos: de las formas de usar el método, de periodización, de regionalización, de terminología, de omisión, amén de varios otros de pura y llana confusión. Es obvio que aquí no vamos a resolver los problemas, simplemente hemos de hacerlos notar. No podemos seguir hablando de nuestros problemas como

abstracción metodológica o como nostalgia de sobremesa, sino como empresa de diagnóstico crítico, para el cual todo aprovechamiento de metodologías es positivo si se somete a una tamización crítica o selectiva, para no caer en modas e implantaciones dogmáticas. Más que de modas, estamos urgidos de modelos construidos a partir de nuestra propia reflexión diferenciadora de la cultura que estamos produciendo.⁷

Aherrojarnos —para hacer la historia de este continente— en un método porque así lo proclaman los “integrados”, los “identificados” e “identificables”, y los que en vez de pedir prestado “prestan”, es de un sonrojante neocolonialismo del que urge salir. Y creo que —de paso— valdría la pena pensar en ¿qué es el rigor? ¿a qué se le llama rigor científico en historia? ¿son citas, archivos, libros, o concordancia con los jerarcas del ramo en turno o con la ideología personal? Creo que no se debe seguir usando el término como se ha hecho hasta ahora, con alevosía y ventaja, para legitimar arbitrariedades que lesionan la valiosa pluralidad del pensamiento.

También el problema de la periodización es grave. Generalmente se hace una división tosca en el caso de la historia de América: época prehispánica, época colonial, época independiente y época contemporánea.

Es claro que la época prehispánica ocupa mucho espacio escolar y profesional en los países donde florecieron importantes culturas anteriores al Descubrimiento, y así debe ser, pero hay que incluir también un estudio conjunto de la heterogeneidad prehispánica, es decir, se debe entender que la existencia y la calidad de ciertas manifestaciones culturales o la ausencia de éstas determina en buena medida el modo práctico de dominio que ejercerán los conquistadores posteriormente.

Tener una noción clara de esta heterogeneidad y sus características sobresalientes, nos permitiría entender cuál fue el resultado de la transculturación española en el Tahuantinsuyu incaico, entre las tribus charrúas de Uruguay o en la sofisticada teocracia mexicana.

⁷ Domingo Milliani, “Regionalismo, universalidad y tecnocracia. Tres escollos de la cultura latinoamericana”, ponencia presentada en el simposio *Las ideas del Descubrimiento*, en México, noviembre de 1984, inédita.

Mal podemos hablar de Alán García; mal podemos entender la sostenida artificialidad de los problemas Estado-Iglesia en México; y mucho peor nos resultará captar el por qué de la democracia chilena hasta antes de Allende, si no sabemos más de la idiosincrasia de esos pueblos, parcialmente determinados en unos por supervivencias indígenas, y en otros por ausencia de éstas.

En algunas partes de América, elementos culturales indígenas permanecieron en convivencia con los esquemas hispánicos y modificaron las cosas, y en ocasiones silenciosamente dictaron conductas a los dominadores europeos, quienes tuvieron que hacer concesiones e inclusive plegarse a aquéllas.

Me pregunto por otro lado, ¿en qué nivel cultural establecido por las teorías de la historia de las culturas colocamos a las del predescubrimiento de este continente nuestro? ¿Recolectores, aldeanos, campesinos, urbanos, imperialistas?

Aztecas e incas constituyen —se dice— imperios, se extienden por otros territorios, los dominan, los utilizan. Los aztecas escriben, los incas no lo hacen pero cuentan, calculan matemáticamente, tienen una avanzada técnica agrícola, y una bien organizada y funcional red de caminos. ¿Cómo se pueden clasificar?

Una periodización groseramente generalizada o simplistamente apegada a los establecido no sirve para entender a América.

Latinoamérica tiene que estudiarse en dos direcciones cronológicas bipolarizadas: del Descubrimiento hacia atrás, para aprehender el trasfondo prehispánico heterogéneo, y hacia adelante, para captar la posibilidad de unidad por la homogeneidad española.

La cuestión de la terminología es sin duda insoslayable; enriquecer el discurso histórico (digo enriquecer, no prostituir, ni barbarizar), haría más justo e inteligente, menos confuso, el conocimiento de nuestra historia.

Hablar de imperio incaico, azteca, romano o inglés implica hegemonía, anexión, pero no explica las cuatro realidades históricas mencionadas. El Tahuantinsuyu tiene que ser llamado y entendido como eso, como el Tahuantinsuyu según lo nombraron los que lo inventaron; pero además hay que crear la terminología adecuada a las categorías culturales, políticas, económicas, sociales (dicho sea en el más estricto sentido histórico), de los pueblos prehispánicos. Hoy se confunden por ejemplo, federalismo y libertad; todos los países tienen una constitución y se habla de república y democracia, cosa que cada uno entiende sabe Dios cómo, pero desde luego no como lo que realmente significan, pues nos asusta llamar a las cosas por su nombre. ¿Por qué no producimos la terminología apropiada a nuestra originalidad?

De la historia colonial (etapa con una perfecta y bien definida unidad cronológica y terminológica) se nos transmite una visión libresca y dogmática del pensamiento español, pero poco se nos dice de las reacciones que le impuso el medio ambiente, de las cosas de gran trascendencia que en cada lugar se pensaron a futuro largo y que fueron cortadas, o, lo que es peor, echadas al rincón a raíz de la Independencia. Así aumentan las confusiones y en lamentable metamorfosis se pasa del uso inadecuado de un término a suicidas errores conceptuales.

So pretexto de nacionalismos se hace una historia ceñida, encasillada en fronteras arbitrarias —territoriales y cronológicas— y por lo tanto desintegrante; so pretexto de vanguardismo se hace una historia insólita, desarticulada de su pasado europeo al que sólo se alude como accidente, y so pretexto de autodeterminismo se ignora a Estados Unidos como factor histórico definitivo.

En torno al problema de la regionalización, hemos de señalar que por ahora los países latinoamericanos mismos vivimos empecinados en hacer una historia deformada por fronteras impuestas en atención a intereses facciosos; en una regionalización esterilizante (que suponemos patriótica): la región ístmica separada en cinco pedazos; se nos olvida que Colombia y Venezuela históricamente se hicieron cuando eran juntas la Gran Colombia, y que ésta contaba con lo que hoy es Panamá; Perú y Bolivia unidos caminaron todo el tramo de un pasado prehispánico y una administración colonial; Chiapas y Guatemala, separadas son ininteligibles, y sin hacer la historia común de California y Sonora no entenderemos serios problemas de frontera.

Después de la independencia, la regionalización, marcada por conveniencias políticas, toma carta de nacionalismo histórico absoluto, y cada país se estudia como estanco; es más, tan absurda situación hace que los intereses latinoamericanos se partan en trocitos al paso de su liberación, lo que ocasiona de hecho —a más de otras cosas— la intervención de todos los poderosos del mundo, desde el momento mismo en que se inicia la lucha por la emancipación: allí tenemos a O'Leary asesorando a Bolívar; a J. Poinsset recorriendo México y después fortaleciendo la masonería que dividió a los insurgentes desde su aparición; alguna vez, atacando a Buenos Aires, los ingleses ejercían su creciente poderío; Estados Unidos acaparaba la industria azucarera en la Cuba del siglo XIX; Inglaterra se quedaba con Belice, a México lo gobernó un austríaco, y hasta hace muy poco dos potencias trataron de “salvar a Nicaragua” y casi destrozan el istmo centroamericano.

Como algunos de nuestros graves pecados de omisión mencionaremos el poco interés, o el interés a medias en el estudio de la historia de

España, pues ésta no puede ser abordada en forma lateral sino absolutamente imbricada en el devenir de nuestro continente.

España, al encontrar nuevas tierras, ejerce su peculiar dominio en el que son características sustanciales la transculturación, el mestizaje, y el poblamiento; desde entonces la Península y América tendrán similitudes existenciales, experiencias paralelas, fracasos comunes.

América entra en la historia y en la geografía universales al mismo paso que el imperialismo español, paso moderno y popular, es decir los pueblos prehispánicos aparecen frente a la conciencia y al conocimiento del mundo occidental en pleno Renacimiento.

A partir de ese momento, los procesos históricos de las regiones conquistadas se conectan con los procesos españoles, no en función de una colonia a la manera fenicia o la manera inglesa, sino en función de un alargamiento de la Península, de otra España ultramarina, de una España que se trasladó literalmente, que se mestizó, que pobló, que se plantó con objetivos de perennidad, que impuso —sin opción— todo lo suyo. Permítaseme insistir en que ahora no importa si todo eso lo hizo con la espada, con la cruz, con el látigo o con la marca de hierro candente; simplemente lo hizo hace 500 años y el hecho no es ignorable, porque es un cimiento común, es un elemento *sine qua non* en la explicación de lo latinoamericano.

La idea imperial española se conforma en un espacio geográfico muy disperso, pero integrado por una política totalizadora; asimismo, se produce en una época determinada. El espacio geográfico comprende, en sus demarcaciones, a los países americanos hispanoparlantes. La época del mero hecho concreto de la dominación ultramarina corre entre 1492 y el siglo XIX con sus dos enclaves anglosajones, 1810 y 1898.

Tenemos que aceptar pues, que España y Latinoamérica han pertenecido al mismo espacio geográfico e histórico durante la misma etapa, sin perjuicio de las peculiaridades que imponían procesos diversos previos, sobre todo donde éstos habían tenido la relevancia suficiente para fundamentar una trascendencia que llega hasta nuestros días, como en Mesoamérica o en la región andina.

Como continente, para lograr la historia integral, que a la vez nos integre con unidad histórica frente al mundo, no podemos apoyarnos en la mentalidad quéchua, ni en el pensamiento náhuatl. Hemos de hacerlo en una mentalidad criollo mestiza, en la que está implícita (por supuesto entre otras) de principio y sin remedio la presencia de España.

Ni tan siquiera todos los habitantes de la República Mexicana pueden acudir a los contenidos esenciales de lo náhuatl o lo maya para

explicación de sí mismos; de hacerlo quedarían si elucidar ciertas zonas del país y sectores importantes de su población.

Hay que estudiar la historia de América en acción conjunta, simultánea y sinérgica: a Tenochtitlan y a Sevilla, a Tiahuanaco y a Cádiz, a Cuauhtémoc y a Extremadura, a Loyola y a los guaraníes.

Sobre la consideración del mosaico geohistórico y de la dispersión y aislamiento entre los grupos que habitaban la gran extensión americana precolombina, el historiador debe ser capaz de recrear la acción de la cultura hispánica. Hablamos de un gran quebrado con varios numerales (lo prehispánico) y un común denominador (el postdescubrimiento).

La otra gran omisión para el conocimiento de la historia Latinoamérica, es la ausencia en ésta de la de Estados Unidos, a los que siempre aludimos de algún modo para anatematizarlos, para hacerles reclamaciones, o para traer a cuento algunas reflexiones sobre nuestro ámbito y el de aquéllos, reflexiones que, pretendiendo ser comparativas, sólo resultan competitivas. En síntesis, no estudiamos a los vecinos del norte.

En nuestro proceso histórico, después de la independencia, pasamos del espacio y el tiempo histórico de un imperialismo integrador y permanentemente asentado (español) al de un imperialismo desintegrador, intermitente e intervencionista (norteamericano).

Las acciones hegemónicas de cualquier potencia, justamente por su potencialidad, se proyectan a todas las partes del mundo conocido, aunque no en la misma medida. En esta posición de indudable ejercicio del poder a escala mundial se impone una historia conjunta de dominador y dominados, con un grado de vinculación totalmente proporcional al grado de relación entre ellos.

En los siglos cercanos a la era cristiana, la mitad del mundo era latino, obligado por el imperio de Roma. Poco se puede entender de lo que sucedió entre los siglos XVI y XVIII en casi todos los ámbitos de la tierra al alcance de la técnica de entonces, sin la consideración de la dualidad medieval renacentista española. Hoy, España, Latinoamérica, y con ambas el resto del mundo, asumen un papel, en gran parte determinado por el poderío estadounidense.

La historia en estos términos debe tener más características de universalidad que de localismo, pero no es así.

En sus momentos de auge, los imperialismos generalmente se sienten inmunes a la influencia de hechos históricos característicos de los pueblos más débiles sobre los que se imponen. Desdeñan en cierto modo el estudio de influencias recíprocas, de acciones sinérgicas que los alcanzan, aunque de modo más leve. Son acciones modificadoras

algunas veces de su existir, pero no son su existir mismo. Por otro lado, los dominados caen en la humana tentación de rechazar, en inútil reprensalia, el conocimiento de otras historias que no sean las suyas; reclaman singularidad, originalidad absoluta y se refugian en islas históricas, pretendidamente nacionalistas, ignorando igualmente las acciones que a ellos no sólo los rozan, sino que los envuelven vitalmente.

No es que América Latina y España hayan coincidido en coyunturas históricas definitivas en sus procesos históricos, es que han sido factores de un mismo proceso. Cuando ese proceso se rompe, Latinoamérica se adhiere, sin reservas, al óptimo modelo norteamericano. ¿Cómo ignorar —sin enquistarse en un tremendo déficit de conciencia histórica— las historias de esos pueblos?

En el siglo XIX, España se hundía en la sima del desprestigio internacional. Estados Unidos se elevaba hacia un futuro prometedor. La América Hispana sin la España, con un enorme vacío de poder y una economía desquiciada, volvió los ojos a lo más cercano y brillante: una república federal, democrática, capitalista.

Se planteó en las mentes americanas una sencilla ecuación: medioeval, inquisitorial, conservador, igual a lo español católico; republicano, moderno, progresista, igual a americano liberal. Latinoamérica cayó, inerme, en el campo de acción de la influencia estadounidense.

El estudio de la historia de los Estados Unidos, no puede, no debe ser —para los latinoamericanos— ni un tema optativo, ni un tema despreciado, y mucho menos totalmente ignorado; tampoco debe abordarse como respuesta a un muy personal impulso de curiosidad científica o de odio concentrado.

Si Jefferson se sentía un iluminado, o no, carecería de importancia si del hecho no desprendemos que no se trataba de una manía personal, sino de una vivencia colectiva vigorosa, inspirada en la convicción profunda de la ortodoxia puritana que reforzaba cualquier intento de engrandecimiento territorial y económico.

Si la anexión de tierras del norte de la antigua Nueva España se explica únicamente como vulgar rapacidad, no habremos aprendido nada; pero si se entiende como la concreción de un destino misional que debía llevar hacia el nacionalismo, el progreso y la expansión, habremos aprendido que vivir cerca —unos más, otros menos— de los Estados Unidos es un problema que afecta nuestro ser, nuestra escala de valores y nuestro autoconocimiento. Esto nos molesta porque no somos capaces de manejar el problema. Recordemos que no se puede manejar —en sentido de conducir la habilidad— lo que no se conoce y no se acepta como una realidad.

Creo que la obligatoriedad del estudio de la historia norteamericana no es discutible porque no se trata tan sólo del hecho de estar en la misma masa continental; ni del hecho de la vecindad que impone un trato estrecho y continuo que, desde el cortés saludo hasta el cañoneo, ha pasado por todas las complicadas fases de la relación humana; ni de la tensión que generan nuestras coincidencias liberales de derecho y nuestras formidables discrepancias de hecho, todo ello entretrejado en un intrincado ir y venir de norte a sur y de sur a norte que llena nuestro lapso histórico del XIX y el XX. Se trata de algo más sutilmente penetrante.

Si España es la historia misma de Latinoamérica y viceversa, Estados Unidos es la intromisión selectiva de acuerdo a sus intereses en turno.

Como esto no es más que un señalamiento de fallas de nuestro propio estudio, debo recordar también que nuestra historia, como disciplina del conocimiento, es geográfica. La geografía no se incluye al nivel de su importancia; la geografía de América es personaje fundamental en todo el acontecer histórico: Bolívar, sin los Andes, quizá habrá sido un héroe disminuido; Páez sólo era posible en los llanos venezolanos; Sarmiento no se explica en otro sitio que no fuera Buenos Aires, sin indios y frente al mar, mirando hacia Europa; si Cuba no fuera puerta del Golfo, no habría llegado Fidel (¡cuánto necesita el Golfo a un Braudel!). El papel del estuario del Plata no ha sido bien definido, ni en las incursiones piratescas inglesas, ni en la historia de la Banda Oriental, ni en la grandeza argentina. Quizá en Chile prendió por largo tiempo la democracia, por su lejanía histórica, y perdió cuando la ciencia y la técnica acortaron las distancias. Tal vez México le deba una columna de homenaje al Río Bravo, nada más por serlo y por estar donde está. Por supuesto que en todas las historias se considera la geografía como el habitat, el medio donde algo se desarrolla. En América es personaje central, como la selva en *La Vorágine*, como el campo mexicano en *Pedro Páramo*, como la distribución urbana en *La región más transparente*.

A los latinoamericanos nos tortura la idea de saber qué somos,⁸ y somos lo que nuestra historia ha ido formando, pero hasta ahora ésta la hemos estudiado plegándonos a escuelas históricas, a corrientes del pensamiento impecablemente ortodoxas. Estamos empeñados en meternos dentro de marcos teóricos irreprochables, y lo que pasa es que no entramos en ellos como piezas de marquetaría.

⁸ Véase Leopoldo Zea, *Latinoamérica. Tercer Mundo*, México, Extemporáneos, 1977, 162 pp.

¿Es compatible lo que aquí pasó, antes de Colón, con las pautas de las culturas primitivas de la cuenca mediterránea?, ¿es ortodoxa nuestra etapa del XVI, respecto al Renacimiento europeo?, ¿o será verdad que somos una medievalidad tardía, un feudalismo grotesco por longevo?, ¿es reductible a esquemas teóricos nuestra Ilustración en el XVIII?, ¿es nuestro liberalismo adaptable a los cajones de otras latitudes?, ¿por qué entonces no hemos de buscar nuevos modos que engloben esa única forma de acaecer, de ser y de no ser?

¡Qué júbilo, y qué descanso! si en la prensa, el radio, la televisión y el cine, en la escuela y en los gabinetes oficiales, en las celebraciones patrias y en los recordatorios de aniversarios se dejara escuchar el idioma conciliador de una conciencia histórica en paz consigo misma.⁹

La forma de lograr esa paz, está en el llamar al pan, pan, y al vino, vino; no en llamarles como los demás dicen que debe ser, porque al final de cuentas, Latinoamérica es diferente a los demás, y si el quehacer, sobre todo el quehacer histórico y docente no sirve para intentar proyectarnos hacia un futuro mejor (el mejor es el más adecuado a cada realidad) ese quehacer histórico y docente no sirve para nada.

Quizá en pos de dar más tono de actualidad a este capítulo —tal vez a algún otro— podrían haberse enriquecido las referencias a libros y autores, que aquí aparecen, con una brillante y novedosa relación de los más jóvenes y distinguidos latinoamericanistas y sus obras, activos, dinámicos e igualmente preocupados por los problemas de siempre, agravados por otros de reciente cuño.

El discurso histórico, el filosófico, así como el político y el económico social han cambiado; la situación de múltiples naciones en el mundo (aunque no sé si algunas puedan seguir siendo consideradas como tales) ha dado virajes espectaculares, pero, a partir del conocimiento histórico nada ha cambiado sustancialmente en Latinoamérica. Hémos aquí instalados en la inquietante antesala de un milenio nuevo tan expectantes y a veces tan aterrados como los milenaristas de mil años atrás.

La mejor prueba de lo dicho es todo lo que aconteció en nuestro continente alrededor del recientemente cumplido quinto centenario del suceso colombino.

A pesar de las reuniones cumbres, de los acuerdos, de las reiteradas efusiones de fraternidad y de todos los buenos deseos suscritos por

⁹ Edmundo O'Gorman, "Del amor del historiador a su patria", en *Anuario de Humanidades*, México, UIA, 1974, p. 6.

modernos estadistas, todo es etéreo si no hay base de sustentación para fincar la certeza de nosotros mismos, y no la hay. Reitero: el desquiciamiento histórico del que fuimos testigos conforma un síndrome; por persistente, muy grave, y por la calidad y cantidad de sus componentes, muy complejo y peligroso. ¿Qué va a pasar? Quién sabe, nuestro quehacer es intentar hacer historia, no predecir el futuro, no hablar de cosas que supuestamente van a ser, pero que no han sido.¹⁰

¹⁰ Véase Beatriz Ruiz Gaytán, “¿Qué pensar de América Latina a ocho años del siglo XXI?”, en *América Latina. Historia y Destino. Homenaje a Leopoldo Zea*, México, UNAM, t. I, 1992, pp. 383-390.

VIII. EL PAPEL DEL INTELECTUAL LATINOAMERICANO

Este comentario no tiene más mérito —si es que tiene alguno— que el de la insistencia, ya que no el de la novedad; hemos hablado y oído tanto de América Latina y lo que a ella se refiere, que a querer o no se cae en la repetición; hemos teorizado, pontificado, yo diría que hemos dogmatizado vocablos y conceptos, y mucho me temo que se nos van a morir en las manos de puro manosearlos. ¡Que así no sea!

Pretendo aquí hacer una breve reflexión sobre el papel del intelectual, pero no del intelectual así, a secas, sino del intelectual latinoamericano. Esto no sólo añade un calificativo al término que permite aclarar su procedencia histórico geográfica, sino que debe hacer posible el percibir una dimensión que dote de especificidad, un marco que confiera identidad, una serie de elementos que den esencialidad, es decir, todo lo necesario y suficiente para ser reconocido, identificado, entendido y... aceptado como latinoamericano.

Quiero aclarar que por lo menos para el objeto de estas líneas, la dimensión *latinoamericana* no tiene que ver con que las tareas de éste se hagan más o menos brillantes, más o menos distinguidas y eminentes, más o menos sofisticadas para que sean más o menos benévolamente aprobadas por otros países; tampoco tiene nada que ver con la exacerbación de perfiles permanentes de derrota, de denuncia, de protesta y desesperación (por otro lado explicables y legítimos); quien escribe piensa en esa dimensión latinoamericana como algo bastante más simple y común pero hasta hoy no logrado.

Partamos de algunas preguntas que presumo básicas:

¿Quién es el intelectual? ¿A quién se llama intelectual? ¿Qué hace hoy o qué ha hecho hasta hoy el intelectual? ¿Qué debe hacer?

Si nos atenemos a la definición gramatical (esas definiciones “diccionarescas” que a veces ya no tienen nada que ver con la realidad actual), un intelectual es el que cultiva las ciencias, las letras y las artes; se dice también del hombre sabio, docto o erudito. La verdad es que la definición es vaga, recortada, además de que su aplicación queda muy al azar.

Strictu sensu, intelectual es el que trabaja con el intelecto, el que en forma permanente, cotidiana, pone en ejercicio las capacidades de una inteligencia cultivada.

A decir verdad, a la palabra intelectual le pasa lo que a otras varias que cada quien entiende de diferente modo y que acaban ciertamente desprestigiadas; por ejemplo, liberal, progreso, atraso, términos y conceptos que han sido usados a mansalva en diferentes momentos de la historia y que tienen un significado —como ya dije— aleatorio, que depende de quién lo dice, desde dónde lo dice, y hasta del tono en que lo dice; por supuesto que esto no sólo desprestigia sino prostituye cualquiera expresión; me arriesgo a incidir en el asunto, y, so pretexto de aclararlo, insisto en que intelectual es el que trabaja fundamentalmente con el intelecto; el espectro que tal enunciado abarca es, en verdad, amplísimo.

Entran en el cuadro artistas exponentes de las bellas artes: pintores, escultores, escritores, etcétera, éstos han sido hasta ahora los más famosos y han llegado a ser los más ricos.

De ellos muchos radican fuera de sus países de origen (por el exilio o porque les es más satisfactorio económicamente). Entre estos intelectuales famosos y ricos los hay revolucionarios “muy conservadores”, y otros ciertamente innovadores; muchos de ellos exiliados por gobiernos oligárquicos, se transforman en gente de tanto éxito que se desdoblán entre revolucionarismo de fama, de fachada, de conveniente “vedettismo”, y una vida acomodada totalmente en el más indiferente aburguesamiento que muchas veces los desprende de su realidad nacional.

Claro que estos hombres consagrados por todas las trompetas de la gloria (y del dinero) enaltecen a la patria, pero evidentemente no son las excepcionales glorias del intelecto las que van a llevar a este nuestro continente a su verdadero sitio en la historia. Esta tarea está destinada a todos los sujetos productivos y muy particularmente al grupo intelectual.

Creo que el intelectual por antonomasia es el universitario o, para ser más justos, el que lleva sus estudios hasta los grados más elevados; catedrático, investigador o profesional de las profesiones llamadas humanísticas, liberales o de las técnicas y administrativas. De estos campos salen casi todos los funcionarios que el Estado necesita. La especialización dominante entre esos funcionarios marca las líneas y los compromisos que preocupan al Estado en diferentes épocas.

A veces la alta burocracia está encabezada por técnicos: ingenieros, diseñadores industriales y gráficos, etcétera, otras por científicos: médicos, biólogos, químicos; muchas más por administradores: contadores,

actuarios, directores de empresas; muy en boga hoy, por científicos sociales: economistas, sociólogos, licenciados en derecho, etcétera.

Y unos y otros profesionales —demostrando que muchas de las profesiones no tienen por qué seguir calificándose como liberales— acceden a “poderes” y “podercitos” y pierden así la libertad que estimule su iniciativa; cuando llegan a las líneas de la administración pública empiezan a trabajar a partir del olvido absoluto (¿o será del disimulo?) de toda aquella realidad en la que han vivido hasta entonces; de un día para otro olvidan todo lo que constituyó su propia existencia.

Se dan a la ardua tarea de hacer planes y ponen en práctica cosas nuevas, a veces hasta brillantes, pero inadecuadas al terreno que pisan y que han pisado toda su vida. ¿No es curioso ver a un funcionario realizar una “gira de trabajo” por el barrio o pueblo en que nació y vivió, dizque para percatarse de las más urgentes necesidades que agobian a tal barrio o pueblo? Así es como se resquebrajan y deshacen ciudades, regiones y hasta países enteros.

Por otra parte los catedráticos e investigadores se movilizan en un enorme y variado marco siempre condicionado por la política nacional, regional o universitaria.

El campo intelectual latinoamericano es vasto y desintegrado, con poca conciencia nacional y muchísima menos conciencia continental.

El único lazo de identidad entre los intelectuales de nuestra parte continental es que constituyen una elite por el número y muchas veces más que nada por la actitud, lo mismo si se trata de intelectuales bendecidos por la fama, que por otros más modestos y anónimos.

El intelectual forma una aristocracia donde proliferan grandes y personales rencillas.

¿Qué hace el intelectual? *lo suyo*, personalmente, o como célula política y económica; pinta, escribe, hace administración pública, planifica, construye y destruye; según sus criterios bendice o sataniza la educación, la vivienda, la salud; pinta lo que mejor se vende, enseña con una buena dosis de egoísmo; si está tocado por la luz de lo genial escribe libros que serán laureados y se convertirán en *best sellers*, o libros de texto para las áreas de su especialidad mediatizando su intelecto a un encargo bien remunerado; hará y publicará sesudísimas, eruditas y muy costosas investigaciones para unos cuantos sesudísimos, eruditos y pudientes (intelectual o económicamente) elegidos.

Pero, repito, en todos los casos en América Latina, la actitud intelectual es de élites dispersas con tareas o muy personales, o bien, “agrupaditas” en torno a consignas políticas o económicas, por eso su labor, hasta ahora, no ha trascendido hasta donde era de esperarse.

Intelectuales de izquierda o de derecha hoy incorporan al pueblo a sus preocupaciones, pero siempre de un modo que recuerda el despotismo ilustrado de los Borbones: “por el pueblo y para el pueblo, pero sin el pueblo”.

Los de izquierda y los de derecha proponen medidas, unos son más radicales que otros, pero todos lo hacen a partir de un ámbito social irreal, y en el mejor de los casos parcial, ya que lo hacen a partir de lo personal, de *lo suyo*, de su ínsula; pero todos han fracasado. Han fracasado las revoluciones, fracasan las campañas, fracasan los proyectos. Y lo que es peor todavía, no hemos alcanzado el valor para rehusarnos a seguir festejando los logros de lo que jamás hemos logrado. ¿No será que se carece de esa dimensión que nos haría más congruentes con nuestra realidad y por lo tanto que haría más eficaz la acción de todo aquel que tiene la oportunidad de la preparación profesional técnica, científica o humanista, y de poder ponerla en práctica?

¿No será que no hemos podido ser más específicamente nosotros?

¿No será que no podemos —o no queremos— identificarnos tal como somos?

Este autodesconocimiento nos estaciona en la desintegración y la dependencia de todo y de todos.

¿Qué tan posible es pasar al otro lado, al del propio conocimiento, la integración y la independencia?

Creo que en esta tarea tiene un papel primerísimo el conjunto de los que piensan y son capaces de trabajar con el intelecto, es compromiso inexcusable de todos los latinoamericanos egresados de niveles de cultura superior.

Y como dijimos antes, ellos son los que hasta ahora han tenido en sus manos la posibilidad de orquestar los cambios que nos urgen, pero... no han podido o no han sabido hacerlo, no han sido preparados para ello. La especialización mal entendida, la burocratización, la corrupción, el personalismo, la incultura general lo han impedido.

Hay que formar universitarios integrales, más que hombres titulados, hay que configurar hombres íntegros e integrados en el conocimiento de su realidad nacional y continental. Aquí conviene repetir que no valen ya las posturas casi infantiles de no ver más allá de lo que llamamos patria; si la conociéramos y amáramos en serio sabríamos y entenderíamos que no somos islas fantásticas, ni lares estancados, amurallados o solitariamente suspendidos en la atmósfera, sino que somos una porción más, muy ligada a las otras que conforman nuestra singular parte continental.

El científico puro, el técnico, el administrador, el catedrático o el investigador de lo que sea, el ingeniero, el físico o el contador, el filósofo,

el sociólogo, todos deben saber, más que eso deben sentir y vivir el hecho de que ellos son latinoamericanos, y de que tienen que aplicar su profesión a esa realidad; quizá así se dejen de lado planes y otras cosas de un academicismo tan puro que no sirve a nuestra realidad, planes con metodologías tan ortodoxas —y tan ortodoxamente extrañas— que no permiten acercarse a la comprensión de esta América tan desconcertante, tan *sui generis*.

El verdadero intelectual latinoamericano, el que piense y trabaje a partir de tal verdad, debe estar preparado, desde que aprende a leer, para enfrentarse consciente y responsablemente a la consecución de la integración y de la solidaridad continental. Si es ingeniero, que construya de acuerdo a esa realidad, si es maestro, que enseñe de acuerdo a esa realidad, si es químico que investigue y produzca igualmente a tono con ella; si es historiador que historie sin engaños. Si no es así, si no conoce esa realidad geográfica y social, lo que se haga será agresivo, lesionará el potencial humano latinoamericano, como ha sucedido hasta ahora. Sin duda deberán usarse muchos y muy difíciles caminos para cambiar esto, pero uno de ellos atañe directamente a la historia, a la enseñanza de la historia para mejor decir. Se ha repetido tantas veces... que hasta ruboriza un poco insistir en que hay que asumir el origen sin lamentos para que ese origen sirva de plataforma y apoyo para el futuro; la historia debe enseñarse para poder partir al cambio, a la derecha o a la izquierda, a donde sea, pero resuelto por nosotros mismos.

El pasado es punto de apoyo, hay que metabolizarlo, no cargarlo como cadáver putrefacto; estudiamos y enseñamos historia no como fundamento de un presente que debe ser creativo e innovador, sino como para ejercer continua venganza de todos los agravios hechos a los antepasados.

Enseñamos y estudiamos historia no para evitar que se repita el agravio, sino para ver cómo agraviamos nosotros y para gemir ante la impotencia de no poder conseguirlo.

Creo sinceramente que no hallaremos el camino adecuado mientras no entendamos ese trasfondo básico que es el pasado y esta realidad presente.

No se debe permitir que salga un solo universitario en Latinoamérica que no tenga un conocimiento, al menos elemental pero objetivo, de su condición de latinoamericano, y éste no lo va a obtener porque se hagan reuniones internacionales para discutirlo o porque se editen 50 libros diarios sobre Latinoamérica, esto lo va a obtener en el manejo temprano de la geografía y la historia latinoamericanas.

Como apuntaba antes, no vayamos a exclamar: ¡primero México! Por supuesto que México —y por obvio no debía siquiera pensarse— estará para nosotros siempre incluido y en primerísimo lugar, pero ¿una cosa excluye la otra?

Necesitamos egresados universitarios con conciencia social y ésta se adquiere —entre otras cosas— simultáneamente a la conciencia histórica.

Construir un puente de concreto puede hacerse igual en Tokio, Estocolmo, en Río o en Washington, pero la necesidad relativa o absoluta de construirlo, la forma de actuar con los trabajadores, la consideración de los problemas ambientales, el servicio que puede dar o no dar, la no-agresión a los habitantes de la región en cada caso debe ser diferente.

Recuerdo el caso de diseñadores industriales, en un país andino, que diseñaron arados mecánicos pequeños, de madera, apropiados para usarse en cierta región montañosa con delgadas capas de tierra sobre roca. ¿Estará de más aclarar que jamás se autorizó la fabricación de tales arados, que se compraron pesados tractores que nunca pudieron usarse y que los habitantes de la región siguieron igual de pobres, igual de improductivos e igual de agredidos que siempre?

Nosotros hacemos programas fronterizos y lo que se logra es muy poco, ¿de qué sirve que tales programas estén firmados por expertos si el grupo humano al que van dirigidos no tiene la menor idea de su ubicación y su identidad histórica? Y nuestra zona fronteriza está llena de distinguidos profesionales universitarios.

Si no se define y se transmite la clara conciencia de lo que somos, nos haremos pedazos tratando de ponernos el uniforme que cada organismo internacional nos manda.

El intelectual debe comprometerse a no caer en la tentación de dogmatismos metodológicos y políticos, sino a intentar la unificación (unificar no es uniformar) a partir de la libertad de conocer y aprehender su realidad completa, como parte de un proceso histórico que tiene pasado, presente y futuro; así se llegará a la conciencia social y política que no se alcanza sólo porque se diga en todos los foros.

Debemos implantar en todos los niveles cursos integradores del hombre, para que el hombre a su vez actúe como integrador de su continente, tarea que no puede quedarse en una élite de latinoamericanistas; éstos deben investigar, escribir y difundir, pero primero deben estar seguros de que serán leídos y comprendidos; por eso hay que partir desde abajo sin interrupciones con el conocimiento de la historia de América Latina, desde los primeros años escolares y en todas las especialidades

profesionales. Sí, hay que formar latinoamericanistas, pero es más urgente formar latinoamericanos.

Si todavía no sabemos cuál es el perfil del estudiante que aspira a latinoamericanista, estamos ante muy grave sintomatología.

La primera idoneidad para dedicarse a cursar Estudios Latinoamericanos —por su peso cae— es ser, consciente y por lo tanto responsablemente, latinoamericanos.

En los 400 o más Centros de Estudios Latinoamericanos que hay en el mundo, se estudia nuestro continente con base en la idoneidad de cada país en el que se encuentran los Centros, a partir del interés concreto y de los objetivos que cuadran en esa idoneidad.

¿Cómo es que nosotros aún estamos haciendo perfiles teóricos para descubrir si realmente hay un interés latinoamericanista en un latinoamericano?

Es lo mismo que si para saber si nos interesa México hubiéramos de esperar el resultado de discusiones de escritorio traducidas en fórmulas teóricas.

El día que sepamos ser latinoamericanos, simplemente y sin esfuerzo, al paso de lo cotidiano, estaremos convirtiendo a esta América en algo positivo y productivo, en el sitio que anhelamos para vivir dentro de las pautas de la dignidad y de la justicia.

Esto no podemos sacarlo de nuestro feroz individualismo, de nuestro rencor personal, de nuestras escandalosas pérdidas de tiempo en discusiones, además de bizantinas, falaces, demagógicas, retóricas y preñadas de incomprensión.

La tarea por realizar es conocernos, entendernos y definirnos y nadie más obligado a esto que los que hemos tenido acceso a la cultura superior.

Mientras los que piensan y se expresan realizándose en el ejercicio profesional sin sentido humanista y sin proyección más allá del *YO*, aunque éste se encuentre muy bien disfrazado de preocupaciones y desvelos generosamente nacionalistas, mientras la mayoría de nuestra gente no se haya enterado de que América Latina *ES, EXISTE* y se *DESGARRA*, hemos de concluir que los intelectuales no están cumpliendo con el papel que actualmente les corresponde; mientras éstos no adquieran y no transmitan la conciencia de lo que somos y trabajen nada más para hacer *curriculum* sin más, no están haciendo lo que deben.

Formar latinoamericanos, ser latinoamericanos, actuar como latinoamericanos, pero todo esto como vivencia diaria, como respirar, como diástole y sístole de corazón sano; mientras esto no sea, los que pretendemos que trabajamos con el intelecto —dicho sea con todo respeto— ni estamos haciendo, ni hemos hecho nada.

De ciertos modos de entendernos

IX. LATINIDAD, HISPANIDAD, AMERICANIDAD

Propiciar un encuentro bajo la convocatoria del tema Latinidad y su sentido en América Latina¹ es de tal trascendencia que sólo ponderarlo sería difícil y prolijo; uno de los puntos más sustanciosos de esa trascendencia es lo que tal encuentro tiene de síntoma, porque es revelador de que por fin —como expresó León XIII refiriéndose a la Iglesia cuando abrió los archivos de la sede romana a los investigadores— ya somos, o empezamos a ser, “capaces de resistir nuestra historia”.

La vieja urgencia latinoamericana de autoconocernos, de autodefinirnos, y por lo tanto de autoestimarnos —no vergonzante y lastimosamente como lo hemos hecho muchas veces sino a pleno sol, sin ambages, con madurez —es posible sólo a partir de la consideración científica y por lo tanto justa— en el sentido de dar la importancia y el x tratamiento que a cada uno le corresponde— de todas las etapas históricas mediatas e inmediatas que directamente nos han conformado y, por supuesto, también de todas aquellas otras que indirectamente nos han modificado a veces para bien, a veces para mal y muchísimas otras... para peor.

A más de los logros académicos, en el campo de la posibilidad de hallar una existencia mejor ubicada históricamente, creo que es muy prometedor ocuparnos de la latinidad y su sentido en América Latina; prometedor y significativo es hablar de ello aquí y ahora, desde este país nuestro reconocidamente mestizo, violentamente sincrético, profundamente orgulloso del pasado indígena, de un nacionalismo tan celoso que a veces parece entendido como producto de singular partenogénesis histórica, enormemente xenófobo en algunas etapas de su historia, lo que lo ha hecho muy localista y tal vez un poco solitario, un país hasta ahora ajeno a veces, y desertor otras, de los pasados históricos que concretan nuestro presente, ajeno cuando no los conoce, como es el caso de las grandes mayorías, desertor, cuando conociéndolos los elude, como es el caso de numerosos estudiosos.

¹ Simposio celebrado en la ciudad de México, Aula Justo Sierra del Antiguo Colegio de San Ildefonso, del 7 al 11 de mayo de 1984.

Por eso insisto: hablar aquí de la latinidad y Latinoamérica es la revalidación de uno de los soportes que nos definen, es la restitución de una personalidad que a veces parece trunca y la aceptación —¡bendita hora!— de que no estamos, y de que nunca hemos estado solos en el devenir histórico.

Latinidad, hispanidad, americanidad, son conceptos que encierran, cada uno, las categorías que esencializan diferentes procesos históricos absolutamente identificados *per se*, únicos, concretos, irreductibles e irrepetibles.

Son expresiones de unidad, no de uniformidad. La trayectoria existencial de cada sociedad en su tiempo histórico constituye su identidad; si esa identidad es expansiva, difusora, creativa y receptora de cosas nuevas, originará a su vez otras sociedades que serán distintas sin dejar de ser herederas de valores culturales, morales, biológicos o de cualquier otra índole de aquella que de una u otra forma les dio origen.

La historia tiene que ser algo más que intentar conocer el pasado a base de reglas metodológicas aplicadas sobre documentos irrefutables; hay que saber verla también como algo

que se funda en una unión espiritual viva y activa y en la comunidad de un destino, ya la del propio pueblo o la de un grupo de pueblos estrechamente unidos. Sólo en esta clase de historia se da una íntima inteligencia y un contacto creador entre unos y otros. Sólo en ella existe una comunidad de ideales y formas sociales y espirituales que se desarrollan y crecen independientemente de las múltiples interrupciones y variaciones a través de las cuales una familia de pueblos de distintas razas y estirpes varía, se entrecruza, choca, desaparece y se renueva. Esta comunidad existe entre... los pueblos occidentales... y la antigüedad.²

Esto es lo que pasó entre la Roma imperial (genial usufructuaria y transformadora de la Grecia clásica) España (gran defensora y dadora de todo lo que había hecho suyo) y la pre-América (múltiple y desordenadamente repartida entre pueblos heterogéneos y en la más colorida e insospechada inmensidad jamás imaginada).

La distancia geográfica y cronológica que suponen los tres conceptos: latinidad, hispanidad, americanidad, no obstaculiza que entre ellos exista un lazo de unión, no es estorbo para que entre sí tengan la coherencia que da el común denominador de lo occidental, usando el término en su acepción histórica más que geográfica.

En la encrucijada de la Edad antes de Cristo y la Edad después de Cristo, en la encrucijada de Asia y Europa —en Medio Oriente— se

² Werner Jaeger, *Paideia, los ideales de la cultura griega*, México, FCE, 1957, p. 5.

definió la batalla por el futuro del mundo conocido. Judaísmo, imperio romano y helenismo vivían la profunda crisis política, social, económica y cultural que determinaría el porvenir de buena parte de nuestro planeta, ese planeta que geográficamente se conocería poco a poco hasta que se pudiera dar fe de su redondez, ese planeta de los inimaginados mares y tierras hacia el occidente, y que tendría en más de su mitad y por siglos, el tono del que en aquel momento crítico impusiera lo romano: todo un sentido de la vida informado en el orden, la unidad, la organización, el derecho, los respetos ciudadanos, que ya cercano el final del imperio, permitían al obispo de Hipona el africano, hablar en latín a los africanos de lo acaecido en Israel hacía cuatro siglos.

Esto lo hizo posible Roma, más que una ciudad, un concepto, más que un concepto, la expresión de un contenido civilizador. Roma fue, armónicamente, sintetizadora de las expresiones de otros pueblos, creadora de sus propias formas y extraordinaria difusora y aculturizadora de todo aquello que cayó bajo su signo imperial. Así se latinizó el mundo conocido.

Roma absorbió los beneficios de la helenización alejandrina y en uso de su pragmática mentalidad creó la magnífica estructura que hizo posible la racional administración de sus dominios y que —desde luego sin proponérselo— serviría de sólida base material al asentamiento y expansión de aquel movimiento surgido entre los judíos y que daría a su vez matiz y forma a la Europa medieval: el cristianismo.

El imperio romano creó una civilización unida en toda el área mediterránea y norte europea, un modo común de vida de millones de ciudadanos de un Estado cuya existencia era indiscutible y que a veces llegó hasta considerarse eterno.

Roma se sobrevivió a ella misma, y a través de ella sobrevivieron grandes culturas que la precedieron.

El dominio romano no se dejó sentir igual en todas las regiones que lo integraban; en algunos lados (España es primer lugar) fue más enérgico y profundo, en otros más débil (Inglaterra sin duda). La latinidad, todo lo que en el imperio se expresó en latín se hizo perdurable en las lenguas romances; Portugal, España, Francia, Italia, etcétera, son manifestación de ello; sin embargo, los países sajones en su dosis de latinidad fincaron buena parte de su saber: Geography, Philosophy, History, Theology, Ethics, Politics, así lo latino en unas partes engendró y en otras influyó, pero siempre dejó poso como varios historiadores presumen que lo previó Virgilio en las angustiosas andanzas de Eneas.³

³ Véase Christopher Dawson, *Religion and Rise of Western Culture*, Nueva York, Doubleday and Company, 1958, cap. II.

Cuando los bárbaros ocuparon las provincias del imperio, y la capital misma de la que salían todos los caminos del mundo, cayó la organización política, pero la latinidad no sucumbió.

Europa sobrevivió a los ataques bárbaros, primero, y normandos y mahometanos, después, porque ningún grupo pudo destruir el basamento latino que sustentaría a la cultura medieval.

Por eso fueron posibles en ésta las formas parlamentarias, la arquitectura románica y gótica, los ayuntamientos, los burgos, las ferias, el comercio marítimo, las escuelas isidorianas y carolingias, las universidades, las órdenes monásticas, la conversión de dialectos en lenguas gramaticales, teóricas (y por lo tanto en posibilidad de llegar a ser universales), y tanto más.

El otro Estado que había crecido dentro del romano —la Iglesia— hizo que el discurso religioso y cultural de la Europa cristiana se dijera en latín y que Roma siguiera siendo sede y centro de la nueva Europa, ahora cristiana.

Los primeros siglos del cristianismo, que son los de la Pax Augusta y la decadencia romana, culminaron en el Edicto de Milán (313 d. C.) cuando Constantino, —quizá sin imaginar hasta dónde, “proveía de permanencia a lo romano bajo la protección de la Iglesia”.⁴ Yo diría que más que proveía, afirmaba algo que se venía gestando desde la más primitiva organización de aquella.

El escenario de la expansión cristiana fue el imperio romano, y ciertas creaciones romanas fueron en gran parte la infraestructura de la cristiandad, por ejemplo: las comunicaciones (caminos, rutas marítimas, puertos, puentes), la paz y el orden de la cuenca mediterránea (que permitió un intenso ir y venir proselitista que a veces se originaba en la casa misma del César), y su concepto de organización ecuménica.

Por otro lado los numerosísimos esclavos se constituyeron en vehículo idóneo para llevar la nueva religión en la que por primera vez se les consideraba importantes por sí mismos; igualmente las mujeres fueron prontas conversas, ya que en el cristianismo alcanzaban una posición que nunca ha sido suficientemente ponderada: no podían ser repudiadas por su marido.

Las provincias en las que Roma se había asentado con más hondura, las más latinizadas, fueron las más cristianizadas. En este sentido el primer lugar fue de España; deseada, necesaria, posición estratégica de privilegio, puerta del Mediterráneo, materias primas caras al imperio, la más difícil de conquistar, 200 años de contacto en la lucha, la más

⁴ Véase Charles N. Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica*, México, FCE, 1982, parte II, cap. V.

difícil de administrar, piedra de toque para soldados y políticos, la *finis terrae*, lugar eminente en las preocupaciones de Roma.

Quinto Sertorio comenzó a encauzar a los bárbaros occidentales hacia la civilización latina, fue él quien vistió a la juventud noble de España con el traje romano y quien la incitó a hablar latín y a asimilarse la cultura itálica superior en el centro cultural fundado por él en Osca*.⁵

La latinización de España se ha tomado como un suceso semejante a otros del imperio o inherente a una ocupación militar como tantas otras, pero no fue así, en ningún lugar “se había preparado por la república el terreno para la obra histórico-universal del imperio”⁶ tan cuidadosamente como en la Península.

Es decir, España empezó a latinizarse no sólo al paso de la ocupación militar, sino también al impulso premeditado de altos políticos; era común el empleo de la lengua romana aún entre los españoles que no tenían la ciudadanía; en tiempos de Augusto se fundaron numerosos municipios con plena ciudadanía romana lo que ayudó a la convivencia natural y cotidiana de lo regional y lo latino.

Se fue constituyendo lo hispánico a partir siempre —contra lo que en general se admite— de formas universales; el momento en que España empieza a ser lo que va a ser, es el de la ocupación romana, es aquel en que por sus caminos, sus casas, sus teatros, sus termas, circula el torrente vital de la “ciudad ecuménica”, aquel que le permite vivir la universal acción de los romanos.

Así permaneció con los visigodos ya adentro, pero enriquecida con la presencia nueva y vigorosa de este pueblo “bárbaro” trabajado, de tiempo atrás, por la influencia indirecta de Roma, y con la total conciencia de asimilar todo lo que de ésta le pareciera aceptable. En verdad los visigodos lo que más desean es occidentalizarse, son los amos políticos y militares de la antigua Hispania, pero acceden a usos, costumbres, leyes, modos de producción y aún renuncian a su cristianismo herético para adoptar la vieja ortodoxia.

Paralelo a la organización y consolidación del poder real y al mismo ritmo que éste, camina el poder eclesial; un Estado concreto, perfectamente delimitado geográficamente y con una capital concreta, va de la mano de otro Estado *catholicus*, universal; así los visigodos sientan

* Hoy Huesca.

⁵ Theodor Mommsen, *El Mundo de los Césares*, México, FCE, 1982, p. 14.

⁶ *Ibid.*, p. 90.

las más lejanas bases de un Estado Iglesia a partir de los Concilios de Toledo, bases lejanas es verdad pero suficientes para dar, en parte, los primeros alientos a la Reconquista.

Más tarde los musulmanes, enemigo real de Occidente, hacen que los cristianos —montañeses astures, comerciantes leoneses, soldados catalanes, marinos gallegos— cristianos de cualquiera época entre los 700 y los 1500, y de cualquiera región, poco a poco universalicen conceptualmente sus luchas y sus triunfos sin salir de la Península.

Desde las primeras empavorecidas desbandadas por Asturias y los Pirineos, desde sus primeras escaramuzas, estaban tratando de recuperar no sólo sus modos de vida, su espacio vital, sino que también estaban defendiendo ni más ni menos que a la Europa medieval, a la cristiandad occidental. Gracias a los reconquistadores (no se piense que olvidamos las marcas fronterizas de Carlo Magno) Europa pudo ir a las Cruzadas, abrir rutas de comercio hacia el oriente, desarrollar el sistema feudal a plenitud, disfrutar la posesión y a veces el contenido de los libros clásicos traducidos por hebreos y árabes de Toledo; mientras, los reinos españoles frente al Islam adquirirían rasgos de una hispánica singularidad; cada uno conservaba fueros y dialectos, rivalizaban entre sí, pero todos se hacían hispanos, constituirían a la larga una categoría histórica que los definiría: la hispanidad.

Individualistas, separatistas, regionalistas han sido nombrados los habitantes de la Península y lo han sido (¿lo son aún?), pero la hispanidad es una categoría suprarregionalista; regionalismo e hispanidad coexisten, no se excluyen.

Tan cierto como que todos han participado en las grandes empresas; después de que todos se latinizaron, todos se cristianizaron, todos fueron reconquistadores, todos participaron de alguna manera en la hazaña de América, del Pacífico y de los mares del sur; la última vez que actuaron todos, de Navarra a Cádiz, fue en la resistencia ante la invasión napoleónica.

Debemos admitir que la hispanidad es un concepto desprestigiado porque se ha usado a mansalva para legitimar situaciones espúreas, inclusive se ha discutido si tal cosa existe o es una mera ficción retórica sin más. Discutirlo es la prueba de su existencia.

Cuando finaliza el XV, España es ya eso: España (ahora sí es más propio el nombre); la proyección y perdurabilidad de sus características hacen que la hispanidad alcance los tamaños del mismo globo terráqueo.

“Ninguna de las naciones que brotaron de las ruinas del Imperio conservó una estampa más pronunciada del genio romano”. No es pues

de extrañar que “la misión civilizadora que camina —como el sol— de oriente a occidente y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto”.⁷

Las gentes que en el siglo XV habitaban en diversas zonas del continente preamericano, descendían de aquellos tenaces y oscuros caminantes que en sucesivas oleadas, desde hace más de 50 000 años empezaron a pasar por Bering; unos se quedarían en los vallecillos de las Rocallosas de los hoy Estados Unidos, muchos decidirían acogerse a la suavidad de la altiplanicie mexicana, algunos más seguirían a través de la garganta panameña, y cuántos optarían por instalarse en las zonas de los fríos aires andinos del Perú y Bolivia, mientras los menos aventurarían sus vidas hasta la inhóspita punta de Chile y Argentina.

Imaginemos a estos primitivos remotos y precarios grupos en las luchas de su soledad contra todo: las bestias, los climas, los fenómenos meteorológicos (tormentas, rayos, vendavales), los fenómenos telúricos, los accidentes geográficos (deslaves, barrancos, desiertos), el hambre, el encuentro con otros caminantes.

Estudios últimos

nos muestran una singular secuencia de emigración y asentamiento que tiene su origen en Alaska hace aproximadamente 40 000 años y que termina por el año 7 000 A. C., es decir, 33 000 años más tarde, en la Patagonia, después de un recorrido de casi 20 000 Kms. y de haber pasado 600 [más o menos] generaciones.⁸

Los diversos mecanismos de aislamiento, la adaptación a diferentes medios ecológicos, la poca densidad de población, la inmensidad geográfica, la sucesión de migraciones que, a veces con relativa frecuencia, y a veces a distancia de siglos, arribaban en busca (nada más pero también nada menos que) de la supervivencia, fueron haciendo posible una paulatina diferenciación de características físicas y culturales entre aquellos núcleos humanos que sentaron, sin saberlo, los cimientos más profundos de la autoctonía americana, distribuida poco a poco en un rico mosaico de culturas a las que la ocupación hispana transformó en un todo nuevo, único e identificador: la americanidad, que después de siglos, escindida en dos, la latina y la anglosajona, tiene

⁷ Andrés Bello, *cit. pos.*, Gabriel Méndez Plancarte en Bello, México, SEP, 1943, p. XIII.

⁸ Nicola Kuehne y Joaquín Muñoz, *Mesoamérica; acercamiento a una historia*, Granada, España, Diputación Provincial de Granada, 1989, p. 16.

que constituir para ambas la certeza de sí mismas, una certeza fincada en el apercibimiento pleno de un sentido de pertenencia (pertenezco y me perteneces) al terruño grande y de comunión con la estirpe histórica.

España en América realizó su hispanidad; preAmérica frente a España inició su americanidad, mejor dicho —de acuerdo a la escisión que señalábamos— su latinoamericanidad.

La perdurabilidad hispánica se tradujo en tradicionalismo, pero también en creatividad, impuso ese tradicionalismo a sociedades nuevas en continentes nuevos, ella había creado esas sociedades con su propia historia y la de los pueblos encontrados.

La proyección de su modo de vida se tradujo en intransigencia, pero también en generosidad, porque los pobladores y conquistadores trasladaron todo lo que eran y tenían; además, obtener el triunfo reconquistador después de casi 800 años les daba la certeza de que lo defendido y lo obtenido era lo mejor, la única opción salvadora del mundo entero.

La provincia que había sido numeral entre muchas más que tenían por denominador común a lo latino, diez siglos después provee al nuevo mundo descubierto por Colón (mundo heterogéneo, disperso e in-comunicado) de un lazo de unión legal, de un discurso común, de un mutuo pasado histórico inmediato, de un sólo Dios igual para todos... y también de los mismos errores.

Lo hispánico es lo que nos unifica en gran parte, lo prehispánico es lo que nos diversifica; he aquí una vez más la rica y real coexistencia de lo particular en lo universal.

La única ocasión en que todos los americanos criollos o mestizos —llamémosles ya latinoamericanos— reaccionaron en idéntica forma sin ponerse de acuerdo ¿no fue acaso la independencia?

¿No fue la independencia en su etapa inicial la última expresión de la “colonia”, y sus etapas posteriores no son indicios sucesivos de la búsqueda de nacionalismos que se pretendieron sumamente particulares y diferenciados?

Hemos hecho estancos de nuestras historias nacionales, hemos cerrado nuestro paisaje, hemos desperdiciado nuestra legítima americanidad, que es una categoría común identificadora que en principio nos pertenecía y que después el pueblo vecino del norte convirtió en la manifestación de su identidad sociohistórica, política y cultural, pero que no cambió de ningún modo nuestro abolengo histórico.

Hemos estudiado nuestras historias a partir de esos nacionalismos casi virulentos que nos acometieron, cosa explicable después de alcanzadas las independencias. También hemos perdido el tiempo negando partes de nuestros procesos históricos según el estado de ánimo que nuestros arrebatos de adolescentes políticos nos han marcado.

Por supuesto que son muy válidas nuestras historias nacionales, pero eso no es todo, somos dueños también de una historia universal de la que somos parte.

Ahora tenemos el nombre que nos identifica, somos los latinoamericanos, sabemos que en un pasado histórico común —jamás irrepitable— podemos encontrar la base de sustentación que sin uniformarnos nos unifique.

La comprensión de la latinidad y de la hispanidad conlleva una visión de la historia “a lo universal”; para el historiador que ha penetrado estos problemas es muy difícil crear ínsulas históricas e historia-bles, es muy difícil convertir átomos en superespecializaciones. Para el entendedor de fenómenos universales como latinidad, hispanidad, latinoamericanidad, es comprensible e interpretable la perspectiva total del mundo mediterráneo con sus bordes europeos africanos y asiáticos, con su península que cierra al *Mare Nostrum* y abre el *Tenebroso* y la del nuevo mundo de volcanes, pampas y ríos grandes como mares encauzados, de culturas indígenas avanzadas e inclasificables en los esquemas occidentales y de pueblos nuevos complejamente estructurados por una tropical sinergia de criollismo y mestizajes.

Reconocerse en los orígenes es empezar a conocerse en el presente y descubrir en éste a todos aquellos que también se reconocen en los mismos orígenes, es entrar en la comprensión que la historia puede ser regional, de lo cotidiano, microhistoria o estudios de caso, siempre y cuando se tenga primero “visión histórica para captar frente al detalle evenemencial las grandes coordenadas históricas de vigencia bimilenaria”⁹ que a nosotros específicamente nos competen.

¿Quizá por fin nos estamos sintiendo parte de la milenaria cultura occidental a la que pertenecemos y que en histórico reparto a su vez nos pertenece?

Los pueblos de nuestra América formamos una de esas familias, hasta ahora muy metidas en un pesimismo que se refleja obvio en nuestra literatura histórica: cantares de vencidos, memoriales de agravios, poesía y canciones de protesta dolorida, celebración cívica de derrotas históricas y moral de “lo importante no es ganar sino competir”.

La historia deja de ser museo, libro o canto triste cuando se entiende en su totalidad, sin sobresaltos, sin aspavientos de supuesta ortodoxia científica y especializada, sino con la seguridad que da el asen-

⁹ Claudio Sánchez Albornoz, *Mi testamento histórico-político*, Barcelona, Planeta, 1975, p. 95.

tarla en sus bases; en el caso nuestro una de las más remotas es lo latino y una de las más inmediatas lo hispánico, tal cual suena, sin regateos que relativicen la afirmación y que hieran susceptibilidades locales.

Concluyo, no quiero hacerlo emitiendo ningún juicio de valor sobre lo latino o lo hispano, sobre lo propio o impropio de términos como latinidad o hispanidad, simplemente quiero destacar que las dos cosas fueron dinamizadores de nuestro propio acontecer, y en el reconocimiento cabal de esto nos va la posibilidad de identificarnos nos guste o no; allí está uno de los caminos para ser por fin nosotros mismos y poder respirar el saludable aire de la autenticidad.

BIBLIOGRAFÍA

- BUTTERFIELD, HERBERT, *El cristianismo y la historia*, Buenos Aires, Editorial Carlos Lohlé, 1975, 154 pp.
- CASTRO, AMÉRICO, *Aspectos del vivir hispánico*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, 169 pp.
- , *España en su historia*, México, Porrúa, 1954.
- CASTRO LEAL, ANTONIO, *El español, instrumento de una cultura*, México, SEP, 1975, 183 pp. (SEP-Setentas, 204).
- COCHRANE, CHARLES N., *Cristianismo y cultura clásica*, México, FCE, 1982, 508 pp.
- DAWSON, CHRISTOPHER, *Religion and the Rise of Western Culture*, Nueva York, Doubleday and Company, 1958, 180 pp.
- FROST, ELSA CECILIA, *Las categorías de la cultura mexicana*, México, UNAM, 1972, 221 pp.
- GARCÍA MORENTE, MANUEL, *Idea de la hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947, 266 pp.
- JAEGER, WERNER, *Paideia, los ideales de la cultura griega*, México, FCE, 1957, 1152 pp.
- KUEHNE, NICOLA Y MUÑOZ, JOAQUÍN, *Mesoamérica: acercamiento a una historia*, Granada, España, Diputación Provincial de Granada, 1986, 226 pp., ils.
- MARAVAL, JOSÉ ANTONIO, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964, 523 pp.
- MÉNDEZ PLANCARTE, GABRIEL, *Bello*, México, SEP, 1943, 197 pp.
- MOLINÉ, ENRIQUE, *Los Padres de la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1982, t. I, 471 pp.
- MOMMSEN, THEODOR, *El Mundo de los Césares*, traducción de Wenseslao Roces, México, FCE, 1982, 766 pp.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO, *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, 2 vols.
———, *Mi testamento histórico político*, Barcelona, Planeta, 1975.
TURNER, RALPH, *Las grandes culturas de la humanidad*, México, FCE, 1963, 2 vols., ils.

X. LA VIGENCIA DE LA LEYENDA NEGRA COMO FACTOR DE RETRASO EN HISPANOAMÉRICA

La Leyenda Negra tuvo dos corrientes (en pos de la claridad permítase hacer una inversión cronológica), una recaía sobre América Latina misma como entidad geográfica y antropológica inesperada y por lo tanto inexplicable y situaba todo lo que le era inherente —flora, fauna, clima, personas— en condición de inferioridad con respecto al mundo conocido hasta antes del xv. El arbitrario concepto en una todavía más arbitraria extensión envolvía no sólo a aquello que era originario del continente recién hallado, sino a todo lo que en una u otra forma lo tocaba, por lo tanto no escaparon de la subestimación europea ni los colonos de abolengo anglo, francés y holandés ni sus descendientes.

Todas las mentes conspicuas —las que en verdad lo eran y las que creían serlo— se consideraron con derecho, más aún con obligación, a opinar sobre la naturaleza esencial del nuevo mundo al que observaban con ojos de severo progenitor.

Cierto que lo europeo aculturizó las tierras colombinas, pero gracias a un formidable fenómeno de rebote cultural que Europa ensoberbecida no supo calibrar, América movió todos los resortes del pensamiento y aceleró el proceso que llevaría al viejo continente hacia el reino de la razón, al iluminismo que tanto le enorgullecería.

La postura crítica negativa de los europeos se modificó ante el avance del conocimiento científico y muy especialmente ante la espectacular irrupción de Estados Unidos en la historia, irrupción material avalada por un decisivo elemento intelectual: el pragmatismo norteamericano que esbozado desde Jonathan Edwards y a través de Ralph Waldo Emerson culminaría en la originalidad de Charles S. Pierce y la coherente visión de John Dewey.¹

Los norteamericanos se presentaron al mundo mostrando desde su elevada estatura corporal y sus espectaculares avances técnicos hasta

¹ Véase Paul K. Cokin, *Puritans and Pragmatists: Eight Eminent American Thinkers*, Nueva York, Dodd Mead and Company, 1969, p. 495.

sus más sofisticados logros políticos y filosóficos. Europa tuvo que sacudir, no siempre de buen grado y a veces sólo oficialmente, el polvillo negro que opacaba a la naciente potencia.

De esta rectificación no participaron las tierras al sur de aquella, sobre las que recaía de más antiguo la otra corriente de la Leyenda Negra —y que es por hoy la que más nos interesa— la que afectaba directamente a la España cuyo poder sin ocasos daba la vuelta al mundo.

Rebasa los límites que intitulan esta comunicación cualquier consideración respecto a la génesis, justificación o injusticia de la Leyenda Negra; sólo pretendemos afirmar que ésta es vigente y que tan vigorosa supervivencia, usada en múltiples ocasiones por intereses políticos internos e internacionales, ha sido y es un lastre que dificulta la marcha hacia la integración de la propia estructura hispanoamericana.

La hegemonía española despertó explicablemente la inquina de los países que al advenir la modernidad se encontraban también en el punto de arranque para la expansión y el poderío. Estos países, a falta —por el momento— de ejército y flota, usaron como armas contra España la piratería y la Leyenda.

La piratería tenía un objetivo que podía concretarse en cosas, formas y medidas: barcos, cargamento, marineros, puertos; la negra fábula tenía un objetivo abstracto dependiente de las más subjetivas transacciones de la condición humana: el prestigio.

Un día la piratería terminó su cometido, dejó de ser operante cuando los Estados que la prohijaban pasaron a ser potencias plenamente organizadas y la flota española se deshacía; pero la Leyenda no se circunscribió a los límites geográficos del país hacia el que se enderezaba ni a los límites temporales de los hechos históricos que la originaron.

La conocidísima campaña de desprestigio, el nefasto cuento de los pocos valimientos humanos, culturales, espirituales e intelectuales de los españoles, ensombreció con su tinta todo aquello en donde radicaba prominente o débilmente cualquier factor hispánico de cualquier índole: étnico, lingüístico, histórico, etcétera.

España ¡por fin! perdió poder y fama y dejó de existir como meta del oscuro infundio, más éste no murió, siguió latiendo con renovado brío en el ámbito mismo —desconcertante paradoja— de lo que constituía el más caro fruto de tres siglos de desvelos: Hispanoamérica.

Muchos son los elementos que pueden dar luz sobre tan inquietante longevidad.

Yo veo la Leyenda como temprano y rotundo éxito de una de las geniales creaciones de la cultura contemporánea: la ciencia de la pu-

blicidad y la propaganda, porque saturar las mentes con una idea, propagar un concepto hasta convertirlo en componente de la atmósfera es una ciencia a no dudarle.

El ininterrumpido trabajo de las prensas de Londres, Leipzig, Amsterdam, Utrecht o París dio tan formidable impulso a la campaña, que la pura inercia puede ayudar a aclarar su prolongación vital y su expansión por todo el globo y a través del tiempo hasta nuestros días. Simple pero indiscutible explicación puramente física a la que hay que añadir complejos factores históricos.

Nada ajeno es al problema la particular idiosincrasia de la América criolla y mestiza, idiosincrasia obviamente determinada por factores de formación, adquiridos unos, heredados otros.

Criollismo y mestizaje fueron hechos intrínsecos al carácter mismo de la empresa española, pero criollismo y mestizaje constituyeron por naturaleza el campo *ad-hoc* para que germinaran todas las semillas de desprestigio contra los propios sembradores.

El descontento y el desajuste de los nacidos en Indias surgió con ellos y fue acumulativo; tres siglos de peninsularismo omnipresente lo hicieron crecer hasta convertirlo en odio, legítimo resultado de una conducta que aunque era étnica y culturalmente integradora, política y socialmente era discriminatoria.

El criollismo —recordemos a Don Martín Cortés y Zúñiga— estuvo desde siempre movido por hondos rencores sociopolíticos; el mestizo dio su primer vagido —recordemos a don Martín Cortés Malinche— angustiado por lesivos conflictos internos.

Al advenir la lucha por la independencia el resentimiento y la inadaptación, ya sin freno, llevaron a múltiples confusiones; el desahogo seguía cualquier cauce, deshechar lo hispano fue consigna, irrealizable consigna porque lo hispano —bueno o malo— estaba metido en la savia misma de América.

La emancipación política se aparejó a un desprecio del pasado, sin reflexionar que ese pasado era el propio, la autosuficiencia se mezcló con furor destructivo y la Leyenda se enarboló como bandera de un movimiento libertario que no necesitaba justificación ninguna.

Desde fines del XVIII el espejismo de la Europa sin Iberia, de la de atrás de los Pirineos atraía a los criollos; en esa Europa revolucionaria Miranda, fray Servando, Bolívar, nutrieron su anti-hispanismo y tácitamente aceptaron la sombría fábula, que de allí en adelante fue manejada como arma ofensiva y defensiva de partido político, de doctrina confesional y hasta de clase social; así no la dejaron morir como debió haber sido.

Se planteó una sencilla ecuación: medioeval, inquisitorial, conservador, igual a español católico; avanzado, moderno, progresista, igual a americano liberal.

A innovadores y reaccionarios se les adjudicó hasta el presente una postura definida en el debatido problema de la verdad o la mentira, lo grande o lo mezquino, lo valioso o lo nefando de la obra española.

La injusta identificación se fue enriqueciendo —como veremos líneas adelante— con las aportaciones de otros intereses internacionales.

A más de todo lo dicho no podemos ignorar la imposición de la herencia. Los hispanoamericanos no somos sujetos de actitudes conciliadoras, nuestros afectos son excluyentes, escinden todo, no escapa ni lo que es ni lo que fue.

El hispanoamericano, como el español, no se plantea un problema intelectual cuando pretende interpretar su historia, sino —como piensa López Ibor en su apasionante estudio sobre el español y su complejo de inferioridad— se plantea “un problema vivo y sangrante... encarnado en la propia conciencia... tan encarnado que a veces se pretende resolverlo con sangre viva” Todas las cuestiones, hasta las que son historia, “se convierten en personales y se tiñen con los más encendidos arreboles de la pasión”.

Se entiende que en un lugar donde era preocupación fundamental ser “hijo de algo” (hidalguía) el ayer no solo cuenta, sino que pese y mucho.

Al igual que el de España, el hombre de Hispanoamérica no se apoya en su pasado, lo carga; no admira el resplandor pre-hispánico, se adorna con él; no admite la Conquista, se duele con ella como si la sufriera en carne propia;² no pretende explicarse las acciones imperialistas de la península ibérica en el XVI y de Estados Unidos e Inglaterra en el XIX, sino que las juzga y al hacerlo todavía se les ensanchan las venas del cuello; no toma de sus revoluciones lo que van dejando de positivo, se convierte en beligerante vitalicio de causas ya caducas.

El hispanoamericano no entierra a sus muertos, los lleva a cuestras; lo mismo a Caupolicán que a Cuauhtémoc, igual a Pizarro que a Bartolomé de las Casas; odia la Inquisición y a veces parece que la rehuye como si aún funcionara; y ¿no es verdad que Venezuela y Colombia todavía se disputan el amor nacionalista de Bolívar?

² Permítaseme recordar un ilustrativo caso; hace poco tiempo a un distinguido historiador mexicano, descendiente de Hernán Cortés, le fue dedicado por otro, también muy distinguido colega y compatriota, un libro, la dedicatoria rezaba: “Al amigo X con todo afecto, aunque nos separe el extremeño”.

Hasta las más elevadas y auténticas expresiones del arte se han visto involucradas en esta vehemencia de la aceptación o del repudio.

Recordemos que el barroco fue, hasta hace muy poco, juzgado como engendro de mal gusto y el barroco es (¿coincidencia de juicio?) el arte de la contrarreforma, expresión totalmente idónea a la actitud vital de la España carolino-filipina. América participó por mucho tiempo —todo el ochocientos concretamente— del severo razonamiento y desdén su maravilloso, rozagante y generoso barroco.

La Leyenda pues creció y subsistió porque adentro del ser mismo de Hispanoamérica el clima era adecuado, pero también hubo poderosas aportaciones externas, venidas de otras latitudes, que robustecieron el viejo y negativo cuento.

Estados Unidos, más cerca ideológicamente de Inglaterra y Holanda de lo que podía estar Hispanoamérica de España, veía en ésta al enemigo natural, al estorbo, es verdad que maltrecho, pero todavía presente en los caminos angloamericanos, y unas veces deliberada y otras impensadamente propicio y reforzó la Leyenda al sur de sus fronteras.

Respecto a la acción directa el material probatorio es abundante, variado y de muy diversos alcances, asaz imposible siquiera de enumerar; a guisa de recordación elemental mencionaremos: *The New American Magazine*, publicación mensual que, a partir de su primer número (enero de 1758), ofreció a sus lectores las exaltadas páginas de *A New Survey of the West Indies*, el libro de Thomas Gage, tan leído y tan creído que movió hacia América la rígida voluntad de Cromwell y el genio de Colbert; las afirmaciones de William D. Robertson en su obra *Cursory View of Spanish America*, salida a luz en Georgetown por allí de 1815 y en la que se negaba objetividad científica al Barón de Humboldt porque hablaba demasiado bien de las colonias hispanas; los discursos de Henry Clay que hacían resonar las paredes del Congreso con su fogosidad contra la vieja Iberia y en favor de la independencia de sus dominios; las tremendas diatribas de Adams, y muy principalmente todas las incursiones ideológicas tan indebidas como preconcebidas de los agentes comerciales norteamericanos, que desde 1797 se dispersaron por las posesiones españolas y que en múltiples ocasiones convirtieron sus oficinas en verdaderos consulados oficiosos.

A más de esta promoción directa hay una circunstancia psico-histórica que creo definitiva en la raigambre de la Leyenda.

A pesar de ser temporalmente coincidentes las situaciones históricas que abrieron y cerraron en ambos mundos —España y el continente nuevo— el siglo XIX presentaban en su forma inmediata una relación cualitativa francamente inversa: la humillación de 1808 y la germinación de la americanidad; los deplorables sucesos que se convertirían

en “constantes” del ochocientos español (fragmentación ideológica, pérdida de la directriz política, demagogia parlamentaria, atentado político, motín callejero, exilio) y la aparición casi increíble de un poder mundial temprana y singularmente integrado allá al oeste del Atlántico; la caída de un imperialismo europeo y la esperanza de una posible fraternidad en las tierras colombinas; la desvalorización internacional de la metrópoli y la naciente afirmación de un YO americano que peleaba por un lugar en la historia contemporánea.

En síntesis: España se hundía en la sima del desastre mientras sus antiguos territorios ultramarinos se alzaban hacia la cima de lo posible en la vecindad alentadora de un prometedor ejemplo.

La compleja explicación genética del movimiento de insurgencia puede reducirse a una concluyente afirmación: era un inevitable fenómeno de mayoría de edad, pero la presencia de Estados Unidos en la misma masa terrestre, la convivencia en el mismo continente, la obligada cercanía, *matizó a fortiori* —y creo que nunca se ha insistido en hasta qué punto sucesos y conceptos, actitudes y esperanzas en las naciones meridionales que, seducidas por el éxito que se esbozaba en la espectacular república del norte, trataron de seguir sus pasos.

Hemos oído muchas necesidades acerca del afán imitativo de Latinoamérica, al que se hace colindante casi con un mimetismo animal, pero no era eso, se trataba de una postura inteligente y lógica ya que América toda latía al amparo de un anhelo real y unitario; independientemente de todas las desviaciones futuras que casi lo prostituirían, el ideal de libertad se invocaba de norte a sur y se convirtió en común denominador; consecuente con las circunstancias era el pretender alcanzarlo siguiendo al que vivía del mismo lado y se había adelantado, satisfactoriamente, un poco en el camino.

Los primeros revolucionarios hispanoamericanos necesariamente buscarían en Estados Unidos apoyo material y moral en qué basar su autoridad.

La intervención material sujeta a los múltiples vaivenes que imprimían tanto el caos socio-político como la complicada geografía del Nuevo Mundo, es por ahora tema aparte (doctamente abordado por Rómulo D. Carbia en su estudio sobre la Leyenda Negra hispanoamericana); nos preocupa más la intervención moral e intelectual que se percibe a lo largo y a lo ancho de todo el siglo pasado y que colaboró decisivamente en la duración de la Leyenda.

Después de una década, la guerra de independencia había conducido a la América hispana hacia la consecución de una conciencia más genuina, más auténtica, pero todavía no fraguada; vacilante aún se le

ofrecieron fuerzas en las ideas que latentes en Washington y esbozadas en Jefferson se manifestaron plenas en el discurso monroniano.

La doctrina Monroe por sí misma —sin considerar sus verdaderos móviles y sus aplicaciones ulteriores— servía para perfilar un sentimiento de solidaridad continental; el momento era propicio, era la tierna etapa del nacimiento de un nombre propio en el devenir universal, era el trastabilleo nacional y las frases del estadista norteamericano casi llenaban una necesidad, coincidían con lo que se quería oír, transmitían seguridad, encauzaban la dignidad continental de los habitantes de América que por contrapeso exacerbaban su rechazo a todo lo hispano mientras se unían y se confundían actitudes de autosuficiencia con desprecio del pasado.

No estamos olvidando lo que significó el panamericanismo de Bolívar, pero su pasión de criollo llevó al libertador a manejar instrumentos más difusos (el ejemplo sublime de los araucanos), más abstractos (heroísmo, desdicha, indigencia, soledad, vengar a los antepasados), más locales (no éramos virreyes, ni obispos), más soñadores (“qué bello sería que el istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto”). La teoría estadounidense (América para los americanos) tuvo más impacto psicológico porque hábilmente logró sintetizar, porque supo aglutinar en un solo concepto muchos anhelos errantes (y recordemos que uno de estos era arrasar el pretérito).

Estados Unidos era la brillante concreción de lo nuevo, el repudio absoluto de todo lo que representaba la tradicionalista península mediterránea atlántica: fe católica, absolutismo monárquico, regalismo, etcétera; en ese repudio Estados Unidos no perdía nada, pero Hispanoamérica negaba validez a sus propios orígenes y empujaba a la base de sustentación para elevar su peculiar futuro.

El acomodo definitivo de las antiguas trece colonias en el poder universal al compás de la ruidosa derrota de España, cerró el XIX (1898); los epónimos de la generación sintieron el dolor de la patria y lo expresaron bella y talentosamente; ambas cosas, derrota y dolor, pusieron al día la Leyenda que pasó al novecientos enriquecida con capítulos nuevos acerca de incapacidad técnica, atraso científico, anacrónicos usos y mil cosas más, de este modo Hispanoamérica recibió gratis un serio refuerzo a la subestimación que sentía por la tierra otrora conquistadora y misionera.

Para estas alturas las naciones al sur del Bravo ya sabían a qué atenerse con respecto a la doctrina Monroe y también sabían ya bastante a qué atenerse respecto a sí mismas, pero esto no hizo morir la Leyenda, porque constantemente surgía —adentro y afuera— quien o qué la revi-

talizara. Extremistas de ambos bandos, como vimos antes, actualizaban su presentación en épocas sucesivas, lo mismo aquellos que le otorgaban cumplido crédito histórico que quienes se lo negaban y hasta Hollywood, cuya producción es válida como expresión de ciertas formas del pensamiento, llenó alguna vez las pantallas con atrayentes bucaneros rubios que siempre ridiculizaban al “Don” español.

Así la negativa imagen da un acontecer histórico cubrió, desde sus principios hasta el momento presente, todos los niveles: política internacional, política nacional, medios académicos y masas populares.

Mucho se puede añadir para esclarecer la cuestión de la Leyenda como huésped permanente de la hispanoamericanidad; en el límite de tiempo y espacio concedido hemos de concluir que el hecho es que sobrevive y esto es nocivo.

Bien sabido es que al escudriñar en los vericuetos psíquicos de ciertos individuos puede encontrarse que éstos no se realizan plenamente porque no aceptan su pasado o porque éste les atormenta como un potro.

El uso y abuso de la Leyenda en Inglaterra, en Estados Unidos y en el globo todo, tuvo trascendencia múltiple pero no afectó la esencia de su ser; el uso y abuso del cuento en Hispanoamérica trascendió hacia adentro y la comprometió vitalmente.

Esgrimir como un arma el desprestigio de otro, ajeno a nosotros mismos, puede admitir muchos calificativos, pero en última instancia es una actitud de autodefensa, de autoafirmación, de autovaloración; mas esgrimir el desprestigio de quien representa parte de nuestro propio ayer es, sin hipérbole, traumático.

Aceptar que provenimos de un gran desastre es aceptar que somos desastrosos, y no creemos serlo imenudo apuro!

Negar la validez o la legitimidad del propio origen necesariamente debe provocar también un serio conflicto ontológico, porque el hombre alcanza plenitud vital, se sitúa frente al existir, es decir, el hombre ES cuando acepta voluntaria y concientemente la verdad de ese origen.

Nuestras historiografías (las de la América hispana) deben ser nacionales, tener unidad, consistencia, cimientos; el tiempo pasó, es hora ya de acomodarnos en el presente sirviéndonos del pretérito, que no es lo mismo que volver a él o traerlo a cuestras.

¿Habrá llegado la hora de la medida?

Será más sano sin duda reconocer nuestros comienzos, nos gusten o no, admitirlos siquiera porque es imposible evadirlos, entenderlos porque en ello nos va la conveniencia de poder explicarnos a nosotros mismos, valorarlos para asirnos a lo sólido y desechar lo vano.

Pero seguir cargando con la historia como si fuera un vergonzoso “sanbenito” únicamente porque una triste fábula ennegrece los andares de algunos antepasados, es peso, es lastre, es estorbo y es, al fin y al cabo, un delito de autoinjusticia, porque nos frena en la total responsabilización de ser lo que somos: americanos de raíz india e hispánica.

APÉNDICE

A continuación presentamos los datos que corresponden a la primera publicación de los materiales que integran este libro.

- I. Las gentes de Castilla. Inédita
- II. Lo moderno y lo popular en el Descubrimiento de América, Leopoldo Zea (comp.), *El Descubrimiento de América y su sentido actual*, México, IPGH-FCE, 1984.
- III. “Las imposiciones del mundo vencido a España” (versión corregida y aumentada), *América; hombre y sociedad*, Granada, España, Diputación Provincial de Granada, Sociedad de Historiadores Mexicanistas, 1988.
- IV. “Simón Bolívar, una semblanza” (corregido y aumentado), en *Los Universitarios*, mensual de la Dirección General de Difusión Cultural (México, UNAM) (julio 1983).
- V. “Gertrudis Gómez de Avellaneda, hispanoamericanía transterrada”, *Anuario de Humanidades*, v. IV, México, Instituto de Investigaciones Humanísticas, UIA, 1975.
- VI. “El caciquismo en Hispanoamérica (antecedentes históricos de una actitud)”, *Anuario de Humanidades*, vol. II, México, Instituto de Investigaciones Humanísticas, UIA, 1975.
- VII. “La enseñanza de la Historia de América; errores y escollos” (corregido y aumentado), Victoria Lerner (comp.), *La enseñanza de Clio. Prácticas y propuestas para una didáctica de la historia*, México, UNAM-CISE, Instituto Mora, 1990.

- VIII. "El papel del intelectual latinoamericano", *Educación Superior*, México, ANUIES, enero-abril, 1985.
- IX. "Latinidad, Hispanidad, Americanidad" (corregido y aumentado), *La latinidad y su sentido en América Latina*, México, UNAM-CCYDEL, 1986 (*Nuestra América*, 15).
- X. "La vigencia de la leyenda negra como factor de retraso en Hispanoamérica", *Quaderni Iberoamericani*, fasc. 42, Turín, Italia, 1972.

FE DE ERRATAS

En la página 15, párrafo 7, línea 2

DONDE DICE catilinista

DEBE DECIR catalanista

En la página 24, párrafo 1, línea 15

DONDE DICE un ambiente más lleno

DEBE DECIR un ambiente más llano

En la página 28, párrafo 1, línea 2

DONDE DICE hispania

DEBE DECIR Hispania

En la página 29, párrafo 2, línea 2

DONDE DICE un poco de imagen

DEBE DECIR un poco la imagen

En la página 30, párrafo 3, línea 21

DONDE DICE Schweinits

DEBE DECIR Schweinitz

En la página 31, párrafo 2, línea 1

DONDE DICE Durkheim no habla de

DEBE DECIR Durkheim nos habla de

En la página 32, nota al pie número 3

DICE "Las cortes de Castilla 1188-1833", en Revista del Derecho privado (Madrid), cap I (1964).

DEBE DECIR Las cortes de Castilla 1188-1833, Madrid, Revista del Derecho privado, 1964, cap I.

En la página 33, párrafo 1, línea 1

DONDE DICE Benáldez

DEBE DECIR Bernáldez

En la página 33, nota al pie número 5

DONDE DICE Bermúdez

DEBE DECIR Bernáldez

En la página 39, párrafo 2, línea 8

DONDE DICE tocado en cuanto

DEBE DECIR tocado fondo en cuanto

En la página 50, párrafo 2, línea 16
DONDE DICE transculturizados
DEBE DECIR transculturizadores

En la página 50, párrafo 3, línea 6
DONDE DICE desconectados
DEBE DECIR descontados

En la página 64, nota al pie número 19
DONDE DICE en Anuario de Humanidades, UIA, 1976,
DEBE DECIR en Anuario de Humanidades, México, UIA, 1976,

En la página 67, párrafo 3, línea 4
DONDE DICE en que enfermo de
DEBE DECIR en que enfermó de

En la página 74, nota al pie número 14
DONDE DICE libertadora cubana, Of. del historiador
DEBE DECIR libertadora cubana, La Habana, Of. del historiador

En la página 74, nota al pie número 18
DONDE DICE Thought, Harvard University Press,
DEBE DECIR Thought, Cambridge, Mass., Harvard University Press

En la página 75, párrafo 2, línea 2
DONDE DICE a religiosidad
DEBE DECIR arreligiosidad

En la página 100, párrafo 2, línea 3
DONDE DICE La ceremonia de prestigio
DEBE DECIR La economía de prestigio

En la página 105, en Libros consultados, en Levene
DONDE DICE Levene Ricardo, Historia de América (Dirijida por),
DEBE DECIR Levene, Ricardo, Historia de América (Dirigida por),

En la página 105, en Libros consultados, en Matilla
DONDE DICE El Urogallo (Revista literaria)
DEBE DECIR El Urogallo. Revista literaria,

En la página 115, párrafo 5, línea 5
DONDE DICE Ezequiel Montes
DEBE DECIR Ezequiel Martínez Estrada

ÍNDICE

DE CIERTOS PRECEDENTES

I.	LAS GENTES DE CASTILLA	15
II.	LO MODERNO Y LO POPULAR EN EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA	29
III.	LAS IMPOSICIONES DEL MUNDO VENCIDO A ESPAÑA	39

DE CIERTOS MODOS DE SER

IV.	SIMÓN BOLÍVAR, UNA SEMBLANZA	59
V.	GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, HISPANOAMERICANÍA TRANSTERRADA	69
VI.	EL CACIQUISMO EN HISPANOAMÉRICA, (ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE UNA ACTITUD). . .	89

DE CIERTOS MODOS PARA APRENDER

VII.	LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE AMÉRICA; (ERRORES Y ESCOLLOS)	109
VIII.	EL PAPEL DEL INTELECTUAL LATINOAMERICANO	125

DE CIERTOS MODOS DE ENTENDER NOS

IX.	LATINIDAD, HISPANIDAD, AMERICANIDAD	135
X.	LA VIGENCIA DE LA LEYENDA NEGRA COMO FACTOR DE RETRASO EN HISPANOAMÉRICA	147

Latinoamérica. Variaciones sobre un mismo tema,
fue editado e impreso para la Dirección General
de Publicaciones por Enkidu Editores S.A. de C.V.
Su composición se hizo en tipo Times Roman de
10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La edición consta de 1000
ejemplares que se terminaron de imprimir en papel
cultural crema de 90 grms., en noviembre de 1992.

Diseño portada: Rolando Morales
Portada: América en un mapa de
Gerhard Mercator

